

LECTURAS

Nº 10 En este número:
COX-CITY, CUENTO
Por
Guillaume Apollinaire



HONORIO



FUERZA Y VIDA

Para el cerebro

Potente regenerador de la vida, refuerza el organismo,
produce un rápido aumento de peso, debido a la
espléndida acción tonificante del fósforo orgánico.

LABORATORIO GEKA S. A. - SANTIAGO

Letras

PROXIMO NUMERO:

JUEVES 2 DE
MARZO DE 1933

El Cuento Nacional:
P A M P A

por

G. KOENENKAMPF

AFRICA, 1904

por

JULIEN MAIGRET

STRINDBERG, EL ENEMIGO
DE LAS MUJERES



por

REINALDO LOMBOY

Retrato de un artista:
JOSE CONRAD

por

A. ROUQUETTE

TENEMOS PARA LEER

CUENTOS:

LA LAGUNA ENCANTADA, por Manuel Magallanes Moure.—COX-CITY, por Guillaume Apollinaire.—ENTRE DANZA Y DANZA, por Tom Gallon.—LA MOSCA DE ORO, por Emilio Palomo.

NOVELA:

EL SALVAJE, por José María Souvirón. (Parte I).

ARTICULOS:

DESTINO DE MARIA ANTONIETA, por Armando Tagle. — OLUF CHRISTIANSEN, ANGEL DE LA GUARDA DE LOS NAUFRAGOS, por Luis Enrique Délano.—COMO CONOCI AL ACTUAL EMPERADOR DE MANCHURIA, por V. N. Echapparre.

VARIEDADES:

TAGORE Y GANDHI DURANTE EL AYUNO DEL LIDER POLITICO DE LA INDIA.—PUEBLO MIO, POEMA DE FERNANDO BIN-VIGNAT.—Y OTRA VEZ AUTORES Y CRITICOS.—LA NUEVA MUJER TURCA Y EL MITO DE PIERRE LOTI.—LA GUERRA EN SUDAMERICA ES UN VERDADERO CRIMEN, por Alberdi.

Revista quincenal de literatura. — Aparece los jueves.

AÑO I.

N.º 10

Santiago, jueves 16 de febrero de 1933

Subscripciones: Anual (26 N.os), \$ 22

Semestral (13 N.os), \$ 12

Editada por

"EMPRESA LETRAS"

Huérfaños 1041 -:- Casilla 3327 -:- Teléfono 82028

Santiago de Chile.

Directora: Amanda Labarca H.

Secretario de Redacción: Luis E. Délano.

ALGUNOS DE LOS QUE ESCRIBEN EN ESTE NUMERO

JOSE MARIA SOUVIRON

Pertenece José María Souvirón a la más joven generación de poetas españoles cuya obra ha llegado ya al gran público. Es autor de tres bellos libros poéticos, en los que se define una personalidad moderna, elástica y armoniosa. El primero de ellos, "Gárgola" apareció en España, en 1923. El segundo es "Conjunto", publicado también en España hacia 1928. El tercero ha sido publicado en Chile. Es "Fuego a bordo", volumen que ha merecido los elogios de la crítica.



José María Souvirón

En prosa ha publicado algunos ensayos titulados "Hacia el Cine puro" y ha cultivado la novela corta, en el género que los franceses llaman "nouvelle", obteniendo por una de éstas rotulada "Confidencia" el premio en un concurso celebrado en Madrid. A este género pertenece "El Salvaje", la novela que comenzamos a publicar en este número ilustrada por Honorio.

Souvirón se ha vinculado a nuestro país primero por su matrimonio con una chilena, y luego por haber fijado aquí su residencia con ánimo de hacerla definitiva.

En "Las Últimas Noticias" publicó hace po-

co una serie de artículos con el epígrafe de "El Viajero Inmóvil". Por el mismo tiempo dió en la Universidad Católica una conferencia sobre la nueva poesía española, que fué luego editada por Nascimento.

MANUEL MAGALLANES MOURE

El autor del cuento "La Laguna Encantada", que publicamos hoy, es uno de los escritores más finos, más sutiles, más delicados que ha tenido la literatura chilena. Un espíritu así debía, naturalmente, buscar su camino en la poesía.

Nació en 1878, en La Serena, tierra que ha dado a Chile no pocos escritores de valor, y muy joven comenzó el cometido para el cual venía tan bien dotado. Después formó parte de aquel célebre grupo de "Los Diez" y más tarde se retiró a descansar en San Bernardo, donde pasó los últimos años de su vida.

Sus libros principales son: "Matices", "La Jornada", publicada el año 10, y "La Casa junto al mar", 1918, el más armonioso conjunto de sus versos. Escribió también en prosa algunos trozos que sobre todo valen por sus descripciones (Magallanes Moure era también pintor), entre los cuales se destaca el cuento que ofrecemos hoy.

No debemos olvidar tampoco algunas espléndidas traducciones de versos franceses, que se deben a este poeta.

Magallanes murió en 1924. En otro país su muerte habría sido un duelo nacional. Aquí sus amigos se reunieron para estudiar el modo de levantarle un monumento. Rechazaron un proyecto de Totila Albert y el proyecto se perdió hasta algunos años después, en que Laura Rodig, nuestra colaboradora, realizó el busto que hoy se alza en los jardines del Parque Forestal.

TOM GALLON

Este autor, que cuenta con una vasta labor literaria de mérito, ha difundido su nombre gracias a sus obras, donde imperan la aventura y el misterio, sin alcanzar nunca a los límites de lo folletinesco. La reacción de sus personajes frente a lo inesperado acusa en este autor una fina observación psicológica.

Tom Gallon, escritor inglés, está ya consagrado como autor de cuentos de aventuras y psicología.

Mí patrón es una mula. Una mula hecha y derecha. No soy injusto. Por el contrario, creo que mi calificativo le queda holgado todavía. Mi patrón es una acémila en estado de continua irritación. Arma trifulcas sin motivo, aplica patadas a tontas y a locas, enójase groseramente con su mujer descubriendo a cada instante su cuna de lodo, vocifera por una nimiedad y tan sólo el cansancio lo abate. Entonces se deja caer jadeante sobre su sillón y, enjugándose el sudor que moja su cara boyuna, clama al cielo:

—Me van a matar a disgustos. No hay piedad para un hombre que trabaja. Tengo que estar en todo. Vamos a ver ¿qué sería de esta casa si faltara yo?

Estoy seguro de que, si faltara él, viviríamos más tranquilos.

Mi patrón es una pobre bestezuela predestinada a morir de apoplejía fulminante. Desconfía de todo el mundo; de mí, de su mujer, de su hija, de la criada. Lleva en el bolsillo de su saco viejo una libreta de notas con la contabilidad doméstica. Centavo sobre centavo, suma y resta, y luego hace minucioso recuento del dinero que le sobra. Y como todas las noches, invariablemente, la cuenta le sale mal, arma un batuke de todos los diablos, congestionándose en violentas interjecciones y protestas como víctima de asalto en despoblado. Después

E

**L ALPILER
DE FURGO**



Cuento

por

Enrique

González Tuñón

recapacita, se apacigua, vuelve a sumar y encuentra que es él quien está equivocado.

Un día resolvió asegurarse la vida. Trató primeramente el negocio con un famélico corredor, perfil de rata, y luego recorrió distintas compañías para convencerse por las suyas de que el tal hambriento no lo estafaba.

Regateando la comisión, decidióse por fin a firmar la póliza a favor de su cónyuge, e inmediatamente de estampar la rúbrica sufrió un conato de arrepentimiento.

Esa misma noche, al acostarse, observó el rostro de su mujer, que dormía a su lado, y le pareció que sonreía con burlona y perversa sonrisa.

—Al cabo de veinte años, aprendo a deletrear. Esta tiene un sueño feliz, no lo dudo. Cuando uno sonríe mientras duerme es señal de sueño inefable. Ahora recién comprendo que esta mujer me quiere mal. Sonríe con el pensamiento en la póliza y la esperanza en mi muerte.

El hombre desvistióse, se introdujo entre las sábanas y oprimió el botón de la luz. Casi siempre, a los pocos instantes de acostarse, escuchábanse sus ronquidos serruchando el silencio de la alcoba. Esa noche le costaba cerrar los ojos. Ya no era una vaca mansa la mujer que dormía a su lado. Era la enemiga en acecho y quizás estuviera esperando el momento propicio para darle quien sabe qué muerte.

En la obscuridad de la habitación la mole de sombra comenzó a moverse fingiendo extraños garabatos negros. De pronto, iluminábase una cabeza de alfiler que al par que se acercaba a sus pupilas con fiebre iba agrandándose y adquiriendo un tinte de fuego. Detrás, la pared abría boca tamaño, boca de infierno que deglutía incansablemente miserables figurillas humanas.

Intentó pedir socorro, y el grito fué débil quejido anudado a su garganta. Extendió el brazo buscando la perilla de la luz, pero ésta se fué alejando hasta llegar al techo.

El alfiler de fuego se apagó. Las sombras fueron diluyéndose lentamente y el hombre obeso vióse solo caminando por una senda supraterrrenal cuyo horizonte clausuraba antiguo portón de hierro.

Pero el camino era una cinta que daba vueltas interminablemente y el hombre hacía jugar sus pies como un autómatas y siempre hallábase a igual distancia de la inalcanzable puerta.

El sendero quedóse inmóvil y el infeliz pudo aproximarse al fin. Sobre el muro, en una decoración de ángeles, alcanzó a descifrar una leyenda y pensó: "Esto es el cielo".

Sin animarse a llamar, sentóse junto al um-

bral aguardando la presencia de alguien. Ya se disponía a aliviarse de los zapatos, cuando un viejo de oleografía cristiana apareció y le dijo:

—¿Qué quieres aquí, hombre obeso?

No atinaba a contestar. Sin saber por qué, recordó que poseía una póliza de seguro:

—Me aseguré la vida, señor, y el miedo de perderla me espanta.

—Vuelve por donde has venido — díjole el anciano, y agregó: — Más te valiera asegurarte la dulce muerte...

El hombre obeso apretó el botón de la luz. Escudriñó el rostro de su mujer profundamente dormida, y al ver que no sonreía se tranquilizó.

Las sombras volvieron a adueñarse de la alcoba. El ronquido del hombre obeso comenzó a serruchar el silencio.

A la mañana siguiente mi patrón se levantó con malos pájaros. Reprendió a la criada por supuesta sisa, examinó las provisiones y hasta a la hora del amuerzo no dejó de frecuentar la cocina. Cuando tropezaba con su mujer, monologaba enigmáticamente:

—Mala pécora. Estoy en tus intenciones. De memoria sé que la idea del crimen brota siempre del interés.

La mujer apenas si lo oía, empeñada como estaba en los quehaceres de la casa.

En la sobremesa fué más explícito. Refirióse al seguro de vida y a la inutilidad de legarlo a la esposa.

—La pobrecita no podrá disfrutarlo. Si yo muero, ¿qué será de ella? ... No en vano hemos vivido juntos tantos años. ... Si yo muero, ella vendrá detrás de mí. Quizás no tenga tiempo para traspasar la póliza y sucederán los engorros. A la postre, todo se va en trapicondas de picapleitos. ... ¿No es verdad?

Y sin esperar respuesta, agregaba:

—Modificaré el legado. Por lo menos, que lo usufructúe nuestra hija.

Al atardecer volvió con un fajo de papeles que guardó en la caja de fierro. Díjole a su mujer:

—Esta noche podré dormir. Y tú, sonríe, que ya no me asustas.

—¿Qué quieres decir, Simón?

—Quiero decir, mujer, que el anciano aclaró mi espíritu y mi entendimiento. No me importa tu sonrisa, puesto que he asegurado ya la dulce muerte...

La luna rió del estafalario hombre obeso, con su blanco camión de dormir y su palmatoria, deslizándose sigilosamente por el corredor, deteniéndose con el oído atento junto a la alcoba de la hija, el pulso tembloroso, la respiración anhelante.

La hija era muchacha en sazón, corta de caletre, educada en la escuela ahorrativa de sus progenitores. Más que por el corazón, guiábase por el interés; de ahí que todavía permaneciera soltera y sin miras de atrapar mozo adinerado. Llamábase Elisa y su voz producía la impresión irritante de que hablaba mastizando vidrio. Cuando la conocí, su nombre, el sonido de su nombre me resultó antipático. Desde entonces me imagino a todas las Elisass tal como es la hija de mi patrón. Sin embargo, reconozco que una muchacha bien puede llamarse Elisa y ser buena y agradable de rostro y de voz. La madre habíale enseñado el arte mezquino de pedir y no dar nunca nada, ni siquiera una palabra cordial. Del padre heredó la actitud desdeñosa y huraña para sus semejantes.

El hombre en camión permaneció quieto con su palmatoria en alto, estremecido de inquietudes, con la oreja pegada a la puerta. Elisa dormía su sueño burgués, con absoluta seguridad de máquina.

Volvió la luna a reír del grotesco espectáculo, mientras con paso de sonámbulo retornaba a su pieza, friolento y miedoso, asustado quizás de la propia sombra, que adquiría contornos ridículos, ya en la pared, ya en el pavimento.

Bajo el peso brutal de un bloque de sombras, el hombre hacía esfuerzos desesperados por incorporarse en el lecho y apenas lograba moverse, como si lo sujetaran garfios de hierro. Junto a él, plantada como un ciprés, una figura espectral de color amarillo. La figura se arqueó en un escalofriante signo de interrogación.

El hombre, que nunca había sido corajudo, tembló. El ciprés le dijo:

—Tu hija heredó tu alma y heredará tus bienes más pronto de lo que supones. Te ofrezco mis servicios. Yo fui en mi período de ser viviente el falsario más grande del mundo. Conozco todos los recovecos de la debilidad de los hombres y sé explotarlos con beneficio. No hubo litigio interesado donde yo no actuara como testigo falso, y la única verdad que me sorprendió fué la verdad de la muerte. Ahora, libre de mi envoltura carnal, cerradas están para mí todas las puertas. Las puertas del paraíso y del infierno. Dios no me acoge

y el diablo teme más a mis intrigas que a la señal de la Santa Cruz. De manera que tengo que ganarme la muerte en el punto donde se bifurca el camino de la eternidad. Tú serás pasajero en breve y te urge mi consejo. Estoy en la ciencia de mentir y en la letra de los códigos del otro mundo. Tengo amigos en las regiones incognoscibles y te prometo una cómoda ubicación. Si rechazas la oferta, es probable que te toque marchar por la senda ardiendo. Habla pronto, porque hay otros clientes que me esperan con impaciencia trágica de extremaunción.

El hombre obeso emitió un grito de fiera aterrorizada. La mujer, que dormía a su lado, lo arrancó de la pesadilla y luego de amonestarlo por la falta de consideración para con ella, retornó al sueño.

El hombre le tomó una mano bajo las cobijas y pudo aliviar sus nervios porque sentíase acompañado en el peligro.



El carácter del hombre obeso fué sufriendo sucesivas transformaciones. Ya no era el vociferador habitual, el caño maestro de la casa. Trataba a todo el mundo con distinta desconfianza, con oculta, reconcentrada desconfianza. No gastaba palabras con la gente que le obedecía. Conmigo hablaba a ratos. Una vez me dijo:

—Yo nunca acostumbro a dar nada a nadie. Ni el aguinaldo, ni los buenos días. A usted, que es joven sin experiencia, le daré un consejo: No comprometa jamás su vida valorizando su muerte.

Dicho esto, el tacaño experimentó la satisfacción de haber cumplido con un semejante.

Después de cenar, el chaleco sucio de ceniza y la colilla encendida entre los dedos, engolfábase en sus cuentas domésticas y, a pesar suyo, no dejaba de protestar. Si se habían excedido en cuatro cobres, lamentábase:

—Esto es la ruina... ¡La familia!... ¡La familia!... ¡Bonita carga! Cuando no lo llevan a uno a la bancarrota, le apresuran la muerte con el deseo de heredar...

Y sus ojos hinchados fijaban una mirada escrutadora en los rostros inexpressivos de su mujer y de su hija.



En la actitud meditativa del sapo mi patrón pasábase los más de los instantes. Demoraba premeditadamente la hora de retirarse a descansar, y al encaminarse a su alcoba lo hacía con lento y dolorido paso de galeoto. Iba a su le-

cho con el sufrimiento interior del condenado que va a ocupar la silla eléctrica. Sabía de antemano que trasgos y murciélagos poblarían sus sueños y que algún extraño personaje lo visitaría para hablarle de cosas en las cuales nunca había pensado.

Cuando reflexionaba sobre su martirio, cargaba la culpa a la póliza o a su estómago. Inútil fué el sacrificio de su glotonería. Ni el engaño pueril para alejar los malos espíritus, ni el dormir con luz toda la noche, le quitaban las pesadillas. La noche, con inexorable puntualidad, lo torturaba.

Fué así que mi patrón dióse a lucubrar razonamientos a propósito del bien y del mal, de la existencia de Dios y del castigo eterno. Sus familiares escuchábanlo con asombro. ¿Era posible que un hombre ubicado en una escala zoológica inferior, que además poseía el dinero necesario para saciar sus apetitos y la posición equivalente para humillar al prójimo con asperezas de toda índole, cambiara fundamentalmente hasta el punto de aconsejar la bondad para salvar el alma?

De una mula que era, de una mula irritable, mi patrón se convirtió por extraño sortilegio en un sapo filosófico.



Cuando la puerta misteriosa se abrió de par en par, adelantóse hasta el lecho del adiposo prisionero un grupo de figuras de aguafuerte.

El galeoto Simón las reconoció una por una. Eran aquellos que habían sido morosos deudores en vida y en la muerte, acreedores con atributos de jueces.

De entre el tumulto de sombras, levantóse una voz de tonalidad monótona y severa:

—Nos has hecho sufrir, Simón, durante años de miseria y de dolor. El mundo tenía para nosotros, por tu maldita culpa, un color opaco. Ignoramos el sol, ignoramos el amor, ignoramos la vida. Tuvimos

que morirnos para degustar la inexpressable impresión que tú, lejos de procurarnos, nos quitaste. ¡Infeliz de ti, mísero mortal, gusanillo deleznable, simple inquilino en la Tierra, que te creíste propietario, señor feudal de tu albedrío! Tus deudores de ayer somos hoy tus acreedores. Venimos a desalojarte como nos desalojaste tú cuando éramos desdichados mortales. Venimos a cobrar la deuda que no se paga con dinero — vil metal — sino con el vil metal de tu alma.

Borróse la voz y alejáronse los acusadores. En lugar de ellos, plantábase junto al lecho el ciprés falsario.

—He escuchado, Simón, las recriminaciones de tus deudores. Tu pleito con el otro mundo está a punto de echarse a perder. Si te dejas dormir te condenarán al infierno y lenguas de fuego lamerán tu cuerpo. Con una chicana puedes salvarte. ¿Quieres que sea tu consejero? ... En el punto donde se bifurca el camino de la eternidad me encontrarás.

El ave negra arqueóse sobre el lecho y



su curvado pico rozó la cara alelada de Simón.

Al despertarse, su mujer le descubrió en el rostro una mancha verdosa. El hombre obeso recordó la pesadilla y se estremeció.



El sapo filosófico se dijo:

"Si tuviera una amiga, a ella le haría el regalo póstumo. Me faltó esa precaución y sólo tengo a mi mujer y mi hija. He acumulado dinero para las dos y llego a la conclusión de la esterilidad de mi existencia. ¡Y todavía caigo en la torpeza de cederles una oportunidad efectiva con mi muerte!

"He obrado mal. Debí asegurar la vida de mi mujer y de mi hija con póliza a mi favor. ¡Creo que poseo derechos, qué diablos! En esta forma, el único que podría alimentar un mal pensamiento sería yo.

"En los detalles insignificantes descubro que quieren apresurar mi fin. La comida es mala, el trato peor. Las corrientes de aire andan a la

pesca de mis pulmones para herirlos. ¿Dirán que soy un mal esposo y un mal padre si las desheredo del seguro?

"¡Oh, si hubiera conquistado, por previsión tan sólo, el afecto de cualquier persona extraña a mi hogar!...

Pensó en inscribir el nombre de la criada e inmediatamente rechazó la idea.

"Es una desconocida. ¿Qué vínculos me unen a ella para que le importe un pito que continúe viviendo?... Sería capaz de envenenarme".

En seguida olvidóse de la póliza para plantearse esta pregunta:

"¿Estaré por volverme loco?... Nunca he vivido un estado de ánimo así. Soy un hombre perfectamente normal. He cuidado mi salud tanto como mi dinero".

Recordó la locura alcohólica de su abuelo paterno y sonrióse sin darse cuenta imaginando las extravagancias que cometió su antepasado hasta terminar con su vida desnucándose desde el campanario de la iglesia de su pueblo.

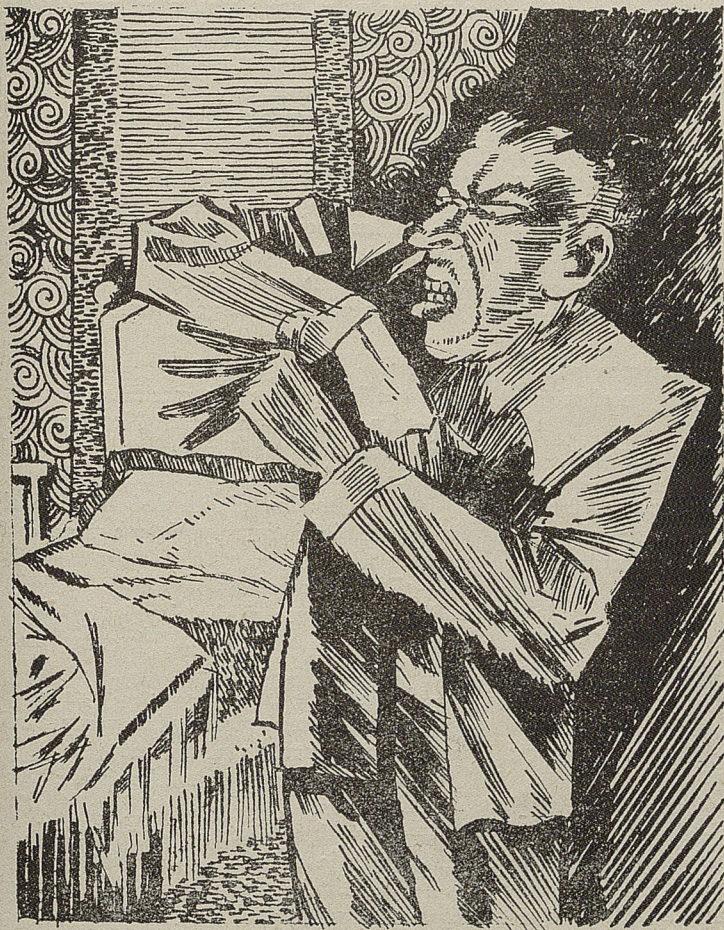
"Sería verdaderamente triste que me volviera loco. ¡Qué ridículo el cuadro de una persona que provocaba respetuoso temor entre sus sirvientes haciendo reír a la criada con sus excentricidades!"

¿Y qué ocurriría después con su dinero? ¿Quién lo malgastaría al final?

"Las mujeres no saben asignar valor al dinero. En cuanto abandone la casa dejarán entrar, boquiabiertas, a un pelma intruso que las engatusará con bonito fraseo. Son interesadas, pero dejarán de serlo en cuanto me ausente. ¿Para qué se casará y tendrá hijos. uno?..."

El recuerdo de sus privaciones en el principio de su fortuna y de las privaciones a que sometió a los demás le hizo decir:

"En verdad, no valía la pena perder el alma por tan poca cosa..."



Una mujer desgreñada, de ojos saltones y rostro lívido, se inclinó ante el tacaño alucinado con maligno sonreír.

—Todos los espíritus que te visitaron en estas noches han mentido con descaro. Lo mismo el falsario que los deudores. Déjalos chillar y reanímate, porque tu facha mueve a lástima. Si te debían dinero, justo era que trataras de cobrárselo.

—Eso es hablar — asintió Simón. — ¿Acaso iba a dejarme tajar la bolsa porque sí?...

—Faltan jueces para condenar a los hombres que han pecado como tú. Yo te digo que puedes estar sereno. La vida depara muchas sorpresas y tú serás feliz. Tendrás una felicidad infinita e incomparable. Bastaría que tocara tu cerebro con mi alfiler de fuego.

“Escúchame, Simón: pronto dará la hora de reír el reloj de tu existencia y entonces comprenderás cuál es el estado divino del hombre. Indulgente y bondadosa fué contigo la Providencia. Has sido siempre un ser inferior, dichoso en tu cercanía espiritual con la mula. Y aunque no lo merezcas, tendrás la luz que sólo alumbra a los elegidos: la luz de la locura.

El sapo agitóse entre las sábanas y su mujer, abandonando el sueño, le reprendió furiosa:

—¿Acaso no tengo derecho a descansar? ¿Por qué no me dejas dormir? ¿Te has vuelto loco?

El —la miró y no la reconoció. No era su mujer. No era el rostro abultado y grasoso de su mujer. Era una cara lívida, con ojos saltones que lo lastimaban como si fueran puñales.

—¿Te has vuelto loco? — repitió la mujer soñolienta.

Tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para reconocerla. Lentamente se volvió en sí mismo y acarició a su compañera.

—Déjame dormir — dijo ella, y le dió la espalda.

El hombre obeso sentíase dolorido, fatigado, exhausto, como si retornara de un viaje por un mundo escabroso y desconocido.

En una estufilla a petróleo quemaba incienso la vieja curandera.

—Tarea simple es leer tu porvenir, buen hombre. Bastaría mirarte a los ojos para estar al tanto de lo que te preocupa.

La bruja aproximó su corva nariz y el cliente mantuvo su gesto bobalicón.

—¿Qué terrible daño hiciste para que así se ensañaran los espíritus contigo? Te veo maniático. Gente siniestra, almas de infierno, pre-

paran al rojo vivo las tenazas que harán algo más que chamuscar tus carnes.

—¡Madre mía! ¡Virgen de los Dolores!

—¡Talismán! ¡Talismán! Verás qué pronto toman las de Villadiego. Llave de oro guarda la palabra maravillosa. Palabra que sirve al prójimo antes que a esta santa. ¡Ay, desdichada de mí!

Baja la cabeza en un disimulo de lágrimas, la bruja volvió a su sitio.

—¡Ay, miseria de mortales que así me hacen padecer!

Simón quiere compadecerse, mas es de tal arraigo su avaricia que no quita la mano del bolsillo.

Insiste la bruja en su cantinela lacrimosa y el hombre se resigna a desprenderse de algún dinero.

—¡Billetes de banco! En esta estufilla los quemaré para espantar espantos. Sospecho que el dinero es escaso y el trasgo no se alejará.

Reedita el hombre su actitud y la mujer empaca los billetes entre pecho y corpiño.

—¡Ay! ¡Ay!... He devuelto la fidelidad a la mujer; he curado mal de amores; he hecho olvidar olvidos, traiciones, rencillas y enemistades. ¿Andan de mal en peor sus negocios? ¿Corre jarana el marido? ¿Sufre contrariedades? ¿Purga penas que no merece?... Guardo las reliquias más poderosas del orbe. Trabajo con absoluta seriedad y reserva, y mis métodos son rápidos y de positivos resultados.

—¿Estoy libre de tormentos?

—Si los inquisidores te cercan esta noche, quemaremos más dinero y te daré brebaje o ungüento. Vete con Dios.

El hombre obeso sesgó el umbral.

Clama la madre el lío marital.

—¡Ay, hija del alma mía! No sé qué me da en el corazón y me dice que tu padre está de remate.

—Calle, madre. Padre fué hombre siempre de mil iniciativas, y lo que tiene es cansancio.

—¡Dios te oiga!

Simón traspuso el dintel y las mujeres pusieron candado a la boca. El hombre observólas con marcado recelo.

—Ya sé que hablan de mí y mejor sería que me evitaran siempre. ¿Por ventura no alcanzan mi esfuerzo y mi dinero?

—Nadie pretende más. Acuéstate, Simón, que ya es hora.

—¿Hay algún interés de por medio para que vaya a la cama?

—No, Simón, no. Es que a esta hora te recoges todos los días.

Pesadamente, el tacaño enfiló a su cuarto. Iba a disgusto, sabiendo de antemano con quién se las tendría que ver en cuanto cerrara los ojos.

Ni bien ocurrió esto, apareció un pupitre en un ángulo y junto al pupitre un clérigo octogenario que, a falta de esponja, humedecía sus dedos en los labios para ir pasando las hojas descoloridas de un infolio.

—¿Eres tú Simón?

—Uno de los tantos, padre.

—Tú eres el Simón que busco. Estás en trance y debes limpiar tu conciencia para que no te sea negada la extremaunción. Habla.

—Padre: he pecado. He sido usurero al más alto tanto por ciento. Acogoté a media humanidad; no sé lo que es una emoción, ni un ademán piadoso. Dios me negará el perdón.

—El arrepentimiento trae el perdón.

—Me doy por enterado, pero mis vicios están en mi naturaleza. Quizás otras malas acciones anulen mi arrepentimiento.

—¡Aléjate, Satanás! ¡Simón, santíguate, porque tienes los demonios en el cuerpo!

Simón hizo ademán de santiguarse, pero una mano de hierro lo sujetó.

La mano de hierro que lo imposibilitaba era la mano de su mujer.

—¡Simón! ¡Simón!

—¡No me muerdas, serpiente!

—¡Simón, que soy tu mujer!

Simón, la cara abotagada, el mirar con resplandor inconsciente, el labio caído, no pronunciaba palabra.

Tiróse de la cama la señora y fué en busca de un paño de agua fría. Refrescó la frente del hombre y luego pegó en sus sienes dos rebanadas de papa. Simón, sumido en silencio, permanecía atontado, como si lo hubieran molido a garrotazos.

La mujer llamó a gritos a la hija y ésta a la criada para que fuera a llamar al médico. Pero el médico había salido de juerga y le

dijeron en el consultorio que estaba atendiendo un caso grave.

Madre e hija resolvieron esperar la mañana en vela. Mas, como no tenían costumbre de obligado trasnocheo, quedáronse dormidas en molesto encogimiento sobre el lecho mismo.

En la alcoba sólo escuchábase el asmático respirar del tacaño atormentado.

Un brillante punto rojo taladró la obscuridad. La luz, en tirabuzón, fué acercándose al rostro del hombre obeso. Detrás, la pared abría boca tamaña, boca de infierno que deglutía miserables figurillas humanas. La mujer pelambrosa y lívida de faz dobló su cuerpo en andrajos y le ofreció desdentada sonrisa.

—En vano la bruja quemará tu dinero en su estufilla. Con el humo de toda tu fortuna no espantaría el tumulto de espíritus malignos. Deja tu dinero en paz y riéte de los consejos untosos de la curandera. Tu tormento toca a su fin.

La vieja de las greñas le acarició la frente y el tacaño sintió como un consuelo.

El alfiler de fuego lo enfocó con rojizo resplandor. El hombre sonreía con beatífica sonrisa de niño.

—Ilumina tu vida luz de locura. Vas a trasponer la frontera gris de la tierra, donde has vegetado anónimamente, para ser elegido de la Providencia. Recién en este instante aprenderás a reír.

El hombre obeso experimentaba la sensación de hallarse en estado de absoluta felicidad. Hasta sus oídos llegaba un eco de fanfarrias. Borráronse las sombras y entonces vió encenderse el telón de foro de un mundo multicolor. Su alegría estalló en un grito estentóreo. Las dos mujeres encogidas en el sueño despertaron y, arrojándose del lecho, huyeron despavoridas clamando auxilio.

Simón ya no gritaba. Reía mansamente, con risa infantil.

E. González Tuñón.

(Dibujos de Batlle).



Específicos del Laboratorio Chile

Los más seguros — Los más baratos — Los mejores

Jabón Boraxol, Agua Colonia Quimera

PIDALOS EN TODAS LAS BOTICAS

V. 14.—O. 226

Oluf Christiansen, el ángel de la guarda de los náufragos

Por LUIS ENRIQUE DELANO

Valparaíso tiene un hombre del cual se enorgullese. Este es el Capitán Oluf Christiansen, danés de nacimiento. Lo hemos incluido en Gente Nuestra, porque él se siente mucho más chileno que danés. He aquí algunos de los rasgos del hombre que ha salvado a más de 360 náufragos, de perecer entre las agitados olas de nuestro paradógico Océano Pacífico.

CASI no hay nadie en el puerto de Valparaíso que no conozca al capitán Oluf Christiansen; nadie que no le haya visto cuando camina, cimbrando su cuerpo a derecha e izquierda, como una barca al paio.

—Allá viene Christiansen,—dice la gente.—Vamos a preguntarle si habrá o nó temporal.

Porque en esa materia Christiansen es perrito. Parece reconocer por el olor el viento que está soplando. Así, contrae las aletillas de la nariz, vuelve la cabeza hacia los lados, y dice:

—Tenemos norte. No sería raro que el temporal se dejara sentir antes de la noche.

Es un hombre de un cuerpo atlético — espaldas formidables, brazos anchos y musculosos, cuello de toro. Su cara es de tipo rubio, del norte. Se advierte a primera vista que por el semblante del Capitán Christiansen han arañado los vientos y los soles de países muy diferentes.

No podría desmentir el lugar de su nacimiento, la lejana Dinamarca, porque su rostro lo revela: ojos claros, cabellos rubios, nariz corta, boca caída en los extremos, en un rictus de preocupación.

Pero, ¿quién es el Capitán Oluf Christiansen?, se lo preguntarán los lectores. Ya lo van a saber, y lo van a admirar y querer, como se le admira y se le quiere allá. En realidad, la misión que se ha impuesto y desempeña tan perfectamente, lo hace acreedor al agradecimiento de todo un puerto.

Christiansen es el jefe, el Capitán del Cuerpo de Salvataje de Valparaíso.

Antes, a cada temporal, el mar se llevaba a dormir el sueño sin término, dentro de su

seno, no sólo a las embarcaciones, sino también a los hombres. Hubo veces en que, durante naufragios ocurridos muy cerca de la bahía, no fué posible salvar, a pesar de todos los esfuerzos, a muchos tripulantes, los cuales ensayaron entonces el gran viaje, que en un solo salto lleva desde la vida a la muerte. Lamentable, sin duda, pero sin remedio.

Un día de tempestad apareció un hombre de anchas espaldas, vestido de hule y cubierta la cabeza con el sombrero llamado por los marinos "south-west", de ala caída atrás. Ese hombre se embarcó, en compañía de otros valientes, en un botecillo insignificante y se hizo a la mar, en medio del espanto de todos los que contemplaban la escena.

—He ahí cuatro locos que no regresarán, se dijeron los curiosos del malecón, cuando el bote se alejaba mar adentro, dando tumbos fantásticos y caídas vertiginosas en los abismos formados por las olas.

A poco de haber salido, el bote volvía al muelle, trayendo a dos hombres semi-ahogados, que sin la intervención de los audaces, habrían perecido irremisiblemente.

El que mandaba a esos tres valientes era Oluf Christiansen, y con ese viaje a la alta mar, en un atardecer de feroz temporal, quedaba fundado el Cuerpo de Salvavidas de Valparaíso.

Muchos hombres del puerto se entusiasmaron con la magnífica lección de audacia y humanidad que había dado Christiansen, y fueron a formar en sus filas. Eran simples voluntarios, a quienes nadie pagaría sus servicios ni sus riesgos. Debían, además, adquirir de su propio peculio el equipo de mar de los Salvavidas de Valparaíso: trajes de hule, botas de goma, salvavidas de corcho y el "south-west", el mismo que todos hemos visto en esos grabados que representan a los pescadores noruegos. Tenían también que poseer conocimientos previos de mar, manejo del bote salvavidas, etc., etc. No constituía, pues, un cargo muy alentador el de salvavidas. Pero la actitud de Christiansen, tan desinteresado y valiente, era como para atraer a cualquiera a servir bajo sus órdenes. Fué el Capitán, por derecho propio, de los audaces, que día a día aumentaron, hasta pasar de 30.

Hasta que el Ministro de Marina se dió

cuenta de los valiosos servicios que prestaban los salvavidas. Durante los temporales, eran ellos los encargados de traer a tierra a los náufragos, de prestar auxilio a cuanto barco se encontraba en peligro, de llevar viveres a los navíos que no podían enviar gente a tierra, etc. Y el Ministerio decidió ayudar a Christiansen y los suyos, no con una paga, sino con una subvención para montar un cuartel en el malecón y equipar un bote especialmente dispuesto para el objeto.

Y el cuartel fué construído. Es una casita de tablas, pequeña, pero llena de comodidad, y más que de eso, de una simpatía que atrae, que sujeta a los voluntarios. Tiene un comedor, sala de reuniones, cocina y camarotes provistos de literas, pues cuando el temporal se acerca y los voluntarios tienen necesidad de estar acuartelados, viven igual que en un barco. Así, cuando el capitán envía a uno de sus hombres a pedir órdenes o a averiguar un dato a la Goberna-

ción Marítima, éste dice con toda naturalidad:
—Voy a bajar a tierra.

En las paredes hay cuadros que representan navíos de diversas condiciones y escenas de salvatajes; retratos, instrumentos para

apreciar el estado preciso del tiempo, etc.

Sobre el jardín del cuartel se eleva un mástil, en cuyo extremo es izada una bandera triangular, que para los salvavidas tiene un gran significado: ¡peligro! Cuando ella flota los voluntarios saben que su presencia es necesaria de un momento a otro y se recogen al cuartel donde pasan días y noches enteros. Empleados

de oficina, hombres de mar, humildes trabajadores. Todos en el cuartel son iguales, pues persiguen un mismo ideal.

Esta es la obra de Oluf Christiansen, marino danés nacionalizado en Chile, que sin duda se siente mucho más chileno que danés; capitán del bote salvavidas y del Dique Valparaíso, ese armatoste que flota en las aguas de la antigua Perla del Pacífico, y del cual emergen flaman-tes los barcos que entraron a él derrotados por las iras del Océano. Este es el hombre y el marino.

A la fecha en que el que estas líneas escribe estrechó la mano de Christiansen y se embarcó con él,

en un día de temporal, el Cuerpo de Salvavidas había librado de la muerte a 360 hombres, arrancándolos a tirones, después de ruda lucha de las fauces insaciables del mar.

L. E. D.



El Capitán Christiansen y su segundo



EL CUENTO NACIONAL

I

mAS de una vez, en mis excursiones solitarias, pasé junto a esa laguna orillada de juncos, y si me detuve a contemplar su agua dormida, levemente rizada por el viento, no fué porque hallara en su aspecto algo de especialmente interesante, sino porque obró en mí esa inclinación que desde pequeño me hizo quedarme enbobado ante todo aquello que el humano atrevimiento no ha llegado a desfigurar: nube, flor, montañas o charco.

La laguna de mis recuerdos no era más grande que una charca algo crecida. Formábala un estero tan pobre de caudal, que a ratos no se le hallaba, pues desaparecía su hilillo ondulante entre las verdes lamas y las trémulas totoras. Tersa era su superficie a la hora del atardecer. Sólo se veían flotar sobre ella algunas hojas pálidas y, tras mucho mirar, apenas si se distinguía el rápido patinar de las moscas de agua, que al rayar el luminoso espejo dejaban en pos de sí dos líneas que se abrían, que se abrían, como las puntas de un compás, a medida que ellas se alejaban.

Y quién había de decirlo. Esa laguna humilde, a la manera de muchos humildes seres, poseía una historia digna de interesar, no digo a un poeta, pero al mercader más miserable. Y quién sienta deseos de poner en tela de juicio lo que digo, escuche mi relato, y pues nunca pongo fe en lo que oigo, ni mis testimonios los doy al tún-tún, ni jamás mis labios gustaron el sabor de la mentira, crean ustedes que lo que voy a referirles visto lo tienen con sus propios ojos.

II

Era Jueves Santo.

Las mujeres de la casa se fueron a la iglesia del pueblo y yo me quedé solo, paseando a lo largo de los extensos corredores, cuyos pilares festoneaban las enredaderas.

Triste día aquel, gris arriba y amarillento abajo. Por momentos se abatía sobre el jardín una ráfaga venida de quién sabe donde, y era de ver cómo corrían las hojas por los senderos, en nutridas comparsas.

Sin deseos de leer, cansado de pasear de la-

drillo en ladrillo, cuidando de no poner el pie en las junturas — una manía como cualquiera otra — me eché sobre un escaño. Miré, bostecé, pensé un poco en la santidad de la fecha, y luego me puse a considerar que para quien no tiene el hábito de concurrir a la iglesia es fastidioso quedarse a solas en tales días y sin tener qué hacer.

Ni siquiera "Boy" me acompañaba. El viejo mastín advirtió que las mujeres dejaban la casa y sacudiendo la cabeza siempre inclinada y moviendo pesadamente la cola, se fué tras ellas.

La expectativa del día siguiente no era tampoco muy alegre. Las mujeres tornarían al pueblo y yo volvería a quedarme solo. Esta idea me hizo ponerme en pie. Necesitaba discurrir algo: alguna excursión, en último caso. Ah! si se quedara la prima Rebeca, y solos en el salón a media luz volviéramos a leer "El jardín secreto"... Si quisiera quedarse... Pero no. Era soñar un imposible.

Dí la vuelta en dirección a las dependencias de la servidumbre y fué buena impresión la que experimenté al ver a Antonio sentado a la puerta de su cuarto. El buen viejo chupaba su cigarrillo de hoja con una lentitud soberana.

Me acerqué a él y después de obligarlo a sentarse de nuevo en el dintel, lo que hizo a medias, temeroso de cometer una falta de respeto.

—Tú no has ido, Antonio — le dije — con las mujeres.

—No he ido, pues, patroncito, porque alguien tenía que quedarse al cuidado de la casa.

Con la uña del dedo medio encorvó la hoja de su cigarro para que se quemara por paperejo.

—Y usted, patrón, se ha quedado también...

—Sí; pero mañana no me quedaré. Me ensillarás después de almuerzo la yegua negra y saldremos por ahí. Creo que mi escopeta tiene todavía algunos tiros y quiero aprovecharlos.

—Pero si ya no hay pájaros por estos lados. Apenas si veo tiuques, y no valen la pena de gastar pólvora en ellos.

Era una objeción considerable. Sin embargo, ante la certeza de pasar en la casa otro día aburridor, se me ocurrió preguntar a Antonio si no habrían patos o taguas en la laguna del estero.

LA LAGUNA ENCANTADA

—Deben haber, pues, patrón.

Se quedó un momento pensativo, contemplando con sus ojos algo turbios por los años las higueras del huerto cercano, en cuyas copas silbaban los zorzales. Después inclinó la cabeza, miró el cigarrillo doblado por la mitad entre sus dedos cuerudos y mugrientos, y en seguida:

—Aunque en estos días más vale no acercarse a la laguna. Se ven por allá unas cosas...

El tono que tomó la voz del viejo al decirme esto, sus palabras mismas, picaron mi curiosidad. Me senté junto a él, lo cogí de la chaquetilla para que no se levantara, y una vez que lo ví tranquilo le dije que me refiriera aquello de la laguna.

—A ver, cuénteme...

III

Con el índice tembloroso empezó a aplastarse Antonio las venas que como hinchadas tripillas serpenteaban sobre el dorso de su mano deformada por los años y el trabajo.

En seguida habló;

Por

MANUEL MAGALLANES MOURE

El campo chileno guarda mil leyendas, cual de todas más hermosa, más romántica. Una de ellas ha sido recogida por Manuel Magallanes Moure, uno de los escritores más sutiles y delicados que ha tenido Chile.

—Hace años de esto, patrón. Yo era *huaina* en ese tiempo. ¡Si hará años! Joven era yo y joven también era el finado ño Pedro, mi compadre, el tío de la Rosa. Usted no conoció al finado ño Pedro. ¡Qué lo había de conocer, si ño Pedro murió cuando su merced estaba guagua! En mi vida he visto un hombre más porfiado que ese. No había más que decirle que no hiciera una cosa para que a él se le metiera entre ceja y ceja lo contrario. ¡Era mucho hombre! Bueno. Un día, tal día como éste, estábamos de vuelta del pueblo algu-



... Pero cuando quiso acercarla a la laguna para que bebiere en ella...

nos amigos, descansando y conversando debajo de un árbol, al frente de mi rancho, cuando llegó ño Pedro a pedirme que le emprestara los bueyes para abrir un surquito al otro día. Todos le dijimos que cómo iba a hacer eso de trabajar en Viernes Santo; que si no sabía que era un pecado muy grande; que si no sabía que el buey habló y dijo que no lo hicieran trabajar ese día. El finado ño Pedro se puso porfiado, me dijo que yo no quería emprestarle las bestias y que si era por falta de pago que él me pagaría. ¡Porfiado el hombre! El asunto es que tanto habló él y tan enojado se puso al último, que para que se fuera tranquilo le dije: "Bueno, compadre. Venga mañana por los bueyes, pero mire que no le pase algo y tenga que arrepentirse". Me parece que lo veo al finado, tan alto como era y tan esforzado, que se rascó la cabeza y me contestó de mal modo: "Compadre, el trabajo es cosa de Dios; castigo de Dios es, como dice el curita, y no se ha de enojar Dios porque uno trabaja". Y se fué por el mismo camino por donde había venido, con la cara amurrada y hablando solo. "Que Dios lo ayude, amigo", le dijimos todos. Al otro día, a la del alba, vino el compadre por los bueyes y calladito se los llevé.

—¿Y? — hube de interrogar al viejo Antonio, que se había quedado con las manos sobre los ojos como quien ve visiones.

—Ño Juan, el de allá abajo, nos contó todo. El vió al compadre cuando llevaba la yunta por el camino, con el arado puesto encima del yugo. Lo vió cuando llegó al charco que había donde está ahora la laguna, y que no era más que un derrame que el canal echaba al camino... Lo vió y le dijo:

—¿A trabajar en este día, ño Pedro?

—A trabajar, ño Juan — le contestó, y arremangándose los pantalones se metió al charco para pasarlos detrás de las bestias.

Pero todavía el agua no le llegaba a las corvas cuando el charco comenzó a crecer y a subirle el agua por el cuerpo lo mismo que si se fuera hundiendo.

—¡Vuélvase, ño Pedro, vuélvase! — es que le gritaba ño Juan. Pero cuando quiso ño Pedro volverse ya el charco se había hecho laguna y el agua le llegaba al cogote. Los bue-

yes quisieron nadar, pero el peso del arado sería, o quien sabe si en algo se enredaron, el hecho es que se quedaron pegados mientras el agua subía y subía, como si brotara de abajo. Entonces ño Juan se fué corriendo y llegó desesperado a avisarnos que mi compadre Pedro se estaba ahogando junto con los bueyes. Creímos al principio que era el río y para allá cortamos, pero cuando nos dijo ño Juan que era en el charco del camino calladitos nos quedamos, porque se nos ocurrió que era castigo de Dios. ¡Mire que ahogarse en un charco! Llegamos allá y cuando llegamos, la laguna hacía olitas al viento, pero ya no se veía nada encima del agua. Apenas, si así de tarde en tarde, subían desde lo más hondo unas chorreras de globitos de aire que al asomar se desahacían. Deben de haber sido las últimas boqueadas de mis pobres bueyes, allá abajo...

IV

No quiso el viejo Antonio acompañarme. Primero pretextó mil ocupaciones y quehaceres; luego, se excusó diciéndome que su caballo estaba manco; en seguida, me habló de que

POMPAS FUNEBRES

Beneficencia Pública

LA MEJOR FABRICA EN EL
RAMO.—URNAS FINAS Y METALICAS. ATAUTES DE TODOS PRECIOS

Servicios completos, fuera de toda competencia.

ABIERTO DIA Y NOCHE

SAN ANTONIO N.º 456,

Teléfono N.º 89274

V. 19.—O. 232

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.

tenía que regar su hortaliza; por último, alegó la conveniencia de quedarse al cuidado de la casa. Yo, convencido de que era otra la madre del cordero, fui allanándole todas las dificultades, hasta obligarlo a confesar la verdad. Y concluyó por hablar claro.

—No es miedo, patroncito, pero se ven por allá unas cosas...

—Díme qué se vé.

—Que siempre en este día el agua de la laguna se mueve sola, como si la sacudieran por dentro, y se oye la voz del compadre Pedro, que va y que viene por abajo gritando a los bueyes... Y eso, pues, patrón...

—No me diga más: — le contesté — iré yo solo.

Y echándome la escopeta al hombro piqué espuelas al caballo, mientras el viejo Antonio se iba hacia adentro, con los brazos caídos y la cabeza gacha, como avergonzado de sí mismo.

V

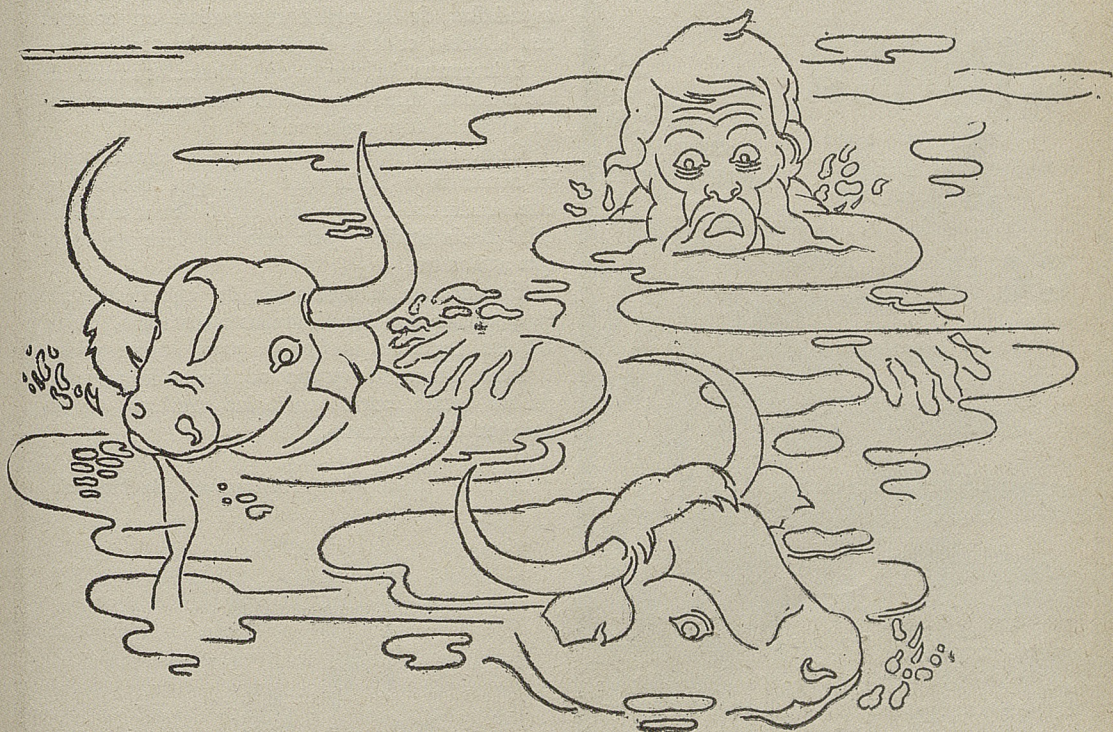
Tomó el caballo un buen paso de marcha y pronto comencé a alegrarme de ir solo: así gozaba mejor la belleza de esa tarde de sol, toda de oro, como una armonía en que la dominante fuera el luminoso amarillo de los álamos de otoño, en ritmo con el oro rojo de

las parras, el oro ocre de las hojas caídas, el oro viejo de las tapias musgosas y el oro rosa de la tierra bañada de luz.

Cómo estimar al buen Antonio, sí que lo estimaba, pero su charla monótona y adormilada, sus exclamaciones de viejo y de campesino, su excesivo respeto, en fin, hacia mi persona, me habrían preocupado, seguramente, quitando libertad a mi espíritu para entregarse de lleno, como se entregaba, a la contemplación del bello campo otoñal.

La soledad del camino era inacabable. Ni carretas, ni cabalgaduras, ni siquiera peatones lo animaban; sólo las diucas y los chincoles, alentados por la tranquilidad que en él había, descolgábanse de los árboles de la orilla y en nutridos grupos y con menudo correr lo traficaban, en la busca del grano caído o de la semilla que el viento trajo a él, dejando en la blancura del polvo espeso y esponjado la enrevesada huella de sus correrías, huella fina y primorosa, como un bordado hecho por manos de mujer enamorada.

Un vientecillo del sur tendía sobre la calidez del sol la frescura de su aliento oloroso. Vagaban los animales en los potreros, todos con la cabeza inclinada, hundida en el pasto, y el sol, ya en descenso, acentuaba los contornos de sus cuerpos, haciendo correr por ellos pinceladas de oro ardiente.



Pedro se estaba ahogando junto con los bueyes...

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

La soledad del camino continuaba. Apenas si desde las viviendas de la orilla, semi-oculta entre el follaje amarillo y los troncos plateados de la alameda, surgía, a las veces, el repentino tarasquear de algún perro que, sujeto del cuello por la cadena, empinábase sobre las patas traseras, en una ilusión de acometida.

Tras de largo caminar por las alamedas doradas, sin escuchar más ruido que el aleteo nervioso de los pájaros y el crujido de las hojas secas bajo los cascos de mi yegua, advertí a un lado de la senda las amontonadas caderas de las espadañas que rodeaban la laguna. Caía el sol oblicuamente, rozando las cimas de los arbustos, y los penachos erguidos de aquellas plantas ardían contra el azul intenso del cielo, como llamas blancas. Por contraste, las aguas de la laguna, que entreveía aquí y allá, en los claros del malezal, aparecían obscuras, profundas, envueltas en sobrecogedor misterio.



**GINGER
ALE**
C.C.U.

CIA CERVECERIAS UNIDAS

Largo espacio me quedé junto a la charca, sosteniendo entre mis brazos cruzados las riendas de mi yegua. Dormía el agua quieta, como un alma en reposo. Sin desearlo, sin quererlo, mis ojos se clavaron en el agua sombría y fué como si el mirar mío hubiera sido un diáfano conducto por donde mi espíritu se vaciara lentamente, como una luz que huye, en aquella agua dormida, hasta compenetrarse con ella, hasta mezclarse con ella y diluirse en su misterio.

Fué un ensueño, fué un éxtasis, fué un abandono de todo mi ser. O mejor dicho, fué una ausencia infinita, un viaje inefable al país de lo maravilloso.

Ví, oí, sentí todo lo que el viejo Antonio me había referido. Ví cómo el agua obscura y profunda se movía, se hinchaba, como en un trajín interior. Oí allá abajo, en lo hondo del agua sombría la voz desvanecida del labriego que azuzaba a los bueyes.

Ví agitarse, al través de las ondas cambiantes, sombras fantásticas que crecían y se empequeñecían y se adelgazaban y se quebraban y se deformaban de mil variados modos. Oí el ahogado mujir de los bueyes aprisionados en la laguna. Todo, todo lo que me contó el viejo Antonio se representó ante mí en esos instantes, que debieron de prolongarse mucho, porque cuando se desvaneció el encanto, el agua reflejaba la luz rosa del crepúsculo y las espadañas de la orilla recortaban en sombra sus siluetas contra el cielo y sobre la laguna.

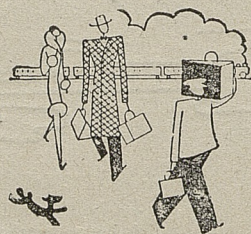
Encorvaba la yegua su cabeza, tirando de las riendas, mientras una de sus manos golpeaba el suelo con insistencia.

Comprendí que tenía sed, pero cuando quise acercarla a la laguna para que bebiere en ella, enderezó las orejas, clavó los cascos, se echó hacia atrás, y por más que hice no logré que avanzara.

Entonces, a la media luz del anochecer volví a entrar por las alamedas silenciosas, cuyos árboles parecían inclinarse para verme pasar.

Pero ahora mi yegua no iba a la marcha. Ahora corría, corría entre las sombras, en un galopar desenfrenado.

Ilustraciones de Honorio.





Curioso tipo de mujer turca: ha acortado los vestidos, pero conserva el velo

La nueva mujer turca y el mito de Pierre Loti

Desde que Loti escribió "Aziyadeh", "Fantasma de Oriente" y "Las desencantadas", hay muchos que suspiran por una de esas mujeres desgraciadas, prisioneras en un harem, cubierto el rostro por un velo. ¡Ay Djenana!

Y ahora es de preguntarse, ¿es que ha existido alguna vez la mujer turca, tipo Loti? La emancipación que cada día alcanza y la obra de Kemal Pachá hacen pensar en el mito de Loti, en que sus mujeres veladas no han sido sino un "fantasma de Oriente".

POR interesantes que sean las informaciones de la acción feminista en los países guiados por nuestra civilización occidental, tiene mucho más interés seguir atentamente el movimiento liberador de la mujer asiática y de otros países incluídos por el mahometismo. En Turquía, en Persia, en Afganistán, en el Turquestán, la mujer musulmana, que hasta estos últimos tiempos había aceptado, como consecuencia de condiciones religiosas o históricas, una vida de reclusión, ha entrado recientemente en lucha para lograr una emancipación próxima.

Turquía ha dado el ejemplo. Las primeras organizaciones de mujeres musulmanas aparecieron en Constantinopla después de la revolución de 1908. Estas organizaciones tenían por objeto obtener ciertas libertades para las muje-

res que poseían una instrucción media o superior; libertades limitadas a la igualdad de trato en el seno de la familia, a la de aparecer en público sin el *feredjé* o velo que les cubriera el rostro, y a la libre elección del trabajo. Se abrieron entonces en Constantinopla algunos Círculos literarios femeninos, y se crearon algunas Sociedades de beneficencia, en los que hicieron notar sus iniciativas y su laboriosidad escritoras y mujeres de acción, como las señoras Aziz Haidar, Nakar Osmán y algunas otras. Este movimiento no alcanzó todo su desarrollo sino durante la gran guerra. Se organizaron numerosas Sociedades de mujeres turcas para socorrer a los soldados del frente; y cuando la ocupación de Esmirna por los griegos, fueron las mujeres de Constantinopla quienes organizaron el primer mitin de protesta. Los servicios pres-

tados por las mujeres en las organizaciones auxiliares del Ejército, así como ocupando en la administración los bancos, las fábricas, los talleres y los almacenes el puesto vacante que dejaban los hombres llevados a la guerra, contribuyeron a vencer los antiguos prejuicios. En el nuevo orden social que surgió a la terminación de la gran guerra, la mujer turca adquirió un papel preponderante, para el que no parecía preparada por su situación anterior.

Se la bien pronto tomar una parte considerable en el movimiento liberador de Turquía, defendiendo al mismo tiempo sus derechos. Habiendo decretado el Gobierno de Ankara la apertura de escuelas elementales mixtas de niños y niñas, lograron las mujeres su acceso a la enseñanza superior, que antes les estaba vedada. Ya a fin de 1920 existían más de 15 Sociedades femeninas con fines de beneficencia, de desarrollo cultural, y hasta algunas con fines políticos. Gracias a estas organizaciones las mujeres alcanzaron la posibilidad de ingresar en las Universidades.

Un informador minucioso, José Castagne, ha recordado todo el proceso de este movimiento feminista, que recobró su actividad intensamente en los primeros meses de 1923. En efecto, en mayo de este año quedó constituido un nuevo grupo feminista, con el nombre de "Hermandad de los Derechos de las Mujeres". En realidad, a este nuevo grupo se le conoció más por el nombre de "Partido femenino del pueblo".

Fué su fundadora una mujer singular, de gran talento y carácter animoso, llamada Nezika Mouhied-din Khanoum, hija del presidente del Tribunal Supremo de Mossoul. Llevadas las conclusiones que constituían el programa de este grupo al Gobierno, el gran gobernante Gazi Mustafá Kemal las hizo suyas con entusiasmo, comenzando por adoptar e imponer la reforma vestimental, que comenzó, como se recordará, obligando a los hombres a usar el sombrero occidental en lugar del gorro tradicional, y ordenando la supresión del velo que cubría el rostro de las mujeres. Finalmente, todas las reformas pedidas de carácter jurídico fueron sometidas a la gran Asamblea Nacional, reunida en Ankara, y algunas fueron incluidas en el nuevo Código civil. Así quedó fijado el nuevo estatuto de la mujer musulmana. Desapareció el derecho del marido

a la repudiación, y se creó en su lugar el derecho al divorcio, que podía ser logrado, lo mismo por el marido que por la esposa, en condiciones determinadas por la ley. El matrimonio civil precede al matrimonio religioso, cualquiera sea la confesión de los contrayentes. Las uniones entre tutores viejos y pupilas impúberes, de que se abusaba en Turquía, y que eran, en realidad, una simulación de la compra de muchachas, han quedado limitadas, porque no se puede ya, en este caso, contraer matrimonio con mujer menor de diecisiete años.

Estas reformas no fueron, para la unión de las mujeres turcas, más que un punto de partida de las reivindicaciones a que aspiraban. Nezika Monchi-ed-din Khanum convocó un Congreso en Constantinopla, que inició sus sesiones en abril de 1927, y que trazó un programa completo de las reformas que apetecía la mujer musulmana, consignando entre ellas el voto y la participación inmediata en unas elecciones municipales que estaban próximas.

La Asamblea Nacional, a propuesta del Gobierno de Ankara, ha concedido a la mujer turca, a partir de los dieciocho años, su derecho a tomar parte en las elecciones municipales. Las disposiciones legislativas y gubernamentales han ejercido una acción bienhechora en la evolución cultural de la mujer turca. Buen número de jóvenes han conquistado ya puestos honrosos en la Administración pública y en las profesiones intelectuales, reservadas antes exclusivamente a los hombres. Sólo la cuestión del velo queda todavía por resolverse completamente, a pesar del decreto de abolición. Es el prejuicio y la rutina de la misma mujer quien pone obstáculos a su liberación completa. En los pueblos rurales, y aún en la ciudad de Anatolia, muchas mujeres se resisten a abandonar sus costumbres y sus trajes tradicionales, a pesar de que Mustafá Kemal no sólo hace las leyes, sino que influye personalmente en las costumbres. Tal ocurrió en Constantinopla el 18 de agosto de 1928, en que se celebraba un gran baile oficial a beneficio de los inválidos de la guerra, al que acudieron algunas damas aristocráticas con el rostro cubierto. Personalmente, el Gazi, que asistía a la fiesta, fué rogando, una por una, a las damas cubiertas, que se despojaran del velo. Todas accedieron al ruego de Mustafá, y desde entonces en ninguna fiesta oficial comparece una mujer cubierta. Puede considerarse, pues, como un hecho realizado la occidentalización de la mujer turca.

Indudablemente, del Oriente pintoresco, de esa tierra de ensueño que inventó Pierre Loti, no quedan ya más que las leyendas literarias.

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.

Vida y destino de María Antonieta

Por ARMANDO TAGLE

MDE SEGUR se ha complacido, por lo demás, en hacer la más apasionada defensa de la soberana que ascendió con una sonrisa de dignidad al calvario. Esta defensa me parece tanto más encomiable cuanto que no son muy numerosos los libros destinados a rehabilitar su augusta memoria aunque se haya escrito, sobre este tema dramático, una biografía copiosa. Otras razones aún, no menos perentorias, me determinarían a escoger este volumen. Estas razones son demasiado primordiales para no enunciarlas, pues es necesario decir que M. de Segur ha trazado un cuadro completo, no solamente de las multitudes en movimiento y de las causas políticas, sino también de la intimidad en que vivieron los soberanos, del alma ansiosa y heroica de María Antonieta. Este último cuadro me parece más importante, para el conocimiento concreto y prolijo del tema, que el primero. Habitualmente, historiadores muy concienzudos, dotados de una erudición considerable y de una inteligencia sutil, abordaron este drama impresionante sin penetrar demasiado en la conciencia de María Antonieta, que fué la protagonista esencial de la revolución. Pero esta actitud no es, sin duda, la más conveniente. El drama que se jugó en las salas de Versailles primero, en las Tullerías después, en las Asambleas deliberativas más tarde, exigía que se abordase con una atención profunda la vida de María Antonieta, porque sin ella, nos sería difícil concebir los acontecimientos que dieron lugar a las jornadas sangrientas. Es la tarea que ha cumplido M. de Segur con un tacto más exquisito cuanto que se disimula a través de la información inagotable de los documentos.

Sí; una vez que hemos asistido al epílogo del drama y creído ver rodar sobre las gradas de la guillotina la cabeza de María Antonieta, no se puede experimentar sino un sentimiento de horror y de clemencia. Pero quien ignorara la conclusión lamentable se resistiría a

crear, a través de los pormenores del drama, que iba a llevarse la expiación de sus culpas, a las formas más implacables del martirio. Venida de un país donde las pasiones políticas no asumían la intensidad tempestuosa que en su patria de adopción, María Antonieta creía instintivamente que a las reinas las protegía una suerte de inmunidad providencial. Había nacido en una corte, esto es, no dudaba que su persona estaba revestida de no sé qué nimbo sagrado, pues desde la cuna se habían derramado sobre su frente todos los esplendores de la gloria. Descendiente de una dinastía excepcionalmente orgullosa del poder de su autoridad y del imperio de su fuerza, María Antonieta fué enviada a la corte más fastuosa de

Europa para servir, quizás, de instrumento a los designios imperiales de María Teresa. Hasta el momento de ascender a la carroza que iba a llevarla a presencia del del fin, María Teresa quiso instruir a esta niña, que no había abierto aún los ojos sobre el mundo, en las exigencias y los derechos del gobierno absoluto, en los aspectos in-

finitos de aquella política que ella dirigía con la habilidad ingeniosa de las princesas de su sangre. Por espacio de cuarenta años seguidos, María Teresa orientó, desde su cámara del palacio de Viena, la política de las cortes europeas, y hasta el último momento de su existencia, su voluntad impaciente sometió a sus deseos las ambiciones de las casas rivales. Era una mujer que tenía la lucidez extraña y el orgullo invencible de los príncipes de los serралlos antiguos. No descansaba jamás. Era la ambición en movimiento y la voluntad en ejecución. Pero cuando hubo ascendido al trono María Antonieta, ella esperó organizar aquella vida que se había encontrado de pronto, en medio del lujo oriental de la corte, con una frialdad que iba a precipitarla en el aturdimiento fugitivo y violento del juego. Dotada de un alma exquisita que desconocía el juego más peligroso aún, del gobierno, las riquezas de que la rodeaba a cada momento el

Después de leer el libro meticoloso que ha consagrado al Marqués de Segur a la última reina de Francia, María Antonieta, "la austriaca", no se puede sino experimentar un sentimiento de suprema indulgencia por la mujer a la cual sacrificó, un día de octubre, el furor de la pasión revolucionaria.

ademán generoso del monarca, cobraron a sus ojos la hostilidad de las riquezas inertes. Al revés de María Teresa que se mostró en todo momento, a los ojos del mundo, en su papel de soberana, María Antonieta no se sintió reina sino en sus arrebatos de orgullo y cuando experimentaba, como una brasa viva en el alma, el desprecio ultrajante de la multitud. Entonces aparecía en toda su majestad la altivez de aquella mujer que llevaba la dignidad en la sangre. Tenía el rostro altivo, la figura esbelta y graciosa, la mirada inteligente, abierta sobre las cosas y los hombres con esa expresión de claridad de las conciencias que no han mirado jamás el rostro desfigurado y medroso de la hipocresía. Estos rasgos de una fisonomía, embellecida más tarde por esa dulzura que pone el dolor muy profundo en el rostro, correspondían exactamente a las cualidades esenciales de su alma. Es la pintura que nos ha transmitido el genio de David sorprendiendo su figura fugitiva, con el lápiz en la mano camino del calvario. Es la descripción que han trazado sus biógrafos más honorables y que como M. de Segur, han estudiado cada uno de los movimientos de su alma, en los salones cerrados de su intimidad, en la sala de la Asamblea poblada de gritos, lo mismo bajo la corona de gloria que bajo la corona de espinas. Pero si sus biógrafos no se hubieran pronuncia-

do con unanimidad sobre la bondad de su alma y la generosidad de su carácter, tendríamos esa multitud de rasgos que nos la muestran como a una mujer de cuya lealtad no es posible dudar. Tendríamos sus cartas. Estas cartas conservan aún, entre sus pliegues rizados, el salado sabor de las lágrimas. Estas cartas no nos engañan. ¿Por qué? Hubo momentos, muy numerosos por cierto, durante este largo e inenarrable calvario, en que María Antonieta, rendida de dolor, buscó el refugio de su alcoba para anunciar en voz alta las emociones a que la sometía cada una de las etapas de aquella Vía Crucis que tuvo su Simón Cireneo en la persona de Fersen.

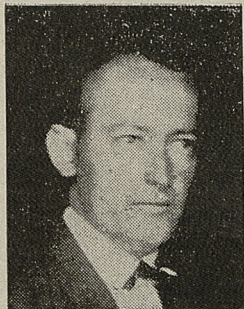
Este hombre, venido de los países fríos del norte e introducido en la corte como uno de los tantos que asistían a los bailes suntuosos, aparece en la vida de María Antonieta como el único afecto profundo y consciente de que gozó aquella alma a la cual se le secuestró el amor de sus hijos. Pero desde que María Antonieta pereció en el calvario, y ahora tanto como antes, se ha repetido que la reina violó la santidad del matrimonio con secretos impuros. El odio que se la tuvo hasta el instante supremo levantó a su alrededor una tempestad de versiones que eran, sin duda, demasiado inverificables o por lo menos, demasiado ligeras. No se puede dudar, sin embargo, que Fer-

VIDAS MINIMAS

Está conceptuada como una de las grandes novelas chilenas, por la crítica y por el público, que agotó a la fecha de su publicación, hace diez años, varias ediciones.

EMPRESA LETRAS

Considera que no puede perderse una novela tan bella, que tantas cualidades posee, que tan bien presenta la vida de los de abajo, y al efecto acaba de lanzar una nueva edición del libro de



GONZALEZ VERA

Si Ud. se interesa por conocer el conventillo chileno y la vida de los que luchan inútilmente, sin posibilidades de llegar más arriba, con la desesperanza de los de abajo, lea este libro. Pídalo en las librerías, puestos de periódicos, y en la Editorial:

HUERFANOS 1041 -:- CASILLA 3327 -:- TELEFONO 82028
SANTIAGO

sen ejerció una influencia profunda en la vida de la reina, especialmente en los últimos años, que su ánimo se hallaba desgarrado por los agravios más crueles. ¿Pero quién podrá discernir hasta qué punto alcanzó esta influencia? Si poseemos pruebas irrecusables acerca de una intimidad puramente moral, las tenemos, también, a favor de su lealtad inquebrantables, pues no se ignora que no ha sido posible aducir un solo testimonio de las personas, que como la condesa de Lamballe, conocían los pliegues más escondidos de su alma. Ella le tuvo un afecto, por lo demás, que nos da la sensación del amor abnegado. El, en cambio, la adoró. Desde que la hubo visto por primera vez en Versalles hasta que expiró en las calles de Suecia, su pensamiento la persiguió con la obstinación impaciente, insaciable y ansiosa de los grandes amantes. Pero para tener una idea precisa de los sentimientos que había inspirado la soberana a Fersen como para tomar la pulsación exacta del corazón de la reina con respecto a aquél, es indispensable leer las cartas en las cuales él habla de María Antonieta, después de su muerte, con una unción que rechaza imperiosamente la versión, entonces, evidente. Hay en esos acentos una pureza que sería muy difícil encontrar en la correspondencia de los amantes que ha conocido la posteridad y una especie de emoción que lleva a la sublimidad su ternura. M. de Segur no duda que esta ternura fué inocente por lo mismo que fué tan intensa. Pero he aquí una carta de María Antonieta dirigida a Fersen y escrita en 1791, es decir, cuando ella vivía ya bajo la roja amenaza de la guillotina.

“Quiero deciros que os amo y ni aún tengo tiempo para esto. Estoy bien, no os inquietéis por mí; quisiera saber lo mismo de vos... Indicadme a quién debo dirigir las cartas que podría escribiros, porque no puedo ya vivir sin esto. Adiós, el más amado y



Bellísimo retrato de María Antonieta

“ el más amante de los hombres. Os beso de todo corazón”.

He aquí, a su vez, la carta dirigida por Fersen a su hermana, la condesa Sofía de Piper, después de la muerte de María Antonieta.

“¡Ah! ¡Compadecedme, compadecedme! He perdido todo lo que tenía en el mundo. ¡Aquella que constituía mi felicidad, aquella para quien vivía, sí, mi tierna Sofía, pues nunca dejé de amarla, no, ni lo podía; ni un solo instante dejé de amarla, y absolutamente todo en el mundo se lo habría sacrificado! ¡Aquella a quien amé tanto, por quien hubiera dado mil vidas, no existe! ¡No vive ya! Mi dolor ha llegado a su colmo y no sé cómo puedo vivir y sopor-

La Chilena
Consolidada
 Vida
 Incendio
 Pólizas de Prevision

“tar mi dolor. Todo ha acabado para mí...
 “Por qué no morí a su lado? ¡No haberme
 “sido dado derramar mi sangre por ella! En
 “adelante mi corazón sangrará a cada latido...
 “Llorad conmigo, mi tierna Sofía...
 “¡Oh, Dios mío, tened piedad de mí!”

Estas cartas nos descubren tan profundamente sus almas que no es posible dudar que, en el curso de su largo calvario, Fersen constituyó para María Antonieta un refugio a la que ninguna mujer, dotada de un corazón semejante, hubiera podido substraerse. Pero para explicarse esta pasión sobre la cual la posteridad debía pronunciarse con un alto respeto, cualesquiera que hayan sido sus secretos, es preciso recordar hasta qué punto el corazón de la reina se sintió distante del corazón del monarca y de qué modo el destino unió a dos seres que no tuvieron jamás un solo aspecto común.

Apenas hubo llegado a la corte de Versalles, aquella princesa que no había conocido en el mundo sino la fría ternura de su madre y el homenaje de sus damas de honor, experimentó una decepción que calló durante toda su vida.

Era una reina. Pero esta reina tenía el alma exquisita y ardiente de una mujer cuyo corazón floreció, desde entonces, como una planta en la nieve. Se conocen minuciosamente, por cierto, los detalles lamentables que rodearon a la princesa a su arribo al palacio de Versalles, y no se ignora que durante los primeros meses vivió como confinada en su cámara nupcial hasta donde le llegaban los ecos de las disputas dinásticas. El delfín que era entonces Luis XVI la miró, no se sabe si por timidez

o por un movimiento natural de hostilidad, con una indiferencia que para aquella mujer, ansiosa de afectos, debió ser más deprimente y más reveladora que todas las palabras. Pero por consejo de su madre que precisaba ganarse la adhesión de la casa de Francia, María Antonieta procuró establecer con su esposo una corriente de simpatía que Luis XVI recibió con la impasibilidad desdenosa de las divinidades orientales. Sólo más tarde, a propósito del luto que pesó sobre la corte, le descubrió una ternura que por una ironía del destino, María Antonieta ya no comprendió.

En presencia de esta existencia que sufrió, sin un minuto de tregua, la hostilidad de los genios enemigos, es preciso preguntarse si sobre su alma no pesó el decreto divino de un destino siniestro. Siguiendo el curso de sus días turbados, ante los afectos que le fueron arrebatados de una manera implacable y que constituían el sostén moral de su vida, el historiador se pregunta si no está en presencia de un alma elegida para la expiación y el calvario. ¿Cuáles fueron sus culpas? ¿Qué crímenes la hicieron pasible de una sentencia ejecutada minuto a minuto con una suerte de lentitud voluntaria y feroz? Las investigaciones posteriores que se han realizado sobre cada uno de sus actos han puntualizado, con una exactitud escrupulosa, que no fué solamente María Antonieta la que agotó el tesoro. No hubo jamás alrededor de una reina una nobleza tan exigente como la que rodeó a María Antonieta, que tenía verdaderamente, y en un grado muy acentuado, la irresponsabilidad de los sucesos políticos y un desconocimiento notorio de la ciencia económica. Otras causas, menos decisivas pero igualmente ajenas a María Antonieta y visiblemente perniciosas para la buena administración de la corona, le atrajeron el odio de la multitud que humilló su dignidad de soberana, que violó sin clemencia los sentimientos rendidos de la madre. Desde el momento que se la acusó de conspirar contra la nación que había ceñido a su frente la corona de las reinas, no se la abhorrió, siquiera, el oprobio de las imputaciones más íntimas. Pero ella vivía ya las etapas supremas del martirio. El genio incomprensible y maligno que se había sentado, como un lebre l vigilante, a los pies de su cuna, la acompañó también a su celda sin luz, mientras en la calle se escuchaban los alaridos de aquella multitud que exigía, como en los sacrificios antiguos, una víctima expiatoria. Y doscientos años después de su muerte, su memoria se ha conservado tan intacta que aún nos parece verla ascender al calvario, un día de octubre, vestida de harapos, ante la posteridad que la escucha...

“LETRAS”

Revista peruana mensual de Literatura,
 Crítica, Arte, Bibliografía y Cultura.

Director: Marcial de la Puente

Colaboran las más destacadas figuras intelectuales de la nueva generación.

Suscripción anual en el extranjero:

\$ U. S. A. 0.50

Dirección y Adm.: Girón Unión 758
 LIMA (PERU)

COX - CITY

Cuento por GUILLAUME APOLLINAIRE

Ilustró Honorio.

Acaso jamás literato alguno haya imaginado un caso tan interesante como el que presenta Apollinaire en este cuento: el suicidio colectivo de toda una ciudad, vencida, atormentada, derrotada por el hambre. Con ello Apollinaire encontró un remedio, ¡duro remedio por cierto!, para algunos miles de hombres que a pesar de caminar sobre oro no hallaban un pedazo de pan.

EL barón de Orseman llevó con viveza la mano a la cicatriz que acababa yo de ver, y arregló sus cabellos para cubrirla.

—Me es necesario estar siempre bien peinado, — me dijo. — De otro modo la gente se da cuenta de este desagradable pedazo desnudo y lívido de mi cuero cabelludo; parezco tener tiña... Esta cicatriz no es nueva. Data de un tiempo en que era fundador de ciudades... Hace de esto quince años, y era en la Columbia Británica del Canadá... ¡Cox-City!... Una ciudad de cinco mil almas... Debía su nombre a Cox... Chislam Cox... un valentón, mitad hombre de ciencias, mitad aventurero. Había provocado el *rush* a esa par-

te, hasta entonces virgen, de las Montañas Roccosas, donde aun hoy día está situada Cox-City.

Había reclutado mineros de todas partes: de Quebec, del Manitoba, de Nueva York. Fué en esta última ciudad donde encontré a Chislam Cox.

Estaba yo allí desde hacía seis meses más o menos. Entre tanto, debo confesarlo, no ganaba ni un centavo y me aburría a morir.

No vivía solo sino con una alemana bastante bonita, cuyos encantos eran muy celebrados... Nos habíamos conocido en Hamburgo. Había llegado a ser su *manager*, si se me permite decirlo...

Se llamaba María-Sibila o Marizibil, para



Chislam Cox hizo circular una proclama conmovedora

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 SANTIAGO.

hablar como la gente de Colonia, su ciudad natal.

¿Será necesario agregar que me quería con locura?...

Por mi parte, no era celoso. Sin embargo, esa vida de holgazán me pesaba más de lo que Ud. pudiera creer; no tengo alma de macró. Pero en vano trataba de emplear mis talentos, de trabajar...

Un día, en un *saloon*, me dejé embaucar por Chislam Cox, que hablaba muy alto, apoyado en el mostrador, y exhortaba a los clientes a seguirlo a la Columbia Británica. El conocía allí un sitio donde abundaba el oro.

Mezclaba en su discurso a Cristo, a Darwin, al Banco de Inglaterra, y, Dios me condene, si sé por qué a la papisa Juana. Este Chislam Cox convencía a cualquiera. Me enrolé en su caravana con Marizibil, que no quería abandonarme, y partimos.

No llevaba aperos de minero, sino toda una batería de bar y mucho alcohol; whisky, gin, ron, etc.; ropa de cama y balanzas de precisión.

Nuestro viaje fué bastante penoso, pero tan pronto como llegamos allí donde Chislam Cox se proponía llevarnos, construimos una ciudad de madera que fué bautizada Cox-City, en honor al que nos dirigía. Inauguré un depósito de bebidas alcohólicas, que pronto fué muy frecuentado. El oro, en efecto, era abundante, y yo mismo negociaba en oro. Una gran parte de los mineros eran franceses o canadienses franceses. Había allí alemanes e individuos de lengua inglesa. Pero el elemento francés dominaba. Andando el tiempo, llegaron mestizos franceses del Manitoba y un gran número de piemonteses. También vinieron chinos. Y así fué como al cabo de algunos meses, Cox-City contaba cerca de cinco mil habitantes, todos los cuales no poseían más de diez mujeres...

Me había formado una situación envidiable en esta ciudad cosmopolita. Mi *saloon* era floreciente. Lo había bautizado "Café de París", y este título halagaba a todos los habitantes de Cox-City.

Los grandes fríos se hicieron sentir. Era terrible. Cincuenta grados bajo cero constituyen una temperatura deplorable. Nos dimos cuenta con horror que Cox-City no contaba con las provisiones suficientes para pasar el invierno. No había comunicaciones posibles con el resto del mundo. Era la muerte próxima en perspectiva. Pronto las provisiones fueron agotadas, y Chislam Cox hizo circular una proclama conmovedora, en la cual nos daba a conocer todo el horror de nuestra situación.

Nos pedía perdón por habernos llevado a la muerte, y no obstante su desesperación en contraba manera de hablar de Herbert Spencer y del falso Smerdis. El fin de esa proclama era espantoso. Cox invitaba al pueblo a reunirse, al día siguiente por la mañana, en el lugar que se había tenido el cuidado de dejar al centro de la ciudad. Todos debían llevar un revólver y suicidarse a una señal, para escapar a los horrores del frío y del hambre.

No hubo protestas. En general encontraron elegante la solución, y la misma Marizibil en lugar de sollozar, me dijo que estaría feliz de morir conmigo. Repartimos todo lo que nos quedaba de alcohol. Al día siguiente por la mañana, nos dirigimos, tomados del brazo, al lugar mortuario.

Aunque viva cien mil años no olvidaré nunca el espectáculo de aquella muchedumbre de cinco mil almas cubiertas de abrigos, frazadas. Todos tenían en la mano un revólver, y todos los dientes castañeteaban... castañeteaban... se lo juro.

Chislam Cox nos dominaba desde arriba de un tonel. De pronto, se llevó el revólver a la frente. Salíó el tiro. Era la señal y, mientras que, muerto, Chislam Cox caía del tonel, todos, incluso yo, se hacían saltar la tapa de los sesos... ¡Qué recuerdo más espantoso!... ¡Qué tema de meditación esta unanimidad en el suicidio! Pero ¡qué frío tan terrible hacía!...

Yo no estaba muerto, sino aturdido, pronto volví a levantarme. Una herida, o más bien un rasguño que me hacía sufrir horribilmente, y cuya cicatriz me marcará hasta el fin de mis días, era lo único que me recordaba mi tentativa de suicidio... ¿Y por qué estaba completamente solo?

—¡Marizibil!—grité.

Nadie me contestó. Pero, los ojos desmesuradamente abiertos, tiritando de frío, permanecí largo rato embrutecido mirando a esos muertos, cerca de cinco mil que, todos, llevaban en la frente una herida voluntaria.

Luego, sentí un hambre terrible que me torturaba el estómago. Los víveres se habían



COMPRE CAFE LEGITIMO

DESCONFIE DE LOS CAFES MOLIDOS

El rendimiento en la taza de los substitutos o mezclas con substitutos es varias veces menor que el café legítimo fresco y recién molido, trocándose así la supuesta economía en un mayor desembolso.

Las cualidades estimulantes, propias solamente del café y la satisfacción que se experimenta al tomar esta exquisita bebida, no se encuentra en ningún substituto o mezcla.

Lleve su café en grano, o hágalo moler a su vista.

Los Contratistas y Depósitos "TRES MONTES" venden café en grano absolutamente puro.

N. O.—230.

agotado. No encontré nada en las casas que registré. Enloquecido y vacilante, me lancé sobre un cadáver y le devoré el rostro. La carne estaba tibia aún. Me sacié sin ningún remordimiento. Después me paseé por la necrópolis meditando sobre los medios de salir de allí. Me armé, me abrigué cuidadosamente, cargué más oro del que podía llevar. Luego, me preocupé del alimento. Los cuerpos de las mujeres eran más regordetes, su carne más tierna. Busqué uno y le corté las dos piernas. Este trabajo demoró más de dos horas. Pero me encontré frente a dos jamones, que por medio de dos correas suspendí a mi cuello. Entonces me dí cuenta que había cortado las piernas de Marizibil. Pero mi alma de antropófago ape-

nas se conmovió. Sobre todo tenía prisa de partir. Me puse en marcha, y, por milagro, llegué hasta un campamento de leñadores, justamente el día en que mis provisiones se agotaron.

La herida que me había hecho en la cabeza sanó pronto. Pero una cicatriz que escondo con cuidado me recuerda sin cesar Cox-City, la necrópolis boreal, y sus habitantes helados, que el frío guarda tal como cayeron, armados y heridos, con los ojos abiertos, y los bolsillos llenos del oro inútil a causa del cual murieron...

(Traducción especial para "Lecturas", por Adriana Ponce P.)

MELODIAS DE NIÑO

Aquella plaza de flores, que en el alba parecían pájaros, era de los niños.

Cuando llovía, una agua de chocolate corría por las veredas negras. Y qué bella era esa agua que venía del barro, de ese barro que para los niños era como otro niño, más pobre y más bueno. Los niños querían al barro y se abrazaban a él gritando de contentos. Qué dulces eran abrazados a la tierra tibia después que el sol se dormía en las hojas como un gato grande y callado!

Entonces la vida era bondadosa en medio de esas cosas buenas. De ese barro que era para los niños un gran juguete de cariño, muy distinto del barro, de ese otro, donde caen los hombres que ya abandonaron los algodones de la infancia.

Era un encanto humilde ver a los niños abrazados a la tierra.

Con sus ojos limpios los niños eran ángeles. Y yo los hubiera admirado toda la vida, sin haber pensado nunca que los ángeles también mueren.

JENARO WINET.

SEÑORES AUTOMOVILISTAS:

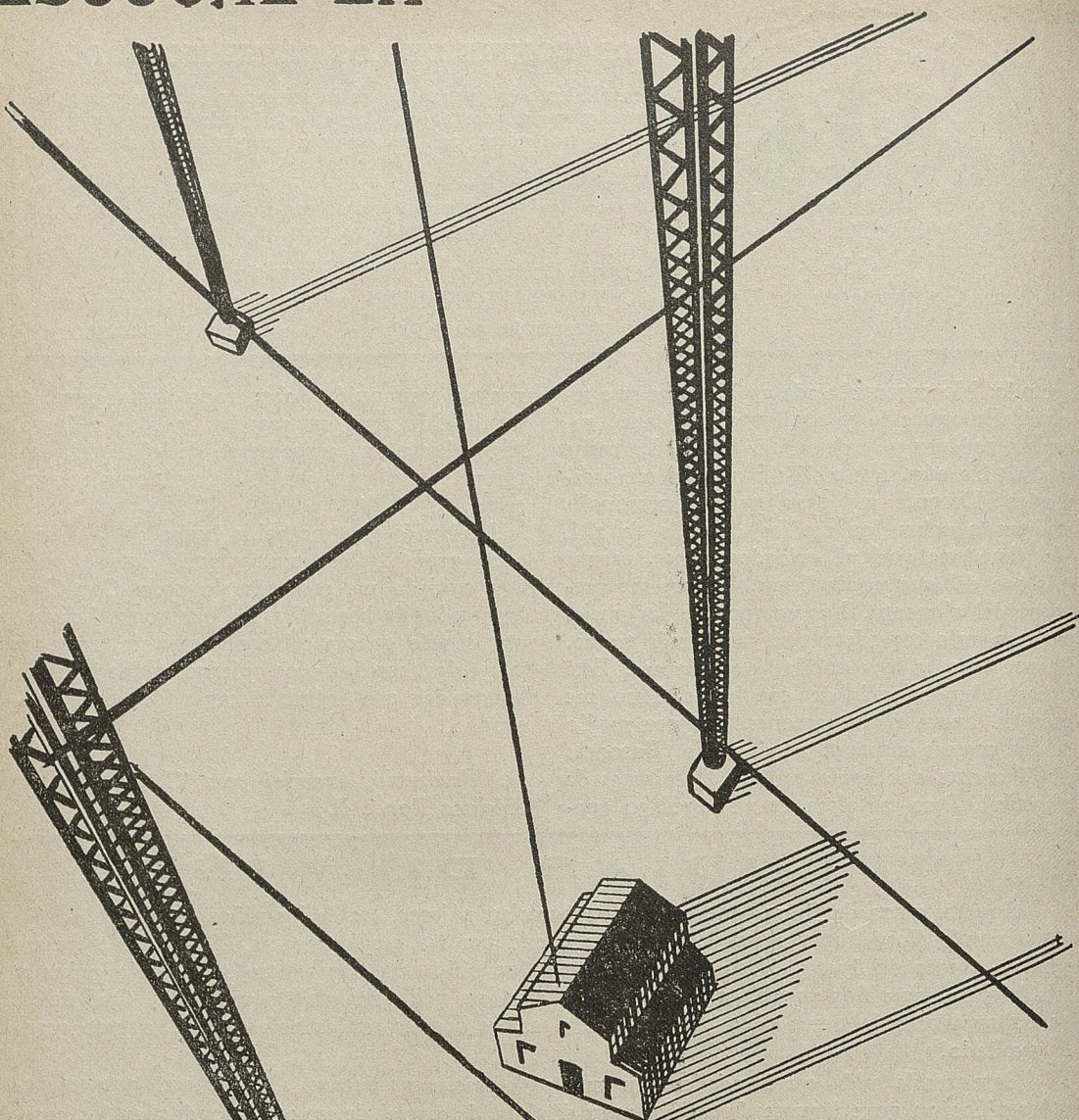
Acudan al

GARAGE AURELIO POZO ROCUANT

Situado en: DELICIAS 1659 -:- TELEFONO 65271

Encontrarán atención esmerada y personal competente.
ABIERTO DIA Y NOCHE

ESCUCHE LA



RADIO LETRAS

Onda 382 mts: 785 kilociclos.

Estudio: Ed. La Nación - 9.º piso - Casilla 3455 - Santiago

Antena: San Nicolas 1346 - Tel. 232 Cisterna.

HA MUERTO GALSWORTHY

LA suerte deparó a John Galsworthy, el escritor inglés que acaba de morir, dos obsequios simultáneos y muy distintos: por una parte el Premio Nobel de literatura, hoy por hoy la más alta distinción a que un publicista puede aspirar, y por otra, la dura enfermedad que acaba de arrastrarlo a la muerte.

Su carrera literaria es firme, desde los comienzos, y sigue una ruta de la cual no ha de apartarse. Aunque nacido en Coombe, (14 de agosto de 1867), su familia procede de Devon, lugar a donde acude, poniendo oído a la llamada de sus antepasados, y donde vive por mucho tiempo, pues llega a considerarlo como su propia tierra. Educación cuidada — liceo, Universidad — título de abogado, y luego algunos años con el objeto de reunir los elementos que necesita para dedicarse a la literatura, libros y muchos viajes: toda la Europa, Rusia, Egipto, Estados Unidos, Canadá, Colonia del Cabo, Australia, Polinesia. Elementos que no van a servirle sino para el conocimiento de los hombres, ya que aparte de "Flor Sombria" (1), todas sus novelas se desarrollan en Inglaterra. (especialmente en Devon).

Sus procedimientos literarios están dotados de singular, novedad y nobleza. Sus descripciones exteriores son a menudo minuciosas; en cambio no describe jamás el carácter de sus personajes: ellos con sus acciones dejan ver cómo son. Pero es en el diálogo, donde alcanza verdadera maestría.

Sus primeros libros (fines del siglo XIX) aparecen firmados con un pseudónimo. A partir de "Los fariseos de la Isla" y "El propietario", se le considera ya un escritor que

camina a pasos agigantados hacia la celebridad y la gloria. "El dominio", "Fraternidad" y "El Patricio" no hacen sino confirmar esta gloria naciente. Inglaterra, el carácter inglés, el hombre, el suelo, los campesinos, los magistrados, los obreros, los burgueses ingleses aparecen en su obra tan perfectamente retratados que ellos mismos se han reconocido, y es ese uno de los factores del éxito de Galsworthy. Más tarde tienen "La Caja de Plata", "Alegría" y "La Huelga". Después "Justicia", "El Hijo Mayor" y "Lealtades" dan al autor dramático la misma celebridad que al novelista.

En 1907 decide llevar de nuevo a la familia Forsyte (grandes burgueses ingleses) a la literatura y escribe la continuación de "El Propietario", "The Indian summer of a Forsyte", "In chancery", "Awakening". Entre 1924 y 1928 escribe otras obras en que también aparece Soames Forsyte, el protagonista de "El Propietario": son "El mono blanco", "La cuchara de plata" y "El canto del cisne".

Enamorado de ese sistema de los libros en series, Galsworthy publica finalmente "Flowering Wilderness", la continuación de "Maid in waiting".

Muchas de sus novelas no están aún traducidas al castellano, lo que es lamentable, pero es de esperar que ahora que ha muerto, y ha muerto célebre, esa misma fama distribuya por el mundo las obras de ese autor tan noble, tan cuidadoso de la moral y tan conocedor de las pasiones y de la vida que se llamó John Galsworthy.



John Galsworthy

(1) Biblioteca Zig-Zag, N.os 53 y 54.



NOVELA
POR
JOSE
MARIA
SOUVIRON

Salvaje

Ilustraciones de Honorio.

TODOS sabían que desde hacía más de dos años no bajaba por la ciudad sino a deshora, cuando empiezan a regar las calles y éstas se obsequian el agua chorreando hasta las aceras, cuando comenzaban a cerrarse los cafés y se despertaban, princesas de la calzada solitaria, las primeras golondrinas. Se lo encontraba, de tarde en tarde algún noctámbulo que le había conocido antes. Y al día, cuando ya el sol era pleno, se comentaba, entre la gente, después de un rato de silencio: Hoy he visto a Carlos Artigas por la calle.

Hasta sus veinte años, Carlos Artigas vivió como cualquier otro muchacho de su clase: Estudios, paseo, cinema por la tarde, cocktail en el hall del Hotel Príncipe y asistencia a los té, cuando se le antojaba. Entonces fué cuando su padre, con el hermano menor, únicos que restaban de la familia, decidieron trasladarse al Norte, donde los trabajos eran más cuantiosos. Carlos no aceptó esta marcha. Hacía tiempo que iba dejando de frecuentar la vida social, encerrándose más en su soledad, cambiando los paseos centrales por otros más alejados a la costa. Repetía frecuentemente que estaba cansado.

—Cansado tú — le respondía el padre — que eres las fuerza en persona! . . .

Y le golpeaba con la mano abierta las espaldas que sonaban como una muralla macedónica.

Decidió no ir al Norte. Aquella vida industrial, gris de humo, le horrorizaba. El ya podía vivir por sí solo. Cuando los otros partieron, Carlos quedó en la ciudad unos días. Luego desapareció. Se decía que habitaba un lugar alto de la costa, rocoso junto a una playa de arena, alejado de pueblos y carreteras. Había dejado sus habitaciones al portero, para que las alquilara. Sólo se había llevado con-

sigo unos cuantos libros, un gramófono con numerosos discos y sus cachimbas. Vendió los trajes. Cuando se le veía, a la madrugada, por la ciudad, siempre vestido como un jugador de tennis (blanco, camisa abierta) parecía un retardador del frío mañanero. En algunos villorrios costeros le conocían, porque buscaba por allí, semanalmente sus provisiones. Pero nadie podía decir exactamente quién era.



Durante el té, se habló de Carlos Artigas. Pocholo Hinojosa llegó diciendo que se lo había topado al salir de un café, a las cinco de la mañana, paseando solitario por la calle. Había intentado trabar conversación con él, sin conseguirlo, pues Carlos respondió con evasivas amables y se alejó rápidamente.

Isabel Guíllamas, la última muchacha con quien había intimado careos antes de su fuga, se mostró curiosa y animada, habló de Carlos largo rato y propuso la organización de *picnics* hasta que se encontrara al fugitivo.

—Estoy segura que lo encontraremos el día menos pensado. Se sabe que vive sobre una roca rodeada de playas, cortada en cantil sobre el mar. Creo que es una vergüenza dejar perderse a ese muchacho. Se le podía convencer que volviera, que trabajara. . .

Otra cortó el propósito:

—Si está dispuesto a no venir, no vendrá. Todas sabéis cómo era de tozudo y aferrado a sus opiniones. Traerlo por la fuerza no es del caso.

—Por la fuerza no. Tratar de hacerle venir por las buenas. Y por lo menos, verlo. Debe estar tan célebre. . .

Se cruzaron unas sonrisas de malicia pequeña entre las demás mujeres. Isabel las advirtió.

—No me negaréis que es un tipo novelesco

y raro. Un hombre que desaparece de la sociedad de esa manera.

—Un Tarzán de los monos...

—No tanto. No es peligroso.

Pocholo Hinojosa intervino:

—No sabemos, no sabemos... — y dirigió una mirada, entre comprensiva y cínica, a los demás. — De todos modos, sería perturbarle su vida que él la quiere así.

—Bah! No es más que curiosidad de hallarlo. Y tal vez hacerle un favor trayéndolo entre los que conoce.

—No veo el favor, Isabel. Cada cual debe hacer lo que quiere, si puede. La cuestión es poder.

Se acordó salir de excursión el domingo siguiente. Buscaron, en la memoria, los lugares playeros donde la roca se metiera en el mar. Existían varios en la costa: El Peñón del Cuervo, a veinte kilómetros de la ciudad. Cahonda, a otros tantos, por el otro lado. Y un acantilado sin nombre, más lejos, alto frente a las olas mediterráneas, desde donde los días claros se divisaban las cumbres africanas, a la otra banda del mar. Las dos primeras meriendas se efectuaron sin resultado. Al llegar, se olvidaba el motivo y se dedicaban a divertirse el ocio y a caminar lo menos posible.

Pero Isabel conservó, aumentado por los dos fracasos, el interés descubridor. Se le antojaba interesante aquel encuentro. El recuer-



Desde hacía más de dos años no bajaba por la ciudad sino a deshora...

do de su amistad con Carlos no era el acicate de la busca. Era, más bien, una de esas obsesiones sin trascendencia, que son como una espina en la cama, inencontrable; que aguijan un capricho de apariencia fácil. A su ductilidad moderna la aventura entraba con un molde magnífico. Y ya que no podía salir de la cotidiana vaguedad de la ciudad en viajes de nuevas miradas, creía que su decisión del descubrimiento le daba la nueva distracción y la última excentricidad, para ella sola. Isabel no buscaba a Carlos por encontrarlo a él, sino por vagar ella por vagar ella de originalidad.

Le quedaban siempre que reconocía su persistencia, los resquemores de perturbar una manera de vivir, que sin ella comprenderla, era voluntaria y querida por aquel raro de Carlos Artigas. Los demás temores se le pasaban rápidamente de la cabeza. ¿Qué podían decir si se enteraran de que buscaba la costa del fugitivo social? Y, sobre todo, ¿qué podía pasar en diez minutos de conversación con el antiguo compañero de fiestas, mientras el auto esperaba lo más cerca posible de la costa, y el retorno sería lo más sencillo del mundo?

Novelesca para los comienzos de la aventura, tenía la seguridad de no terminarla sino como ella quisiera. Es decir: *sin tonterías*. Isa-

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

bel llamaba tonterías a muchas cosas, a muchos acontecimientos.

Y como el verano había llegado, con la caricia fresca de sus tardes en aquella tierra meridional, orillada por el viejo mar latino, Isabel prescindió de otras diversiones, y en su *roadster*, sola, tremolando al viento la bufanda de seda y la melena rubia, recorría los caminos litorales velozmente, parando en los festones de la playa, saltando por las rocas y volviendo a la ciudad cuando guiñaba en lo alto la primera estrella del véspero.

Así, con intervalos de disimulo (un cine, un té, una visita) pasaron varios días. Una tarde dominical, de esas que parece que guardan el sol más tiempo, que retrasan y cultivan el color del poniente, Isabel lanzó el auto carretera adelante y viendo al radiador tragarse la cinta rasa de los caminos, llegó más lejos que otras veces. Llevaba ya cierta desesperación de éxito. Preguntaba en los villorrios y en los pueblos de pescadores por el desconocido y nadie daba razón de él.

Se detuvo, por cansancio de velocidad, en un lugar donde los pinos, barranca abajo, parecían correr en tropas hacia el mar. Un ángulo de dos montes, cuajados de árboles, que descendían hasta juntarse, dejaba en medio de un trozo de mar de un azul denso y compacto, roto por una vela lejana, quieta inverosímilmente bajo la brisa marina.

Hervía el agua en el coche y por los resquicios del tapón del radiador salía un humillo ligero que retozaba con el viento. Había que dejar un rato de reposo al auto. Descendió por las faldas, agarrándose de un pino en otro y en un lecho de ramillas secas, bajo uno de los árboles, se tendió, cara al cielo, los brazos tras la nuca, en una indolencia despreocupada, balanceando una pierna sobre el ángulo firme de la otra.

Se deslizaba el viento suavemente por el pinar, acariciando con un frescor, húmedo de resinas y de sal, el cuerpo de la muchacha jugando travieso a levantar la falda ligera, a penetrar por el escote, a resbalar por el rostro, a ser impalpablemente respirado por las aletas temblorosas de las naricillas de Isabel que se llenaba el pecho de perfume y emanación de los troncos frescos y de ese olor de marisco que sube de las playas abandonadas.

La tarde le regalaba toda su delicia. Le parecía oír una música perdida entre las ramas. Estaba contenta, sin saber por qué. Ni recordaba sus pesquisas. Quiso escuchar aquella música que hacía el viento entre los pinos y le pareció demasiado clara, demasiado musical, demasiado lejana. No. No era sólo un rumor natural lo que escuchaba. Se incorporó, con extrañeza. Los pinos no podían cantar aquello, que ella había escuchado ya otras veces. Era una orquesta remota lo que llegaba a sus oídos. Pero ¿de dónde? Una orquesta que tocaba un motivo moderno reciente, en aquellas soledades. Tal vez un gramófono...

De pie, exaltó su atención a recoger las ondas. Se le aparecía cercano el desgrane de las notas. ¿Sería posible?

Trepó hasta la cumbre de la loma y miró al otro lado. Ante una casilla de madera, que parecía trasplantada de un cuento de niños suizos, una figura, erguida, blanca, las manos en los bolsillos, parecía tener la vista perdida en el mar. Se llenó de alegría, con una bocanada de aire marino que le hizo respirar ampliamente. Y agitando un pañuelo al aire, gritó con todas sus fuerzas. La figura que se recordaba en el poniente se volvió de un salto. Ni un ademán respondió. Permaneció mirando a la mujer que corría por el monte, hacia donde estaba. Isabel temió ser recibida mal, ante la inmutable serenidad de su descubrimiento. Pero siguió adelante. Ya cerca, saludó con una sonrisa abierta y fresca y una voz entrecortada por la carrera:

—Carlos. ¡Qué casualidad encontrarte!

Carlos no pudo reprimir otra sonrisa clara. Extendió los brazos y la estrechó en ellos.

—Pero, ¿cómo has llegado por aquí, tú?

—Qué sé yo! Me dedico a las excursiones solitarias...

Se dió cuenta de que la tenían abrazada y esquivó el círculo de aquellos brazos tostados por el sol. Carlos no pretendió excusarse.

—Estos saludos son antisociales — murmuró ella, sin perder la sonrisa. — La extrañeza de encontrarte...

—Si que es raro. No lo hubiera creído.

A Carlos le alegró aquel encuentro que él creía obra de la casualidad. Si odiaba el ambiente que había abandonado, no sentía ese odio por algunos de sus individuos. Sin haber sentido ningún afecto especial por ella, Isabel había sido una de las dos o tres amigas que le habían dejado un recuerdo agradable de simpatía. Sin embargo, su primera reacción fué espontánea:

—Supongo que dentro de un rato no sabrá todo el mundo donde estoy. Que no tenga que

mudarme por tu culpa, Isabel. Mira como va la obra...

Señaló la casucha. No tenía esta más de dos metros de alto. Hecha de troncos gruesos, con tres huecos a guisa de ventanas, se llenaba de luz por los cuatro costados. Una litera de rusticidad en consonancia, se colgaba del techo a una cuarta del suelo. En frente, libros, paquetes de tabaco y frutas y pan, se agolpaban en una tabla sin cepillado.

Isabel contempló todo esto con una curiosidad extraordinaria:

—Y ahí vives tú?

—Solamente las noches que hace lluvia o frío. Generalmente vivo aquí fuera... — y dió un puntapié demostrativo a una alfombra raída sobre la que se desordenaban unos discos, junto a la caja del gramófono...

—Pero, Carlos!...

Ella quiso decir algo más y no le salió. Se contentó con reirse a gritos que cayeron, con el eco, de roca en roca, hasta ser engullidos por una ola. Después, continuó:

—Bien: Sigue con tu música. Yo voy a sentarme un rato antes de volver al coche.

Se recostó en la alfombra, tirando de la falda cuanto pudo para cubrir sus piernas en contraste con su anterior descanso solitario. Carlos colocó la aguja sobre el disco y se diluyó por aquel campo abierto del atardecer, un ritmo de armonium pagano y romántico.

—Me encanta el armonium — musitó ella — ¿cómo se llama esto?

—“Roses of Picardie”. Es de lo mejor que tengo aquí. Tiene el armonium no sé qué cosa calma que se compenetra con el mar en calma.

—Ciertamente...

Callaron mientras la música expandía sus ondas por el aire.

Al final, unas campanas perdidas acompañaban el ritmo del armonium que se alejaba.

—Y las campanas!

—Te acuerdas de cuando recitábamos juntos, en clase de inglés, las campanas de Poe?

—Si recuerdo... Empezaba...

Carlos entornó los ojos recordando, mientras levantaba el diafragma del disco y comenzó despacio, deteniéndose en algunas palabras:

Hear the sledges with the bells

Silver bells!...

What a world of merriments their melody
[foretells!

—¿Cómo seguía?...

—¡Qué memoria! — Isabel cogió la melodía y continuó:

La crisis no le impedirá visitar el Sur de Chile

HAY BOLETOS DE TURISMO
QUE SOLO POR \$ 150 LE PERMITIRÁN HACER UN VIAJE DE IDA Y VUELTA HASTA PUERTO MONTT Y RAMALES, CON ESCALAS EN EL TRAYECTO.

PIDA MAS DATOS EN LAS ESTACIONES O EN LA:

OFICINA DE INFORMACIONES

SANTIAGO

BANDERA ESQ. AGUSTINAS

TELÉFONO 85675

V. 31.—0.305

How they tinkle, tinkle, tinkle
In the icy air of night!
While the stars that overspinkle
All the heavens seems to winkle
With a chrystalline delight...

Al llegar aquí, Carlos había conmenzado a recordar en voz alta, al mismo tiempo que Isabel. Las dos voces, en el expansivo ritmo de los versos, solas en el aire, eran como una música perfecta de naturaleza...

Keeping time, time, time
in a sort of Runic ryme
to the tintinabulation that so musically swells...
From the bells, bells, bells, bells
bells, bells, bells
From the jingling and the tinkling of te bells.

Rieron a carcajadas al concluir, como si el asunto fuese de una jocundidad extraordinaria. Se sentían alegres, con esa felicidad que deja siempre la gota de acíbar en medio. Acíbar de recuerdo de días en otro ambiente. Al mismo tiempo la novedad de sus sensaciones era un motivo de extraña curiosidad para los dos. Para Carlos, al cabo de tanto tiempo de no hablar con una mujer joven, recordada. Para Isabel, la satisfacción del descubrimiento y de la curiosidad, unida a la visión de un tipo de hombre que se le presentaba con un interés maravilloso.

Se miraban con cierto resquemor timorato sin atreverse a clavarse del todo las miradas. El silencio lo rompía una leve palabra entrecortada, de vez en cuando. Vagaba por el aire un rumor lejano de hojas movidas por el viento. Isabel comenzó a explicarse la idea de vivir como vivía Carlos. Pero ¡aquella soledad! Y sobre todo, el porvenir. Atrapados por la civilización, es difícil salir de ella en la vida, romper las relaciones, si no se quiere ver uno mismo abandonado cuando llega la hora de volver a ella. Y esta hora, según Isabel, tendría que llegar fatalmente para Carlos. La necesidad de relación, el hartazgo, el aburrimiento triunfarian el día menos pensado y Carlos tendría que volver a la ciudad, a una ciudad cualquiera. Y entonces, la ciudad y la civilización pagarían al hombre con la misma moneda de abandono, sería tarde para empezar de nuevo, no se le contarían los días, los años perdidos. Y sin embargo, aquel muchacho había resistido cerca de dos años en su ausencia. ¿Resistido? Tal vez no. Se decidió a preguntárselo:

—Me explico hasta cierto punto la felicidad de esta vida. Pero nada más que como descanso, como reacción... ¿Tú crees, Carlos,

qué permanecerías viviendo aquí siempre? ¿No hay momentos en que necesitas un compañero?

Bruscamente, con el olvido de antiguas maneras, Carlos se volvió hacia ella:

—No creo. Me parece que no. ¡Un compañero! Si existiera... A veces echo de menos una compañera...

Isabel retiró los ojos de los de Carlos y los distrajo, a cosa hecha, por la plana inacabable del mar. Carlos aumentó su brusquedad:

—Y cuando esa compañera me ha echo falta la he buscado, pero lejos de aquí. Aquí nadie querría venir conmigo. Yo puedo ceder un momento a los demás ante ciertos mandatos, pero...

—Bueno, bueno... No me interesa. — Sonrió ella.

—¿Lo ves? Lo mismo diría cualquiera. "No me interesa". Y por qué ha de interesarme a mí de los otros lo que a los otros no le interesa de mí?

Isabel reconoció que aquella interrupción suya había obedecido a un temor social y que el ambiente no estaba para eso. Decidióse a seguir hablando, sin temor, de aquello. Pero se dispuso a volver a su auto.

—Anda. Acompáñame al coche. De camino podemos charlar lo menos media hora. ¡Me he venido tan lejos!

El no resistió. Dejándolo todo como estaba, en una seguridad de abandono, discos y libros en desorden bajo las nubes altas, echó el paso al lado de Isabel y comenzaron a bajar al vallecillo; camino del otro cerro frontero.

—Te dije que no me interesaba. Pero no es cierto. Me interesa. Puedes seguir contándome de aquello... Pero antes, creo que haces mal. Tú que no cedes ante ciertos principios, ¿por qué te rebajas frente a otros, de una manera tan vulgar?

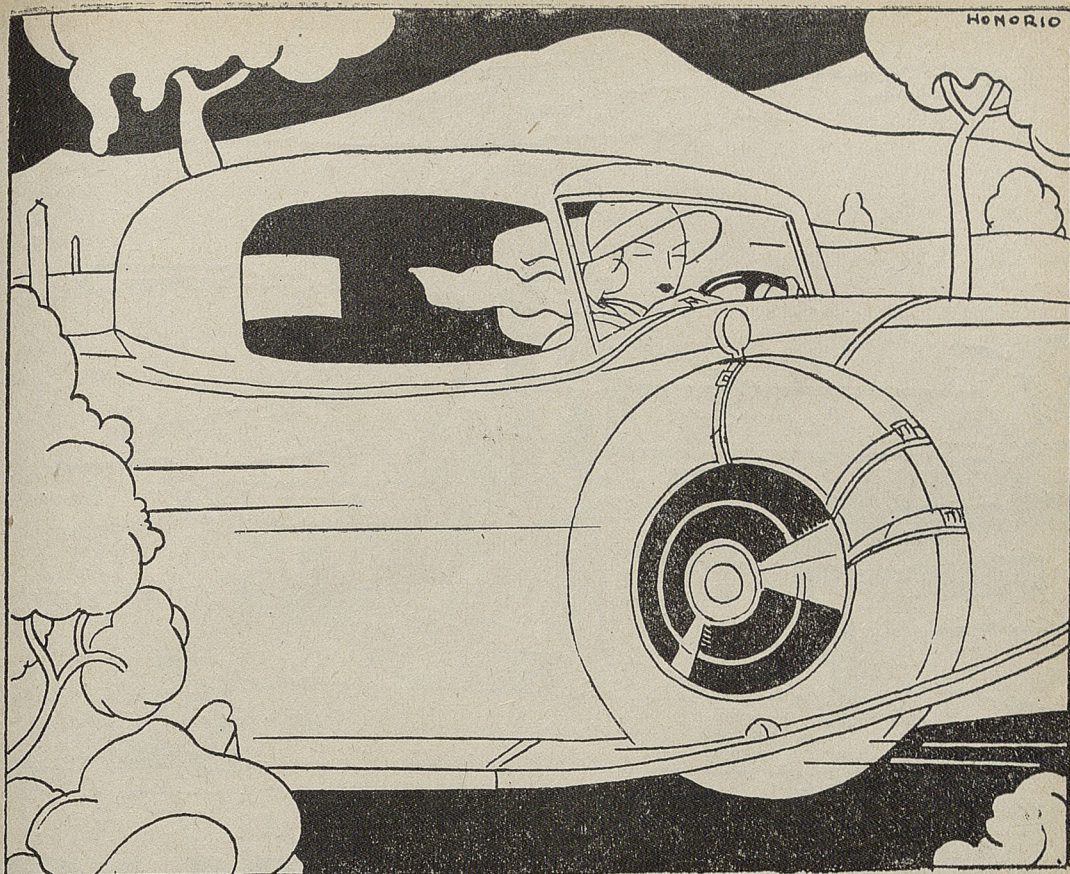
—Ah! es el mal menor, Isabel.

—Eso tendría siempre una solución. No una solución de recurso, de mal menor también, sino una solución de bienestar... ¿No puedes reglar tu vida, antes de ponerle al margen de ella, y luego, cuando ya esté dirigida, vivir a tu modo?

—Perdería la vida entera en la sola pretensión de arreglarla. No tendría tiempo. Cuando quisiera venir a gozar de la vida que apetezco, se me estaría terminando...

Se daban las manos — él delante — para ayudarse a bajar la loma y se detenían a trechos para escuchar — así decía Carlos — para escuchar el silencio de la Naturaleza.

—Escucha, Isabel, escucha este silencio. Es un silencio absurdo, maravilloso, hecho de los rumores del campo a esta hora, junto al mar...



Isabel recorría los caminos litorales velozmente...

(Y se callaba para dejar paso a la soledad sonora). Cuando llegué aquí, tenía miedo de no poder resistir, temía mi falta de ánimo y mi retorno. Pero cuando me dí cuenta de lo que esto representaba para mi felicidad y mis sueños, me alegré de haber venido y sentí la facilidad de la permanencia.

—Te hubieras venido sin esos recursos que te dá tu odiada civilización; sin tus libros, sin tus discos, sin tu tabaco?...

—No sé. Pero, después de todo, ¿por qué voy a rechazar lo cómodo que se me dá hecho? No es la odiada civilización, como tú dices, lo que me hace aislarme. Es la manera de utilizar la civilización que suelen tener los hombres.

—Pero, ¿tú no tienes aspiraciones? ¿No quieres llegar a ser algo?

—Lo que quiero es vivir. ¿Tú crees que todos los grandes hombres, los que más arriba han llegado; tú crees que esos multimillonarios actuales, o al menos muchos de ellos, no se arrepienten varias veces al día de no poder vivir. De haber puesto ellos mismos los

medios para no vivir? Vivir es algo muy difícil, Isabel.

—No creo que me tengas que dar lecciones — dijo Isabel, tomando a petulancia las palabras de Carlos. Y sonriendo para suavizar:

—¿Te crees tú el único que vive? ¿Te juzgas el único viviente de la tierra?

Con el aplomo de la seguridad, Carlos atajó:

—No el único, pero seguramente uno de los pocos...

Isabel se veía dominada de vez en cuando por la mirada, por la voz, por la mano fuerte y morena del misántropo joven que había redescubierto. Habían subido la otra cumbre y desde allí, sólo y pequeño en la blanca línea de la carretera, el auto de Isabel esperaba vacío. Se iba obscureciendo la tierra lentamente, mientras el cielo, las cumbres lejanas y las copas de los árboles brillaban todavía con el adiós radiante del sol retardado.

(Esta novela continuará en nuestro próximo número).



PUEBLO MIO

Poema por FERNANDO BINVIGNAT

Tres o cuatro libros han destacado la personalidad de uno de los más puros entre los poetas jóvenes de Chile: Fernando Binvignat. Estos antecedentes han decidido a "Empresa Letras" a publicar "Ciudad de bronce", el último libro de Binvignat, en su tercer Cuaderno de Poesía, al cual no es posible menos de asegurarle un éxito de crítica y de público parecido al que obtuvieron los dos anteriores, "Palabras de amor", de Roberto Meza Fuentes y "El hondero entusiasta", de Pablo Neruda.

Te quiero, pueblo mío, como a nadie te quiero.
Te confieso este amor como si a Dios lo hiciera.
Mi vida entre tus calles sólo tuvo un sendero,
mi alegría en tu cielo siempre halló primavera.

Tu tierra me ha ceñido con su egoísmo fuerte
y bondadoso—¡el único que nunca he comprendido!—
(Alguna vez, el día glorioso de mi muerte,
le daré mi tristeza de bien agradecido).

En uno de tus barrios, con el nombre de un santo,
levantaron mis manos, en extraño amasijo.
de ternura y de lágrimas, de heroísmo y de llanto,
mi casita de Dios, de la esposa y los hijos.

Aquí he vivido apenas esta vida de infancia.
No tengo voz de hierro para gritar mi anhelo.
Maduraron mis rosas y no dieron fragancia.
Mis campanas volaron perdidas en el cielo.

Pueblo mío, mi vida te pertenece entera
como el agua en el pozo de nuestras casas pobres.
Tiene tu atardecer algo de sus ojeras.
El sol vuelve a fundirse con tus minas de cobre.

El mar que a tu costado se aprieta, es noble mar
que los corsarios bárbaros fecundaron de gloria.
Pueblo mío: ya nunca lo podrás escuchar:
como los hombres tienes, sin querer, una historia.

Te quiero como a nadie, con un amor más fuerte
que el de la tierra, más silencioso que el de un niño,
te quiero como nadie nunca podrá quererte,
ni el corazón de Dios que me dió este cariño.

(Dibujo de Barack Canut de Bon).

La Vejez

se hace presente en el rostro de una sola manera: obstrucción de los poros cutáneos por obra de las partículas de piel vieja y desgastada que no quieren desprenderse. Todo lo demás es puro cuento.

La Hermosura

juvenil se recupera si se hace que la vieja tez se desprenda y sea reemplazada por el encantador cutis nuevo que toda mujer posee debajo de la vieja cutícula exterior. Y esto se logra mediante la

Cera Mercolizada.

En todas las farmacias, en cajas de tres tamaños: grandes, medianas y "Cartera".



CERA MERCOLIZADA

LA UNICA Y VERDADERA CERA EMBELLECEDORA
M. R.

NOTICIARIO BIBLIOGRAFICO DE LA

EMPRESA LETRAS

Editores — Distribuidores — Libreros

Recién editado:

EL COLONO DE MALATA

Novela de José Conrad. — Biblioteca Letras, N.º 5.

PRECIO: \$ 2.—

Una de las clásicas obras de Conrad, con ambientes exóticos y personajes que luchan por alcanzar la verdadera libertad: libertarse de los demás y de sí mismos. Una historia de amor sirve de base a la azarosa vida de un plantador de Malata, que guía a una joven en busca de su amado y que siente en su alma grandes conflictos, pues no ignora que ese hombre ha muerto y no ignora tampoco que él mismo se ha enamorado de esa mujer.

PASAJEROS DE TERCERA

Novela de Kurt Klæber. — Grandes Escritores, N.º 9.

PRECIO: \$ 5.—

He aquí un pedazo de vida, simple vida de los de abajo, que en éste caso están representados por los inmigrantes que viven al fondo de las bodegas de un gran transatlántico. Por las palabras de estos hombres, el lector va conociendo su vida sin esperanzas, su pasado obscuro, su presente desgarrador. No hace falta el argumento para llevar hasta el alma de todo lector la más grande sensación de conmiseración por estos típicos representantes del proletariado.

EL JARDIN SECRETO

Novelas de G. K. Chesterton. — Biblioteca Letras, N.º 6.

PRECIO: \$ 2.—

El gran humorista inglés nos presenta en este libro dos personajes bien típicos: un insignificante curita, el Padre Brown, que tiene, sin embargo, un talento privilegiado que usa en investigaciones y deducciones policiales; y Flambeau, un hombre que influenciado por él, abandona la carrera del vicio y del robo, para dedicarse a las buenas obras. Relato delicioso, con toda la agilidad de las modernas novelas policiales y con todo el encanto de las obras psicológicas de hoy.

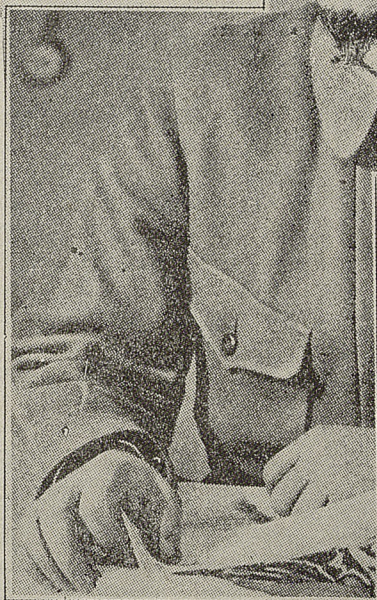
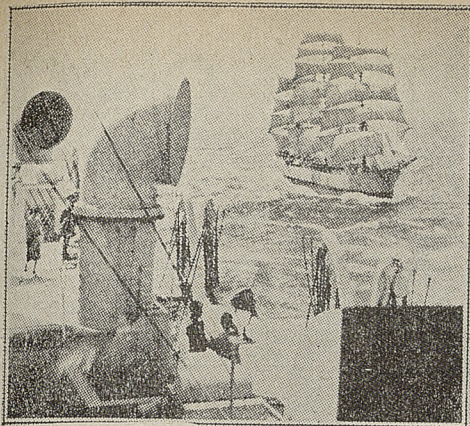
TODAS ESTAS OBRAS Y DEMAS DEL FONDO GENERAL DE LA EDITORIAL ESTAN EN VENTA EN LAS BUENAS LIBRERIAS Y AGENCIAS DE REVISTAS DEL PAIS.

Pedidos directos se atienden contra envío del valor en estampillas de correo, giro o letra, sin recargo por franqueo.—Diríjase a:

EMPRESA LETRAS

Casilla 3327 — Teléfono 82028 — Huérfanos 1041 — Santiago

Casilla 55 V — Teléfono 2548 — Cochrane 585 — Valparaíso



P A N O R A M A

D E L

MUNDO

Arriba: Izquierda.—Los pasajeros de un transatlántico tienen la grata sorpresa de encontrarse, en alta mar, con el "Grace Harwar", uno de aquellos veleros maravillosos que van ya desapareciendo de los océanos y que acaso muy en breve no volvamos a encontrar...

Derecha.—Se viene hablando hace algún tiempo de un próximo cambio de personas en la dirección de la política rusa. Parece cercano el ocaso de la roja estrella de Stalin. ¿Será Vorochiloff el sustituto?... En tanto vive Rusia este interesante momento de su nueva historia, Trotski sigue su peregrinación por tierras que no son la suya. Ultimamente dió en Copenhague una conferencia sobre el desarrollo de la revolución rusa. ¿Reservará otra vez el destino a Trotski un papel principal en los rumbos históricos de su país?...

Abajo: Izquierda.—El General Sanjurjo, que paga en el Presidio del Dueso, cerca de Santoña, su ofensiva a la República Española, que se tradujo, como se sabe, en un movimiento armado para reinsertar la monarquía difunta.

Derecha.—De nuevo triunfando en el cine de Hollywood se encuentra Ethel Barrymore, la actriz que aunque no fuera hermana de los célebres John y Lyonel, sería una gran figura. En compañía de ellos, Ethel desempeña un rol protagónico en la película "Rasputín", que revive los últimos días de la familia imperial rusa.

LA MOSCA DE ORO

Cuento por EMILIO PALOMO

Dibujo de Baldrich.

Una viuda joven debe permanecer en la soledad o debe volver a casarse? He aquí la tesis de este relato, en el cual un humilde insecto es el factor determinante de una resolución que pasa a ser definitiva en la vida de una mujer.

EN aquellos tres años transcurridos ni un instante sintió Carmen debilitado el firme propósito que nació en ella cuando vió morir a su joven marido. En aquel momento, mirando al esposo que se iba y al hijo que quedaba, pudo serenar su dolor y embellecerlo con esta promesa: "De cualquier magnitud que sean las pasiones que lleguen a mí, sabré acallarlas en memoria de este gran amor que ahora trunca el destino; en la presencia del hijo puedo gozar la imagen del padre, y el amor maternal vencerá a todos los amores". Como este sentimiento se nutría más que en su conciencia en su dolor, y era el dolor el que en aquel instante cegaba las fuentes de todos sus deseos, se sintió con fuerzas para llevar sobre sí este peso que voluntariamente se echaba. Más aún: cuando toda su vida, cuajada en dolor, se hundía en las más irremediables tristezas, percibía la sensación de alivio que ponía en ella el deseo de sacrificarse por la memoria del muerto. Y su alma misteriosa de mujer, de una emotividad infinita, engañaba a su razón diciéndola que estas crisis y estos accesos tempestuosos por que estaba pasando harían de la fragilidad de su sexo, voluntad para el renunciamento perpetuo.



Aquella umbrosa bóveda del sauce, tan cercana a la casa de campo donde Carmen, después de tres años de reclusión, veraneaba, era el sitio elegido para despedir al día. A media tarde, con un libro en la mano, y siguiendo a su hijo, se encaminaba a aquel hermoso rincón, y en él permanecía hasta que el alma desnuda de las estrellas, palpitando en el agua rumorosa de aquel río, llevaba a su espíritu confusos y deleitables estremecimientos. Los primeros días, cuando estas misteriosas incitaciones hacían que sus deseos dormidos se disparasen hacia el infinito, se acogía presurosa a la fortaleza de su hijo, y abrazada a él, más protegida que protectora, como una mujer de

Eurípides, exclamaba: "Los engaños nos agitan vanamente". Aplacaba de este modo fuerzas en rebelión y se ponía a bien con su conciencia, que ya empezaba a asustarse y a desconfiar. Y bregando así un día el pensamiento de Carmen, el zumbido monocorde de un insecto dió tregua a su tormentoso cavilar; le siguió con su mirada, viendo cómo se agitaba en torno de dos enormes moscas que en una rugosidad de un tronco parecían vivir la hora del idilio.

Que eran hembra y macho lo proclamaban el tono austero de una; el oro puro y centelleante de la otra; la acometividad en la de la capa oscura; la mansa y amorosa quietud en que se dejaba acariciar la de refulgentes tonos, y lo vino a comprobar el ataque de aquel insecto errante que cayó sobre el rival, y en una lucha trágica, lo despedazó... La bella mosca de oro que asistió a la lucha y presencié el crimen dejó que el vencedor le cantara su victoria, que frotara amorosamente sus élitros en las galas de sus alas, hasta que al fin, en un impulso unánime, cruzaron el espacio y fueron a caer sobre el fresco cáliz de una rosa encendida y abierta.

"He aquí — pensó la viuda — las fuerzas que determinan en nuestro mundo moral una tragedia; una tragedia que excita siempre el temor o la compasión... Y no obstante, en este gran escenario en el que se agitan millares de vidas, el orden y el equilibrio siguen, y ni un ser ni una cosa han perdido su serenidad. Más que tragedia en el sentido clásico, este hecho, aquí, en medio del silencio fecundo de la Naturaleza, semeja un alegre juego: el juego de la vida y de la muerte que tiene como consecuencia indeclinable para los que quedan el goce y el placer de seguir viviendo, que es seguir gastando aquellas fuerzas que les son dadas".

Mientras Carmen pensaba así, miraba hacia la rosa y la veía agitarse trémula, como esas ramas en las que un nido de amor se mece. Y empezaron a brotar en sus sentimientos



dormidos gratas ilusiones, y todo su ser se estremeció como si a él llegaran, en tropel, risueñas esperanzas.

Miró hacia su hijo serenamente y no quiso

ya ampararse en la fuerza que emanaba de aquella vida pura. Prefirió abandonarse a sí misma, a sus sueños, sus vagos deseos de sentir en toda su intensidad, sin trabas, aquella

resurrección que en su vida se anunciaba. Y cuando volvía hacia la casa, con el alma en las nubes y el cuerpo siguiendo al alma, la mano de su hijo asiendo a la suya la sentía como una cadena que la amarrara a una realidad que empezaba a angustiarle. . . . Aquella noche, cuando, insomne, proyectaba su pensamiento hacia la obscuridad, le parecía leer en medio de las sombras: "Es muy difícil no cambiar de ideas cuando se aísla uno en medio de la gran Naturaleza".



Conocía la hermosa viuda unas cuantas sentencias morales de aquel libro que a Mahoma le dictó el ángel Gabriel, y ante su espejo, en el arte quimérico de la transmutación de la belleza, sonreía en la recordación de aquella máxima coránica que dice: "Mujer que compra color para su rostro, es que quiere venderlo". Toda moral pura es hiperbólica; Carmen no quería vender su rostro, quería darlo, y este propósito fué santificado siempre por todas las religiones, desde las que se profesaron en las bárbaras idolatrías boreales, hasta la de Jesús, que al amor le llamó ley. Carmen quería casarse; más concretamente, Carmen se casaba.

Punzaba, más que en su conciencia, en su sentimiento, la inquietud de lo que significaría aquel cambio en la imaginación de su hijo, y un día quiso acallar esta inquietud. "Tú eres aun muy niño, hijo de mi vida — decía Carmen, mientras fundía materialmente su cara con la cara de su hijo; — si tú pudieras comprender estos sencillos misterios de la vida, tu madre te contaría un bello cuento de una mosca de oro que un día. . . . O te aclararía el hondo, el oculto sentido que encerraba la inscripción de aquel anillo del rey David, que decía: "Todo pasa". Pero yo no puedo, ante la sencillez de tu vida, sino decirte: me caso, y me caso quiere decir: en un día próximo llegará a este hogar un hombre, extraño para tí, que reinará en mi corazón".

El niño, como la mosca, después de este transcendental monólogo materno, se lanzó a sus juegos tan tranquilo. A Carmen le satisfizo esta actitud, y comprobó que la infancia es tan fuerte y tan cruel como la Naturaleza, y que en ambas el hecho de la vida y de la muerte no es más que un juego en el cual el que vence — que vivir es vencer — sigue consumiendo su vitalidad y la alegría de su fuerza.

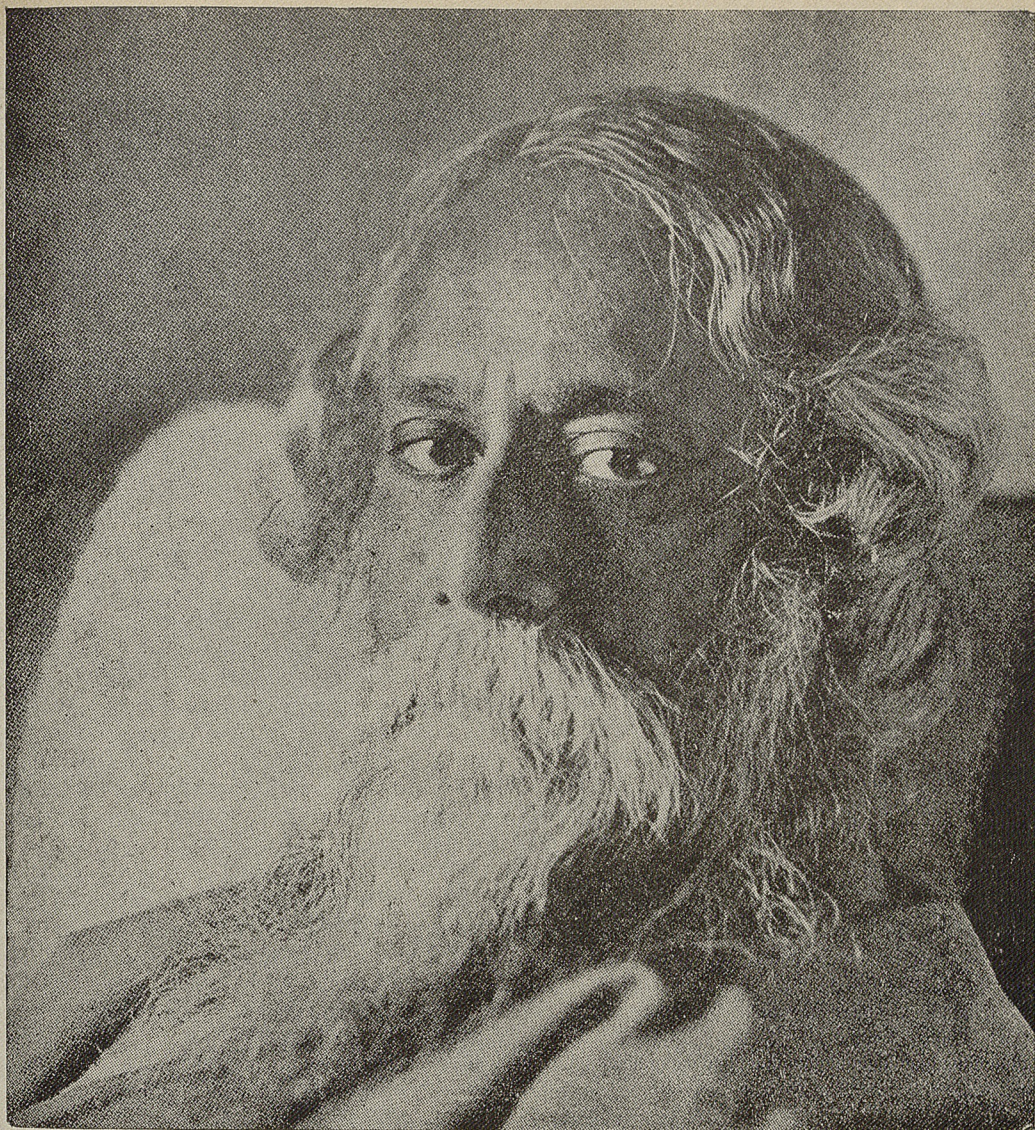


Fulgía la pequeña iglesia en un derroche inusitado de luces. Incluso el tenebrario, que esperaba de año en año los oficios de tinieblas en Semana Santa, oculto ahora tras el Altar Privilegiado, daba su luz de pasión y muerte a esta epifanía en que la adorada era Carmen. Las lágrimas transparentes del incienso reposaban envidiosas en las navetas, mientras el tomillo, el espliego y el romero que cubrían el suelo perfumaban las naves, y como una antifona elevaban a lo alto su aroma, que iba en columna odorante hacia la lucera en busca de los anchurosos ampos en donde se nutría de esencia. La iglesia, en suma, parecía dispuesta para acoger al Galileo resucitado. . . . Cuando Carmen sintió sobre sí el liviano peso de la coyunda, miró hacia su esposo y quedó un tanto confusa. Esta ceremonia le recordaba otro momento transcendente y emocionado de su vida; pero en el aturdimiento de tal hora inevitable no acertaba a arrancarle de su memoria. Coordinó por fin sus ideas y volvió, en un salto brusco, al día de su otra boda. Y su pensamiento se enturbió con estas dudas: ¿no se quiere nunca o se ama perpetuamente? ¿Qué es más fuerte, la carne o el espíritu? Del trascoro descendían las notas graves de un órgano, que llegaban al alma de Carmen como viejas resonancias que herían su conciencia. . . . Y cuando salió de la iglesia pensó en aquella tarde estival en que su vida despertó en un nuevo *resurrexit*, y en aquellos dos insectos que embriagados de dicha y de fuerza, tras de una muerte, cantaron su epitalamio en el cáliz de una rosa.

Ud. fué uno de los que se devoraban el folletín que terminó en el número anterior, ¿verdad? "POR CAUSA DE LOS DOLARES" ha gustado a todo el mundo. Bueno, queremos anunciarle que acaba de aparecer

POR CAUSA DE LOS DOLARES

En una hermosísima y pequeña edición, con portada en colores y totalmente ilustrado por Honorio. Vale la pena comprar y guardar este precioso libro de JOSE CONRAD, uno de los más bonitos folletines de "Lecturas". PRECIO: \$ 1.60.



Rabindranath Tagore, con el alma dolorida, dió su aprobación al ayuno de Gandhi

La Prensa anuncia que Gandhi se prepara para un nuevo ayuno, que tendrá, como la otra vez, el carácter de una lucha abnegada por los humildes.

Como una curiosidad y a la vez un ejemplo, publicamos los telegramas que se cruzaron entre Rabindranath Tagore y Mahatma Gandhi, cuando el líder político tomó la resolución de morir por los "intocables", resolución que fué aprobada, con dolor en su alma, por el primer poeta de la India.

AL saber la noticia de que Gandhi decidía ayunar hasta la muerte, si el Gobierno británico no tomaba en cuenta las reivindicaciones de las clases "intocables", Rabindranath Tagore, trastornado por la emoción, como la India

entera, partió de Santiniketan, cerca de Calcuta, y, a pesar del grave estado de su salud, atravesó toda la India, 1.400 millas para llegar hasta Poona, al lado de su gran amigo. He aquí los telegramas cambiados entre los dos hombres:

1.—Calcutta, 13 de septiembre 1932. — “A Rabindranath Tagore”.

“La Associated Press apreciaría vivamente declaración suya sobre decisión de Mahatma Gandhi.—Associated Press”.

2.—Santiniketan, 13 septiembre 1932. — “A Associated Press”.

“Es imposible e inútil que yo opine sobre lo que Mahamatji ha decidido. — *Rabindranath Tagore*”.

3.—Santiniketan, 19 septiembre 1932. — “Tagore a Mahatma Gandhi, Yeravda Jail, Poona”.

“Vale la pena sacrificar vida preciosa para la unidad de la India y su integridad social. Aunque no podamos prever el posible efecto sobre nuestros gobernantes, que quizás no comprenderán la inmensa importancia de este acto para nuestro pueblo, estamos seguros que la suprema llamada de tal ofrenda de sí mismo a la conciencia de nuestros compatriotas, no será en vano. Espero ardientemente que no seremos lo suficientemente duros para que dejemos que esta tragedia nacional llegue hasta el límite extremo. Nuestros corazones doloridos siguen vuestra penitencia sublime con amor y veneración.—*Rabindranath Tagore*”.

4.—Poona, 20 septiembre 1932.—“Gandhi a Gurudes (Tagore). Santiniketan”.

“Siempre he sentido la misericordia de Dios. Esta mañana muy temprano os escribía, pidiéndoo vuestra bendición, si aprobáis mi acción, y he aquí que la recibo al instante en vuestro mensaje. Gracias.—*Gandhi*”.

5.—Santiniketan, 22 septiembre 1932. — (“Llamado de Tagore a la India”).

“Hago un llamado a mis compatriotas, para que no tarden ni un momento más en probar efectivamente su sincera voluntad de arrancar de la India la intocabilidad, en todas sus ramificaciones. Este movimiento debiera ser universal e inmediato, su expresión clara, para que no se preste a ninguna duda. Todas las humillaciones de imposibilidades que sufra una clase cualquiera en la India debieran ser suprimidas por esfuerzos heroicos y el sacrificio de sí mismo. Cualquiera de nosotros que no haga todo lo que está en su poder, en esta hora de grave crisis, para alejar la calamidad que amenaza a la India, será responsable de una de las más tristes tragedias que pueda sucedernos, a nosotros y al mundo.—*Rabindranath Tagore*”.

6.—Santiniketan, 23 septiembre 1932. — (Telegrama de Amiya Chakravarty, secretario de Tagore, a Mahadev Desai, secretario de

Gandhi, prisionero como él, en Yeravda Jail, Poona).

“Gurudes (Tagore) impaciente por partir para Poona, si Mahamatji no tiene inconveniente. Telegrafiad sobre su salud y si compromiso (con Gobierno) alcanzado.—*Amiya Chakravarty*”.

7.—Santiniketan, 23 septiembre 1932. — “Tagore a Mahadev Desai, Poona”.

“Trato en lo posible de conservar firme mi fe en la última victoria de la verdad, tal como se expresa en una gran vida que va a sacrificarse por su causa; pero mi corazón sangra al pensamiento de lo que costaría a nuestro país, y lucho con todas mis fuerzas para convencerme de que la India puede permitirse un sacrificio como ese, en esta crisis actual. Es inútil deciros cuánta es mi ansiedad por conocer detalles sobre el estado de Mahamatji.—*Rabindranath Tagore*”.

8.—Poona, 23 septiembre 1932.—“Gandhi a Tagore”.

“He leído vuestro mensaje lleno de amor a Mahadev y también el de Amiya. Me habéis dado coraje de nuevo. Sí, venid, en verdad, si vuestra salud lo permite. Mahadev os enviará telegramas diariamente. Conversaciones sobre acuerdo se prosiguen. Telegrafiaré aún si es necesario.—*Gandhi*”.

9.—Poona, 23 septiembre 1932.—“Satis Gupta a Tagore”.

“Mahadev me ruega expresar su gratitud por vuestro afectuoso telegrama, y dice que en ese combate entre la luz y las potencias de las tinieblas, vuestra presencia al lado de Gandhiji sería una segura inspiración y un bálsamo bienhechor.—*Satis Das Gupta*”.

Tagore se puso en marcha, inmediatamente después de estos mensajes. Llegó donde Gandhi, el 26 de septiembre, justamente a la hora en que el sacrificio terminaba. Gandhi acababa de recibir la contestación del Gobierno británico, que aceptaba el acuerdo que el Mahatma había estipulado. Gandhi cesó su ayuno, después de haber examinado esta contestación durante una hora. Tagore recitó una oración, después Gandhi bebió algunos tragos de jugo de naranja. La oración estaba en sánscrito:

—“Condúcenos, oh Dios, de lo Ireal a lo Real. Condúcenos desde las tinieblas hacia la luz, condúcenos de la muerte a la inmortalidad. Oh tu, que no te has manifestado, manifiéstate a nosotros. Oh Dios, muéstranos tu semblante de Amor y de Paz... Paz, Paz, Paz...”

Manchuria. Tronar de cañones, zumbir de aeroplanos que dejan caer la muerte desde los caminos del cielo. Japón y China abrazados en lucha mortal... ¿Y quién es ese joven emperador que gobierna la Manchuria y tras del carey de sus anteojos extraños mira pasar las máquinas de la muerte? Sepámoslo...

CÓMO CONOCÍ AL ACTUAL EMPERADOR DE MANCHURIA

Por V. N. ECHAPPARRE

SON más de las doce de una noche de invierno. Ha caído al atardecer una leve nevada, y sus jirones blancos brillan aún a trechos bajo la luna en cuarto creciente. Sopla del Oeste un viento helado. Pero a pesar del viento, de la temperatura y de la hora avanzada, casi toda la población de Pekín está en la calle, luciendo sus mejores galas y atavíos.

Circulan profusamente patrullas de caballería. En las esquinas de las arterias principales de la vieja ciudad, fuertes destacamentos de policía — armados hasta los dientes y provistos de enormes faroles de papel — cuidan de que la multitud se conduzca con circunspección y no dé muestras de entusiasmo excesivo hacia el cortejo imperial, que habrá de desfilar a la madrugada. Porque toda esta exhibición de fuerzas y toda esta aglomeración de pueblo en fiesta obedecen a que es hoy la boda del último emperador manchú de China, personaje augusto que, por acuerdo especial con el primer gobierno republicano del país, sigue habitando su palacio en la llamada "Ciudad prohibida" de Pekín desde que en 1911 — era entonces el Hijo del Cielo un niño de cinco años — abdicó la corona en favor de la República.

En su apartado rincón del mundo, el jo-

ven ex emperador, gobernante otrora de quinientos millones de súbditos, ha venido llevando la existencia prescrita por una tradición inmemorial. Tuvo su corte, reducida a

unos cuantos príncipes y palaciegos que permanecieron fieles a él; estudió bajo la dirección de su tutor inglés, universitario meritisimo y eficiente funcionario británico autorizado especialmente por el gobierno de Londres para desempeñar esa función, y tomó parte en todas las ceremonias rituales del protocolo imperial, sin más excepción que la de la solemne plegaria anual en el Templo del Cielo. Como ésta hubiera requerido el desfile de una larguísima procesión por toda la Capital, el gobierno republicano la prohibió, insistiendo

en que el soberano abdicado no debía abandonar su palacio.

Por fin la paciente expectación de la muchedumbre halla recompensa. Suenan toques de clarín; se oyen secas voces de mando, y las tropas republicanas que cubren la carretera presentan armas. Dos comitivas, partidas algún tiempo antes de puntos distintos de la Capital, se han ido aproximando al palacio hasta convertirse en un solo cortejo. Va encabezado por fuerzas republicanas con bandera y músicas, y es ello la única nota moderna que



Mr. Henry Pu Yi, o sea el actual Emperador de Manchuria

ofrece la exótica escena. Detrás de los soldados desfila una cohorte de la guardia palatina: viejos eunucos vestidos con túnicas un tanto raídas, pero aún vistosas, armados de espadas y lanzas y portando estandartes, en los que campean el Dragón y el Fénix, emblemas imperiales. A continuación, rodeadas de una guardia de eunucos a caballo, van las dos novias en sendas sillas de mano recubiertas de seda imperial amarilla, de tal suerte que ocultan por completo a las prometidas del Hijo del Cielo.

El lector no versado en costumbres orientales se extrañará tal vez de que sean dos las novias. La explicación es muy sencilla. Quiere la tradición china que el emperador tenga, por lo menos dos esposas, que ostentan el título respectivo de Emperatriz del Oriente y Emperatriz del Occidente, con derecho de precedencia siempre la primera sobre la segunda. Y así, en cumplimiento de la tradición, este muchacho de diez y siete años habrá de casarse con dos mujeres al tiempo. No las conoce, naturalmente. Ambas novias le han sido elegidas por sus tíos y otros parientes. La futura emperatriz del Oriente pertenece a una rancia e ilustre familia manchú, y la del Occidente es hija de un alto ex magnate de la Corte.

La comitiva llega a la puerta exterior del palacio. Se abre ésta, descienden los palafreneros las sillas de manos, y la guardia de eunucos forma detrás de ellas en semicírculo. Abrese luego la puerta interior. Surgen dos palaciegos llevando una montura ricamente bordada, y la depositan en el mismo umbral. Es esta otra costumbre ritual china, basada, como la mayoría de ellas, en un juego de palabras. "An" significa en chino montura, y paz. La costumbre — observada hasta nuestros días en todos los casamientos, y con más razón, por consiguiente, en la boda del Emperador — prescribe que al entrar en la residencia de su esposo, la novia debe poner el pie en la montura, como significando que "penetra en paz" en su nueva morada.

No han hecho los palaciegos más que colocar la montura, cuando aparece una legión de eunucos portadora de estandartes de seda. Rodea por completo las sillas de mano y abre una calle, por la que avanzarán las novias hasta el palacio. Los extranjeros notables, periodistas y altos funcionarios del gobierno re-

publicano que hemos sido invitados a asistir a la ceremonia desde un pabellón erigido al efecto en el primer patio, junto a la puerta exterior, sufrimos una gran decepción al darnos cuenta de que no lograremos contemplar a las novias un segundo siquiera. Nos resarce, sin embargo, de esta contrariedad la presencia del joven ex emperador en persona, a quien yo, por lo menos, no había visto nunca. La puerta del palacio se ha abierto de nuevo, y aparece ahora un muchacho esbelto, magníficamente vestido de seda amarilla, tocado con un gorro manchú que lleva por adorno una pluma de pavo real prendida con un espléndido brillante, y enjoyado con un collar de piedras preciosas. Está muy sereno, aunque bastante pálido, abajo la luz de lámparas de gasolina dispuestas con abundante profusión en el patio. Permanece un instante inmóvil, mirando en dirección a sus prometidas. Luego un servidor pone en sus manos un arco, y otro dos flechas despojadas de su punta de acero. Con un ademán de gracia y aplomo infinitos, el joven ex emperador tiende el arco y lanza una flecha a cada una de sus novias. Costumbre tradicional también ésta, más manchú que china, cuyo simbolismo es que la flecha lanzada por el esposo habrá de destruir cualquier influencia maléfica que pueda envolver a la prometida.

Los eunucos avanzan a medida que lo hacen las novias. Bien pronto los estandartes ocultan la puerta misma del palacio. Oímos poco después correr los cerrojos. Se nos obsequia con champaña en el pabellón, a fin de que podamos brindar por nuestro huésped. La ceremonia ha terminado para nosotros.

El ex emperador no residió en palacio con sus esposas más que unos dos años, y siempre escondido a la curiosidad del pueblo. No obstante, las contadas personas que tuvieron ocasión de verle, y sobre todo su tutor británico, Mr. Johnston, hacíanse lenguas del afán con que el augusto joven aprendía todo lo relacionado con el universo existente más allá de las fronteras de su encierro, y referían que su deseo más fervoroso consistía en poder realizar un viaje alrededor del mundo.

En cuanto a las dos emperatrices, parecían llevarse en perfecta armonía, y adoraban a su esposo. Una misionera norteamericana elegida para enseñar el inglés a las dos jóvenes, quedó en una ocasión bastante sorprendida de su sinceridad al respecto. Al final de una de las lecciones, cuando la narración que leían terminaba con el consabido "y fueron muy felices", una de las alumnas lanzó esta exclamación, salida del alma:

—¡Pero no es posible que lo fueran tanto como nosotros tres!

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

La buena dama confesaba que no había sabido qué responder a la afirmación espontánea de su imperial discípula.

■

Mi segundo encuentro con el ex emperador se realizó en circunstancias hartó diferentes. En noviembre de 1926, la guarnición francesa de Tientsin efectuó maniobras de tiro en su campo del arsenal oriental. Como iban ellas a incluir ejercicios de infantería, caballería y artillería, con observación aérea y demás métodos modernos de guerra, y como había el propósito de desarrollarlas ajustándose todo lo posible a las condiciones actuales de las guerras, suscitaron considerable atención y fueron invitados a presenciarlas muchos militares chinos y extranjeros.

En esa fecha el gobierno republicano había expulsado ya de su palacio de Pekín al ex emperador, y éste vivía, como simple ciudadano y bajo el nombre de Mr. Henry Pu Yi, en una residencia situada en una de las concesiones extranjeras de Tientsin, puesta a su disposición por cierto leal partidario. Y ocurrió, pues, que Mr. Henry Pu Yi fué invitado también a presenciar aquella exhibición de poderío militar moderno. Tuve entonces el honor de serle presentado, y advertí la diferencia que existía entre aquel joven vestido sencillamente a la europea, con sombrero gris de fieltro, y aquel otro muchacho esbelto y ataviado con magnífico esplendor oriental, a quien contemplé la noche de su boda. No había en sus maneras, suaves, corteses y dignísimas, el menor rastro de altivez. Permaneció en el grupo con los demás invitados, y prescindió de todo protocolo, salvo en el detalle de que me habló por medio del intérprete, a pesar de que domina el inglés y de que sabía que yo hablo el chino. Conversamos en francés, traduciendo uno de los secretarios del ex emperador sus preguntas y nuestras respuestas.

Se mostró Mr. Henry Pu Yi muy interesado en las maniobras, especialmente en el funcionamiento de las baterías de ametralladoras, y nos hizo al oficial francés que actuaba de ayudante suyo, y a mí, diversas preguntas so-



bre los ejercicios de tiro y sobre nuestros recuerdos de la gran guerra. Nos dió la impresión de poseer un conocimiento bastante amplio en materia de métodos guerreros y técnica militar moderna.

■

Mi tercer encuentro con el ex emperador tuvo efecto en circunstancias las más dramáticas. Fué en Tokio, en septiembre de 1931, pocos días antes de embarcarme yo para la América del Sur, y el mismo justamente en que empezaban a llegar a la Capital las primeras noticias acerca de la agresión china a los guardas japoneses del ferrocarril de Manchuria. Tokio entero ardía de excitación. Oradores frenéticos arengaban al pueblo en todas las plazas. Los altoparlantes difundían los últimos despachos recibidos, junto con los discursos de los ministros y los "leaders" políticos en el Parlamento.

Aquella tarde, un grupo de periodistas extranjeros en procura de informaciones oficiales nos reunimos en uno de los "halls" del Ministerio de Relaciones Exteriores. Aguardábamos a que el representante del Gobierno nos atendiera, cuando se abrió al fondo una puerta y apareció Mr. Henry Pu Yi, seguido de unos cuantos secretarios y funcionarios japoneses. Mientras cruzaba el "hall", salí a su encuentro y me aventuré a saludarlo en chino. El ex emperador me miró, pareció conocerme, sonrió con tristeza disimulada apenas, y tras de saludarme con una leve inclinación de cabeza y de murmurar unas palabras acerca de los amargos tiempos por que todos atravesábamos actualmente, siguió su camino, impidiendo así toda tentativa de entrevista.

Pocos días después me embarqué, como digo para Buenos Aires. Y es ya hartó dudoso de que vuelva a ver al joven emperador, llamado hoy a desempeñar papel tan importante en los acontecimientos del Lejano Oriente.

ORO-PLATA
COMPRAMOS AL MAS ALTO
PRECIO DE CHILE
MONEY EXCHANGE
BANDERA 220

LOS COLABORADORES

HEMOS RECIBIDO SU TRABAJO ¡Y...

Lila Bart. — De sus tres poemas nos interesa "Otoñal", que queda seleccionado para la publicación. Puede enviar otras cosas.

Luis Griset.—*Santiago.*—Nó, amigo mío. Le falta mucho aún. Ensaye, trabaje, antes de pretender publicar.

Luney. — *Cauquenes.* — Dice Ud. en su prosa que en una tarde, la suave brisa de un atardecer producía música... Más cuidado. Lea con más detención lo que escribe. Le agradecemos los conceptos que expresa sobre "Lecturas".

Mario de la Paz.—*Presente.*—No está del todo mal. Ud. tiene agilidad para las

imágenes, pero debía emplear otro procedimiento del que usa en su poema Film, porque eso está ya muy hecho. En cuanto a In memoriam no tiene actualidad. Lo invitamos a seguir enviando sus colaboraciones.

Edmundo Schettino. — *Mulchén.* — Su cuento es tan largo que no podremos responderle hasta el próximo número. Ahí veremos.

E. Valenzuela.—Bien, siga colaborando.

E. B. G. — *Santiago.* — Recibido su poema "Trenes". Ud. ha escrito cosas muchísimo mejores. Preferimos que nos envíe poesías más subjetivas. Es "Trenes" un poema casi descriptivo.

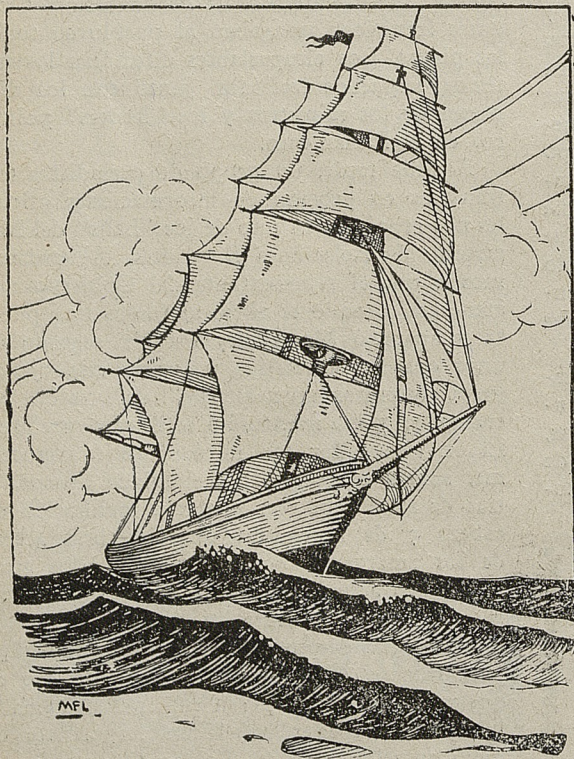
William Wee.—*Santiago.* —De los tres poemitas, hemos dejado ? para publicarlo. Los otros son todavía muy débiles. Agradecemos sus felicitaciones.

Petronio. — *Presente.* — Para la selección de los trabajos seremos estrictos. No nos queda otro recurso. Pues si se trata de divulgar a los nuevos valores literarios, no podemos nosotros engañar y presentar como tales a personas en quienes no encontramos verdadero temperamento. Creemos que es lo que nos corresponde para esta página: una labor seria y honrada y sin preferencias.

H. Raymundo.

MARINERO

TATUADO



Marinero tatuado. Hombre hecho y derecho. Tú llevas todo un mundo dibujado en tu pecho.

Visiones de mujeres que sólo a tí te amaron. Visiones de unos ojos que nunca te olvidaron.

Rubias escandinavas. Geishas lindas y finas. ¡Recuerdos que se alargan como una serpentina!

Hoy que estás ya más viejo, añoras tu pasado y lloras como un niño, marinero tatuado.

El mundo ya no tiene secretos que ocultarte. Al mar ya no le quedan paisajes que mostrarte.

¿Te acuerdas marinero de la tripulación de ese barco que ahora es tan sólo un pontón?

¿Y esa vez en Marsella; esa noche de plata cuando vino el asalto de los viejos piratas?

¿Recuerdas marinero en el viejo Bombay esa muchacha rubia que te dijo Good-bye?

Ahora que estás solo. Solo con tus recuerdos. Añoras la nostalgia del mar y sus misterios.

Y evocas en tus noches de insomnio y de locura. Tus largas travesías, tus viejas aventuras.

Yo sé que sientes pena. Que quieres olvidar. Pero te asalta siempre el recuerdo del mar.

Marinero tatuado... estás viejo y deshecho pero aún te queda un mundo dibujado en tu [pecho.

Eduardo Valenzuela Gutiérrez.

ENTRE DANZA Y DANZA

Cuento por TOM GALLON

Hay equivocaciones que pueden fatalizar la existencia de un hombre. El caso de uno de esos errores mortales es el que inspira este hermoso y dinámico relato de Tom Gallon.

MIENTRAS corría por entre los árboles deslizó el revólver en el bolsillo. Llegaban hasta él las notas de un vals, y hasta el ruido de los pies que se deslizaban en la danza. Se detuvo, sin aliento, preguntándose por qué corría. Por algo que dejara atrás. Al pensarlo, confusamente, no estaba del todo seguro si algo restaba o no detrás. Se atropellaron tantas cosas en tan pocos segundos, que ya no sabía ni qué sitio de la tierra le sostenía. Era extraño, porque todo lo había preparado cuidadosamente con varios días de anticipación.

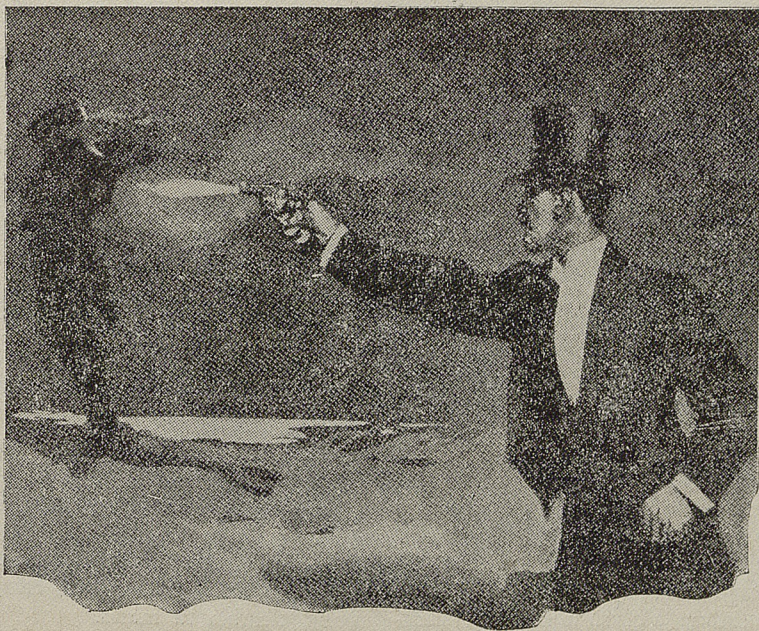
Hacia tiempo que le trabajaba la obsesión de matar a Eugenio Dorrington. Fué en la vaguedad de un despertar cuando por vez primera le asaltó el pensamiento de matarlo; ese día se fué a la cama sin realizarlo pero con la idea fija y atenaceándole la mente. Ahora ya estaba hecho.

Comprendió que debía suprimir a Eugenio Dorrington al comprobar que él y Margarita Jarvis se querían. Aun en este instante, de pie en medio de los árboles, recordaba cómo había tratado de atenuar su acción diciéndose que en épocas menos civilizadas los hombres que hicieran lo mismo habían sido perdonados. ¿Por qué no ahora? Cambiarían las costumbres sólo porque se

vivía en el siglo veinte y se usaban trajes de etiqueta en lugar de vestimentas más pintorescas? Son eternos el amor, los celos y la venganza.

Martín Lambard se dirigió lentamente hacia la casa, sacó la llave y abrió la puerta lateral de su departamento, alejado del ruido de la música y de la danza. Con pasos inseguros siguió por el corredor y abrió otra puerta. Palpó las murallas y encendió la luz de una amable pieza de estudio alineada de armarios llenos de libros.

Resultaba extraño pensar que Eugenio Dorrington se hubiera sentado allí esa misma noche. En la mesa, se veía el vaso que sostuviera en sus manos y el cenicero con la colilla del cigarro que había fumado. Martín Lambard miró temerosamente estos objetos y se alejó de ellos como si advirtiera el espectro del hombre en la silla, apretando la copa vacía con sus dedos de fantasma. ¿Y siempre sería lo mismo? Siempre tendría que estar pensando en Dorrington?



Trató de recordar los sucesos de la noche. Como no era aficionado al baile había vagado por la casa. Se unió por cortos instantes a los invitados y una o dos veces regresó a su habitación. Era mucho más agradable que estar entre los bulliciosos hués-

pedes. Lo curioso fué que esa noche, entre todas, Eugenio Dorrington viniera con su sonrisa fácil y palabras joviales a conversar un poco. Luego salieron ambos a reunirse con los demás. Dorrington tenía comprometido con Margarita Jarvis el baile que recién había empezado.

Martín se dedicó después a vigilar a Dorrington. Esta noche realizaría lo que se había propuesto; nunca se presentaría otra oportunidad como ésta. La fortuna lo favoreció: a Margarita la solicitó otro amigo y Dorrington salió a pasear en dirección al río.

Martín fué rápidamente a su habitación, deslizó en el bolsillo lo que la hacía falta y se lanzó en busca de Dorrington.

Lo alcanzó cuando el otro caminaba por la ribera. Lugar tranquilo éste, sobre todo de noche, no se veía a nadie. Esperó largo rato entre los árboles, acercándose gradualmente hasta que su hombre se detuvo al borde mismo del río. Entonces salió bruscamente al claro de luna, disparó y lo vio alzar los brazos y tumbarse en el río. Le sorprendía que el desenlace hubiera sido tan rápido.

Ahora regresaba a casa y nadie lo había visto. Aún más, todos ignoraban que poseyera un revólver. Querría haber lanzado el arma al río; lo haría mañana, a más tardar.

Llenó un vaso de licor. Le fastidió tener tan insegura la mano. En el momento de beber, una fotografía atrajo sus miradas. Dejó la copa, cruzó la habitación y tomó el retrato. Representaba una joven, la joven que él llamaba "prima Margarita".

Era innegablemente hermosa. Desde la carulina le sonreía lo mismo que sonriera tantas veces cuando él la observaba ávidamente, diciéndose que debería esperar antes de hablarle. Hasta ahora había sido solamente su amigo, pronto sería algo más.

Lentamente dejó la fotografía en su lugar, fijos los ojos en la puerta que daba al corredor; allí acababa de oír un rumor. Era algo increíble ya que nadie, excepto él mismo, venía por esa parte. ¿Quién podría ser a tales horas? Se dirigió a la puerta y sujetó el picaporte, tembloroso.

Si abriera la puerta, ¿qué encontraría al otro lado? Contábanse extrañas historias de hombres asesinados que se arrastraban a enfrentar a sus asesinos, muertos que salían de los ríos, chorreando agua y, amenazaban en silencio a quienes habían destrozado sus vidas. ¿Y si ahora, al abrir la puerta, viera allí algo semejante?

Escuchó cuidadosamente; ni un sonido. Sería una ilusión; su sobreexcitación fingía ruidos que no existían. Volvió a la mesa, siem-

pre mirando la puerta y de un golpe vació el contenido del vaso. Era lo que necesitaba; eso servía para alejar los fantasmas.

Después de dominar el temblor de sus miembros debería mezclarse con los invitados; quizá preguntar indiferentemente por Eugenio Dorrington. Sí... sería una buena jugada. La realizaría sin alterarse. Tenía que desempeñar una comedia en el futuro, cuando extrajeran del río aquella forma lívida. Lo interrogarían una y otra vez. Muy posible era que alguien — un sirviente tal vez — lo hubiera visto salir de la casa. Allanarían sus habitaciones, encontrarían el revólver. ¿Por qué no lo lanzaría al río? Debería hacerlo mañana; se levantaría temprano con ese objeto. Esta noche no; esta noche estaba poblada de fantasmas.

Buscó en torno un lugar donde ocultar el arma. En el escritorio no; si algo le impidiera sacarlo en la mañana, podían pedirle las llaves y encontrarlo allí con una cápsula vacía. En su escritorio no, por cierto. Esa vieja caja del rincón podría servirle; hacía años que no se ocupaba. Rápidamente se dirigió a ella.

Resonó un golpe en la puerta, un golpe rápido y distinto. Tenía el revólver en la mano y lo miraba estúpidamente, mientras la puerta se abría; lo ocultó precipitadamente en el bolsillo. Permaneció de pie, trémulo, vigilando la puerta. La animada fisonomía de una joven apareció escudriñando en torno.

—Primo Martín, ¿se puede? — preguntó deslizándose en la habitación.

—Por supuesto... por supuesto — tartamudeó Martín. — ¿Qué sucede?

—¿Qué podría suceder? — exclamó. — Yo debería hacerte esa pregunta. Estás pálido como un muerto. ¿No te sientes bien?

—Sí... sí... claro que estoy bien. Sólo un poco... algo cansado, — farfulló. — Así que—y se esforzó en adoptar un tono jovial y aún consiguió hacer la voz casi risueña—de modo que has venido... has venido a verme, ¿eh? Siempre me alegro de verte, Margarita.

—Tengo calor, — explicó, sentándose jugetona sobre la mesa y balanceando los pies. —Sé un ángel, primo, y dame un poco de agua con soda.

El joven tomó un vaso y lo soltó de inmediato; era el que Dorrington había usado. Buscó otro y lo acercó al sifón; a la primera tentativa la mitad de la soda se esparció en la mesa. Margarita lo contempló burlonamente, alzando sus lindas cejas, y se rió.

—Primo, tú no te sientes bien, — le dijo. — Algo te ha contrariado, estoy segura. Mira como tiembla tu mano.

—No tiembla... está bien firme, — dijo soltando el vaso airadamente. — ¿Para qué vienes a pedirme que te dé algo? ¡Hay refrescos de sobra en la casa!

—Disculpa, — contestó con alguna dureza, bajándose de la mesa. — Jamás te habría molestado si lo hubiera sabido. Sólo quería hablar contigo. Lo siento; me voy.

—Espera... espera, no te vayas, — exclamó él. — Creo que tienes razón; no me siento muy bien esta noche; al menos, estoy cansado. Por nada del mundo te ofendería, Margarita. Siéntate otra vez donde estabas y conversemos como acostumbrábamos, Siéntate... y bébete el agua.

Volvió a la mesa, todavía observándolo curiosamente. Tomó el vaso y bebió a pequeños sorbos. Miró los otros vasos e hizo un pequeño comentario:

—Qué cantidad de vasos tienes, primo. Ese es el tuyo, el mío, y el de alguien más. Has estado divirtiéndote; has tenido visitas.

Pensó que la voz no acudiría a él. Se volvió a otro lado y demoró un rato en encender un cigarrillo.

—Hace poco vino Dorrington a verme... y yo... yo le ofrecí algo que beber, — le dijo por último, lanzando las palabras con dificultad y sin atreverse a mirarla.

—Oh... Dorrington, ¿eh? El caso es... ¿qué le habrá pasado a Dorrington?

Se encaró violentamente con ella, olvidándose de todo:

—¿Qué diablos quieres decir?

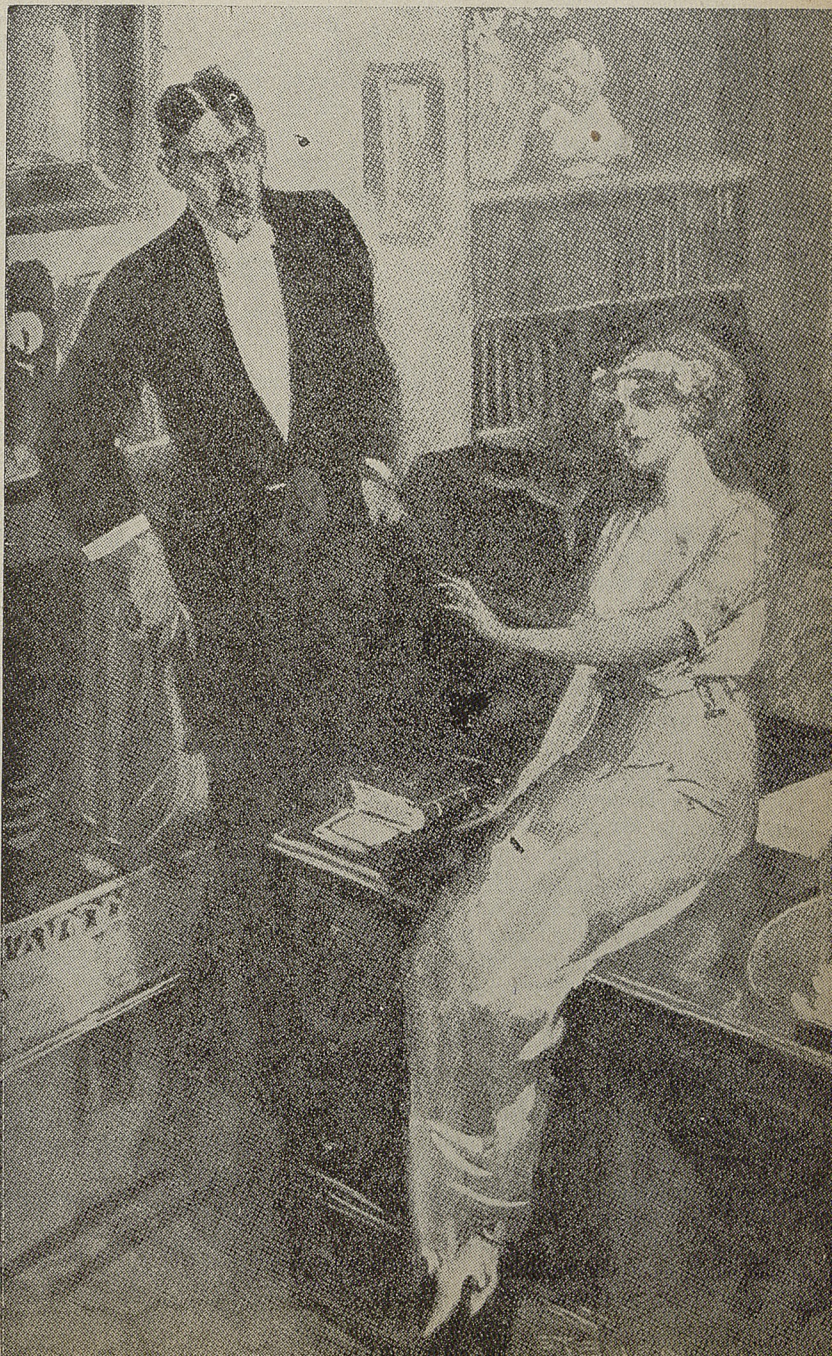
—¡Primo Martín! — Una sorpresa semejante al terror dilatava sus ojos.

—Perdóname, — le dijo. — ¿Pero cuál es el objeto de venir a preguntarme por Dorrington a mí? Yo no soy su guardián.

—Nunca he dado a entender que lo fueras. Pero yo le prometí dos bailes y los ha perdido. Pensé que habiendo estado contigo tal vez supieras donde está.

—Eugenio Dorrington estuvo aquí un instante; bebió y conversó un poco y en seguida se fué, — declaró Martín dificultosamente. — De ésto hace más o menos una hora... y es

—Estás muy enojado esta noche, primo Martín; no puedo conversar nada



todo lo que sé. — Se detuvo, no sabiendo si agregar algo más; luego hizo una pregunta.

—¿Te interesa Dorrington?

—¡Es el muchacho más simpático del mundo! — exclamó ella con arrebató.

Algo en el río — muerto, mojado, horrible — le cantaba estas palabras como una lección: “Yo soy el muchacho más simpático del mundo. No la oyes?”

—¡Ha sido un amigo tan bueno! Alguien con quien hablar como no hablaría con nadie; alguien, en fin, en quien se puede confiar. Nunca podré decir bastante bien de él; los ojos se me llenan de lágrimas sólo al pensarlo.

Allí estaría Dorrington ahora, afuera, al final del corredor, buscando a tientas la cerradura con las manos mojadas, esforzándose en entrar, en acercarse a ella y contarle lo sucedido; la respiración de Dorrington era lo que venía por la ventana como lúgubre suspiro; era Dorrington el que batallaba por entrar! ¿Y siempre sería así, durante todos los años de su vida?

—Y sin embargo, ha perdido... ha dejado pasar dos bailes esta noche.

Lambard se forzó a decir:

—No es propio en él, ¿no es verdad?

—En absoluto tendré que hablarle seriamente cuando lo vea, — contestó la joven. — Yo... yo lo he buscado en varias partes; es muy extraño que no haya podido encontrarlo. No salió contigo al parque, ¿no?

Sus ojos luminosos enfrentaron a Martín Lambard, en tanto que éste se admiraba de no poder aquietar la mano que sostenía el cigarrillo.

—Ya te he dicho que desde que salió de aquí no he vuelto a saber nada más de él, — dijo. Para estar más seguro de sí mismo apoyó la mano en la cornisa y en el espejo que allí había vió dos ojos despavoridos que no reconoció como suyos. Más allá de los ojos podía ver a la joven sentada sobre la mesa, balanceando los pies.

—Estás muy enojado esta noche, primo Martín; no puedo conversar nada contigo, — declaró mirando al espejo. — Y esta es mi noche, la noche en que más que nunca quisiera ser amable contigo. ¿Quieres, ya?

Era imperativo volverse y hablar con voz natural. Tenía que controlarse un poco, pues

en esta crisis de su vida no contaban los errores.

—Siempre quisiera ser amable contigo. — Se volvió a ella dejando a sus espaldas el espejo con el reflejo de aquella fisonomía cada- vérica. Y mientras observaba a la joven pensó que nunca, como ahora, la había deseado tanto.

—Quería significar que te has conducido como un extraño conmigo, — repuso ella suavemente, fijando en él sus ojos sonrientes. Este ha sido un día tan feliz para mí. No sé como decírtelo... El amor es algo maravilloso, ¿no es cierto?

—Lo más maravilloso que hay en el mundo, según dicen, — contestó Martín Lambard, devorándola con los ojos.

—Bueno, ahora sí que hablas como mi querido primo Martín, — dijo suavemente. — Oh... no sabes cuánto deseaba contártelo todo... Estaba segura que tú te alegrarías de ayudarme. ¿Te parece una tontería que yo me haya enamorado?

¡Había alguien, sin duda, martillando insistente la puerta cerrada! Era extraño que ella no se diera cuenta... ¡y retumbaba como trueno!

—Creo que me gustó desde que lo ví. La vez primera nos juntamos en el bosque; no tuvimos necesidad de palabras. Yo no sé — y rió, feliz, al recordarlo, — quién de nosotros habló primero. Y en un instante, primo Martín, nos encontramos uno en brazos de otro... y al punto comprendimos lo que significaba el amor. ¿Me hablaste?

—No... prosigue, te lo ruego, — contestó en voz baja.

—Por supuesto, no podíamos contarle a nadie, pues nadie hubiera comprendido. A él ninguno lo quería... al menos, no mi madre. Tenía que esperar a crearse una posición. Nos prometimos fielmente que nada se interpondría entre nosotros... porque tú ves, primo, el nuestro era el amor más grande que nunca naciera en el mundo.

Un día llegaría en que Martín Lambard le enseñaría a olvidar que ese había sido el amor más grande del mundo.

—Tú comprendes, sin duda, — continuó ella con su voz rápida y vehemente, — que no podíamos escribirnos; mamá lo habría descubierto. Teníamos que encontrar algún medio para enviarnos mensajes y así saber que nos queríamos tanto como el día anterior. ¿Te parece ésto una necesidad?

El sacudió la cabeza y le sonrió vagamente; todo esto era nuevo para él... En su ignorancia del divino juego del amor, no sabía que era indispensable una diaria renovación.

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.

Tenía mucho que aprender. . . más llegaría el día en que ella podría enseñarle.

—Y entonces fué cuando llegó Eugenio Dorrington, — prosiguió ella. — Eugenio sabía lo que significaba el amor; descubría miles de medios para traer y llevar nuestros mensajes. ¡Era admirable!

Martín Lambard se irguió y la miró fijamente; tal vez no oyera bien, tal vez no comprendió lo que escuchaba. Y pidiendo admisión, golpeando la puerta, estaba siempre aquello que murió junto al río.

—¿Por qué iba a llevar Dorrington los mensajes? — le preguntó con voz opaca.

—Pues. . . porque Godofredo y yo no podíamos vernos siempre, — contestó ella en tono sorprendido. — ¿No comprendes, primo? ¿No conoces a Godofredo Bland?

Recordaba haberlo visto; no muy deseable según la opinión de la señora Jarvis. Era un joven de maneras agradables que todavía batallaba por surgir y sin duda lo conseguiría. Ni siquiera había pensado en él.

—Godofredo y yo nos decidimos desde un principio, — continuó la niña, — y Eugenio nos ayudó. Te aseguro que ha sido divertido; hasta pretendimos — Eugenio y yo — que nos queríamos, para que mamá no sospechara la verdad.

—¿Godofredo Bland! ¿Era Godofredo Bland? — dijo con voz ronca mientras la miraba fijamente.

—Sí. . . sólo Godofredo. Y esta mañana, antes que nadie despertara, nos escapamos junto con Eugenio para que nos ayudara. . . ¡Mira, primo!

Lanzó una ojeada a la puerta, introdujo la mano en el seno, y de allí, sonriente, extrajo un anillo de oro. Ruborizándose lo deslizo

en el anular de la mano izquierda, levantándola para que él lo examinara.

—¿No comprendes? Esto significa que soy la señora de Godofredo Bland. ¿No es maravilloso? Por eso vine a verte, porque quiero que me ayudes. Tengo tanto miedo. . . y debo decirselo a mamá. Eugenio estará con nosotros también. Ustedes dos podrán convencerla de que mi destino está echado. ¿No me deseas buena suerte, primo?

Se levantó de la mesa y se acercó, levantando hacia él su carita infantil. La mirada de su primo pareció atemorizarla; se retiró un poco y lo observó fijamente, como si no comprendiera, como si algo temiera.

—¡Tonta! ¡Pedazo de tonta! — tartamudeó él. — ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no comprendí?

—¡Primo Martín! — Se alejó más de él, acercándose a la puerta. Volvióse a mirarlo. También él la contemplaba con mirada vacía y con una sonrisa que a ella le pareció estúpida.

—Voy a buscar a Dorrington. . . — Siempre observándolo, abrió bruscamente la puerta y salió corriendo.

Y ahora resonaba más fuerte que nunca el insistente llamado en la puerta; Martín no podía apagarlo. A través de la otra puerta que la joven había dejado entreabierta, percibíase el persistente són lejano de la música. Lentamente, de pie en medio de la pieza, sacó el revólver del bolsillo. Le costó levantar el brazo hasta que la boca del cañón se apoyara en las sienes; después cerró los ojos.

—Iré a contárselo a Dorrington, — murmuró apretando el gatillo.

(Traducción especial para "Lecturas", por Reinaldo Lomboy).

ES PRECISO LEER LA NOVELA QUE CONSTITUYO
EL ULTIMO GRAN EXITO DE EUROPA

GRAND HOTEL POR **VICKI BAUM**

**Está en venta la
Segunda Edición**

a \$ 6 el EJEMPLAR
Edición económica \$ 4.

Editora: EMPRESA LETRAS

Casilla 3327 -:- Huérfanos 1041
Teléfono 82028 -:- Santiago

Casilla 55 V -:- Cochrane 585
Teléfono 2548 -:- Valparaíso

LA GUERRA EN SUD - AMERICA ES UN VERDADERO CRIMEN

Estas fervorosas palabras pronunciaba — hace 60 años — el insigne Alberdi. ¿Por qué no deben guerrear los países sudamericanos? La misma lengua, la misma raza, la misma religión, las mismas costumbres. Hoy que parece desencadenarse el monstruo apocalíptico sobre los territorios de Bolivia y Paraguay, Colombia y Perú, recordemos las palabras con que el gran Alberdi combatía la guerra.

El estado de guerra es absurdo en la América del Sud.

NINGUNA de las causas ordinarias de la guerra en Europa, existe en la América del Sud. Las diez y seis repúblicas que la pueblan, hablan la misma lengua, son la misma raza, profesan la misma religión, tienen la misma forma de gobierno, el mismo sistema de pesas y medidas, la misma legislación civil, las mismas costumbres, y cada una posee cincuenta veces más territorio que el que necesita.

A pesar de esa rara y feliz uniformidad, la América del Sud es la tierra clásica de la guerra, en tal grado que ha llegado a ser allí el religión, tienen la misma forma de gobierno, no, asimilada de tal modo con todas las facetas de su vida actual, que a nadie ocurre allí que la guerra pueda ser un crimen.

Le faltaba un libro en que se le enseñe, que la guerra es la civilización, y acaba de adquirirlo, coronado y sancionado en cierto modo por los cuidados de los amigos de la paz en París. El abate St. Pierre fué arrojado de la Academia porque predicó la paz perpetua: Calvo ha entrado en la Academia por su apología de la guerra.

Y sin embargo, si hay en la tierra un lugar donde sea un crimen, es la América del Sud; desde luego, porque sus condiciones de homogeneidad le quitan a la guerra toda razón de ser y en seguida porque la guerra de frente a la satisfacción de la necesidad de ese continente desierto, que es la de poblarse, como la América del Norte, con las inmigraciones de la Europa civilizada, que no van a donde hay guerra. La guerra debe allí a una causa especial su falso prestigio, y es que el grande hecho de civilización que Sud-América ha realizado en este siglo, es la revolución y la guerra de su independencia.

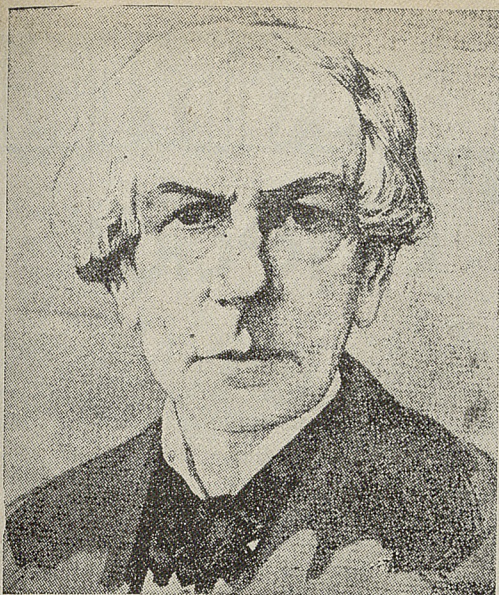
Aunque la independencia tenga otras causas naturales, que son bien conocidas, la guerra se lleva ese honor, que lisonjea e interesa a los pueblos de Sud-América.

La guerra que tuvo por objeto la conquista de la libertad exterior, es decir, de la independencia y autonomía del pueblo americano respecto de la Europa, ha degenerado en lo que más tarde ha tenido por objeto, o por pretexto, la conquista de la *libertad interior*. Pero como estas dos libertades no se conquistan por los mismos medios, buscar el establecimiento de la libertad interior por la guerra, en lugar de buscarlo por la paz, es como obligar a la tierra a que produzca trigo a fuerza de agitarla y revolverla continuamente, es decir, a fuerza de impedir que ella lo produzca.

La guerra pudo producir la destrucción material del gobierno español en América. Pero no podría tener igual eficacia en la creación de un gobierno libre, porque el gobierno libre, es el país mismo gobernándose a sí mismo; y el gobierno de sí mismo es una educación, en un hábito, es toda una vida de aprendizaje libre.

La guerra civil permanente ha producido allá su resultado natural, la desaparición de la libertad interior, y en los más agitados de esos países, la casi desaparición de su libertad exterior, es decir, su independencia.

No hay más que dos Estados que hayan logrado establecer su libertad interior y son los que han buscado y obtenido al favor de la paz excepcional de que han gozado desde su independencia. Chile y el Brasil han probado en la América del Sud lo que la América del Norte nos demuestra hace sesenta años, que la paz es la causa principal de su grande libertad y que ambas son la causa de su gran prosperidad.



Alberdi

En Sud-América la guerra es un crimen de lesa civilización.

La guerra en Sud-América, sea cual fuere su objeto y pretexto; la guerra en sí misma es, por sus efectos reales y prácticos, la anti-revolución, la reacción, la vuelta a un estado de cosas peor que el antiguo régimen colonial: es decir, un crimen de lesa América y lesa civilización.

La guerra permanente cruza de este modo los objetos tenidos en mira por la revolución de América, a saber:

Ella estorba la constitución de un gobierno patrio, pues su objeto constante es cabalmente destruído tan pronto como existe con la mira de ejercerlo, y mantiene el país en anarquía, es decir, en la peor guerra: la de todos contra todos.

La guerra disminuye el número de la población indígena o nacional, y estorba el aumento a la población extranjera por inmigraciones de pobladores civilizados: no se puede hacer a Sud-América un crimen más desastroso.

Despoblarlo es entregarlo al conquistador extranjero.

La guerra es la muerte de la agricultura y del comercio; y su resultado en Sud-América es el empobrecimiento y la miseria de sus pueblos; es decir, fuente de miseria, de pobreza y debilidad.

La guerra aumenta la deuda pública, y sus intereses crecientes obligan al país a pagar contribuciones enormes que no dejan nacer la riqueza y el progreso del país.

La guerra engendra la dictadura y el gobierno militar creando un estado de cosas anormal y excepcional incompatible con toda clase de libertad política. La ley marcial convertida en ley permanente, es el entierro de toda libertad.

La guerra compromete la independencia del Estado inveterado en sus estragos, porque lo debilita y precipita en alianzas de vasallaje y de ruina, con poderes interesados en destruirlo.

La guerra absorbe el presupuesto de gastos, deja a la educación y a la industria sin cuidados, los trabajos y empresas desamparados, y todo el tesoro público convertido en beneficio permanente de una aristocracia especial compuesta de patriotas, de liberales y de propagandistas de civilización por oficio y estado.

La guerra constituida en estado permanente y nacional del país, pone en ridículo la república, hace de esta forma de gobierno el escarnio del mundo.

En una palabra, la guerra civil o semicivil, que hoy existe en Sud-América erigida en institución permanente y manera normal de existir, es la antítesis y el reverso de la guerra de su independencia y de su revolución contra España.

Ella es tan baja por su objeto, tan desastrosa por sus efectos, tan retrógrada y embrutecedora por sus consecuencias necesarias, como la guerra de la independencia fué grande, noble, gloriosa por sus motivos, miras y resultados.

Los héroes de la guerra civil son monstruos y abominables pigmeos, lejos de ser rivales de Bolívar, de Sucre, de Belgrano y San Martín.

ENEOL

Para las Canas

Venta y Aplicaciones:

PELUQUERIA

"LOUBAT"

San Antonio esq. Agustinas

Pídalo en todas las boticas.

leyendo para el lector

CUENTOS DE MI TÍO VENTURA, por Ernesto Montenegro. — Empresa Letras, 1933.

Ernesto Montenegro da la impresión de ser un hombre bondadoso y triste. Seguramente la vida no le ha tratado bien, y esquivada, como una esperanza demasiado hermosa sólo le ha sonreído inconstante y fugaz. Sin embargo, esto no ha logrado enturbiar el agua clara, de su cordialidad, dulce y afectuosa. Uno a su lado, se siente bien; tranquilo, confiado. El sosegado ritmo de su corazón, no se altera para juzgar a nadie, ni destila amargura para quejarse de todo aquello que la existencia le negó, y que él merece sobradamente. Es un artista sereno, que entrega confiadamente, el tesoro de sus emociones e inquietudes, sin otro anhelo que el de proporcionar, un bien, al espíritu de lo demás. Tiene una intensa y sostenida labor, en diarios y revistas, que ha ido quedando desparramada a través de largos años, sin haberse preocupado de reunirlos, en libros, que hubieran resultado interesantísimos, tanto por la agudeza de su observación, como por la forma novedosa, con que sabe emplear su talento, para discurrir sobre cualquier materia.

Por fin ahora se ha resuelto a publicar un libro. "Cuentos de mi tío Ventura". Son los cuentos que todos hemos oído cuando niños. A través de nuestro pro-

pio recuerdo, ese tío Ventura tan magistralmente descrito, se encarna en diversos personajes que conocimos cuando pequeños, y que hicieron

pre, nos ha hecho recordar su lectura! Una dulce y extraña melancolía se nos iba entrando suavemente a medida que doblábamos sus pági-



Ernesto Montenegro

la delicia de las veladas en el hogar, cuando la tetera comenzaba a "sonar" y en el brasero sobre las brasas, se tostaba el pan, en tanto que el ámbito se llenaba de un grato olor a azúcar tostada. ¡Qué de cosas dormidas y al parecer olvidadas para siem-

nas. A ratos nos daba la sensación de haber vivido mucho, y que aquello lo vimos en otra existencia, que dejamos, para renacer en estos días, tan distintos, tan alejados de esa facultad de soñar, que fué en aquellos tiempos, nuestro más preciado tesoro.

Es admirable la fuerza de evocación, que palpita viva y fresca en estas páginas. El autor, ha pasado más de quince años en Estados Unidos, leyendo, oyendo y hablando una lengua completamente diferente, y no obstante guardaba intacto el recuerdo de sus días de niño. Palabras, hechos, pequeños detalles, cada uno de los cuales despierta un cúmulo de acontecimientos, algunos que nos hacen reír como chiquillos escondidos, después de hacer una picardía; y otras asomar las lágrimas de una emoción recóndita, que vuelve, así, súbitamente hasta nosotros.

Este libro se lee con amor, con verdadera alegría. Hace sentir gratitud por el autor que nos sabe llevar placenteramente por ese sendero de la niñez, que ya habíamos olvidado por completo, y nos habla en ese idioma amoroso que oímos al abrir los ojos. Ha hecho el milagro de llevarnos al hogar donde nacimos, para oír otra vez, voces afectuosas en las que había una ternura, que ya no podremos encontrar, que buscaremos inútilmente como peregrinos ciegos, que extienden en vano los brazos tratando de encontrar un camino, que ya perdieron para siempre.

Luis Durand.

DEMONIOS DE COLORES.—Poemas de Ana María de Foronda. — Montevideo.

Este libro representa un valor. Su autora tiene sólo 20 años, un bello rostro, un gran espíritu, sensibilidad bien definida y es hija de Mercedes Pinto. Todas éstas, no se podrá negar, son condiciones como para ser poetisa.

Y no es su primer libro, a pesar de la juventud de esta niña. Ya el Ministerio de Instrucción del Uruguay premió, en 1928, su libro *Demonios lilas*. Ana María triunfó entre 40 concursantes. Sin que esto signifique que para nosotros los concursos tienen una importancia capital, debemos advertir que también este libro—*Demonios de colores*— ha obtenido un premio de la Comisión del Centenario de aquel país, siendo jurados Carlos Reyes y el Dr. Baltasar Brum.

Se trata de poemas como puede hacerlos una muchacha de corazón sencillo que empieza a apoderarse con soltura de los elementos que el poeta necesita para construir su edificio. Voz clara, sin retorcimientos, sin gritos destemplados, sin pozos de obscuridad, es la que canta: "Nuestro primer encuentro — fué en el mar. — Yo pensaba en la muerte, — y el Azul — vino a contarme cosas — del allá."

O más allá: "Un caminito callado — entre dos filas de árboles: — un caminito que está — como un suspiro en el aire".

Y así continúa la canción de esta niña que camina con tan seguros pasos en el propósito que se ha trazado. Todo ese canto constituye un libro, un libro pequeño, femenino, simpático, casi infantil, pero ancho de posibilidades.

L. E.

LECTURAS PARA NIÑOS, por Alfonso Escudero.-Santiago, 1933.

Interesante es este libro de trozos reunidos por el escritor y profesor de Castellano Padre Alfonso Escudero, después de seleccionados por sus propios alumnos. Después de

un prólogo de Mariano Latorre se insertan 165 trozos, todos ellos finos, todos hermosos y, sobre todo, apropiados para que los lean los niños, a quienes están destinados. Cuentos, leyendas, manchas, paisajes, poemas, himnos, de escritores europeos y americanos (chilenos en su mayor parte). Al final del libro hay notas sobre todos los autores cuyos trozos contiene el volumen. Ilustraciones de dibujantes extranjeros y nacionales dan carácter, movimiento, verdadera agilidad al simpático y ameno libro del Padre Escudero.

Z.

UNA CARTA LITERARIA A LUIS ROBERTO BOZA.

"Yuste, a 9 de diciembre de 1932.—Mi querido amigo:

Necesito ahondar varios estratos de mis vidas sucesivas, para encontrarme con aquél con el cual coincidimos, en *Instantánea*. Yo le recordaba, porque no se olvidan las cosas de juventud. Y al ver en su libro su retrato, después de treinta años, he hallado en mi memoria su imagen tal cual era, o aparecía en mi espejo, en aquellos tiempos lejanos. Y no sé por qué decir "lejanos", puesto que a estas alturas de la vida, todos los planos se confunden, se dislocan o coloran la perspectiva, y a veces los últimos pasan a ser los primeros.

En fin, su libro me ha traído el recuerdo entero de su personalidad, que sigue siendo tal cual me impresionó o se impresionó en mi memoria entonces. Me sorprende y halaga que a su vez no me haya echado usted en olvido. ¡Ha pasado tanto y nada! Es decir, la vida para cada

uno. Y probablemente la poca que nos reste, se seguirá pasando sin volver a saber el uno del otro.

Yo vivo aquí retraído; pero se me siguen haciendo llegar, de mi casa de Madrid, las cosas que allá se me enviaba. ¿Qué puedo decirle? ¿Qué puedo desearle? Si ésta fuera una banal carta a un autor, le felicitaría, etc., o le haría saber las emociones que me ha producido la lectura. Entre usted y yo, tan distantes y sin embargo reunidos por el pasado común, la cuestión es más seria, puesto que por encima del Arte está, por lo menos, el hombre, si no el artista.

Y de eso nada podríamos o sabríamos contarnos en una carta, pespunte entre dos eternidades. Me limito a hacerle sentir, si puedo, con estas lí-

neas, tan poco formularias, todo lo latente que puede haber constituido nuestras vidas. Y, por encima de ello, la simpatía humana, indeleble; esa sí, inalterable.

Con la cual puede usted contar. — *Augusto D'Halmar*".

LIBROS RECIBIDOS:

Cantas. Poemas de Alberto Arvelo Torrealba.—Editorial Elite.—Caracas.

Poemas Sonámbulos, por Pablo Rojas Guardia.—Editorial Elite.—Caracas.

Así son los niños. Crónicas, ensayos y comentarios a observaciones y experiencias vividas en la Escuela, por N. Rivera Cáceres.—Ediciones Leer. — Arequipa, (Perú). 1932.

"*La mujer superior al hombre*", por M. Velasco R. —Valparaíso, 1932.

Vicuña Mackenna. Vida y Trabajos, por Eugenio Orrego Vicuña. — Prensas de la Universidad de Chile.—Santiago, 1932.

Fragua. Poemas proletarios de Max Mirodd. Ilustraciones en madera de Berchenko. Notas preliminares de Pablo Garrido y Carlos del Mudo y final de Zoilo Escobar. — Ediciones de la Unión de Artistas y Revolucionarios Proletarios.—Valparaíso, 1933.

La Familia Barullo. Sainete en un acto, de Pedro Cattera. — Publicación de la Revista Teatral. — Rosario, 1932.

LIBROS

La "EMPRESA LETRAS" ha tomado la distribución de las siguientes obras:

LA SEÑORITA CORTES MONROY

LOS TRIPULANTES DE LA NOCHE

ALHUE

TIERRA JUDIA

EL LAQUE SANGRIENTO

ALESSANDRI

FESTIN DE LOS AUDACES

Novela de Januario Espinoza
PRECIO: \$ 4.—

Novela de Salvador Reyes
PRECIO: \$ 1.—

Estampas de González Vera
PRECIO: \$ 6.—

Crónicas por J. Kessel
PRECIO: \$ 5.—

Crónicas del REPORTER X
PRECIO: \$ 1.—

(El trágico caso de Mesa Bell).
Evocaciones de IRIS
PRECIO: \$ 2.—

Memorias por Alfredo Gmo. Bravo
PRECIO: \$ 3.—

(En prensa la segunda edición).

Pedidos adjuntando el valor diríjanse a

EMPRESA LETRAS

CASILLA 3327 — HUERFANOS 1041 — TELEFONO 82028

SANTIAGO



CINEMA

¿Qué porvenir espera al cine sonoro?

Aún no terminan las controversias entre los partidarios del cine sonoro y el noble cine mudo. Fernando G. Mantilla, periodista español especializado en cinematografía, arroja grandes luces al problema en este artículo, en que defiende la tesis del cine mudo.

VIVIMOS en un siglo mágico. No tanto por lo que tiene de caja de sorpresas, revelaciones científicas y movimientos colectivos inesperados — también hubo algo de eso en el siglo XIX, — como por lo rápidamente que son aprehendidas, conocidas y desestimadas las cosas. Los caminos seguidos en nuestra época son cortos y de final obscuro. Hay una terrible prisa por recorrerlos y comenzar de nuevo. La última palabra se pronuncia inmediatamente después que la primera. Y no hay en ello improvisación, porque se aplicó a todo la máxima intensidad: mayor espacio en menos tiempo.

Por estas intuiciones ya podemos juzgar definitivamente al *cine* sonoro. Del que nadie se atrevía a hablar hace escasamente medio año. Pero ya hemos visto todo lo que teníamos que ver. Los puntos de partida existentes nos bastan para opinar.

El *cine* sonoro no ha acabado con el *cine* mudo. Al contrario. Hemos aprendido, gracias al contraste, a estimar los valores del arte de las sombras con el único idioma de la luz, del ritmo y del gesto. Es inútil que algunos intelectuales, haciendo el corro a los jefes de publicidad de las Empresas productoras embarcadas en la aventura, nos digan que es un arte nuevo. Una nueva técnica no puede ser jamás un arte nuevo, que, para serlo, necesita de un espíritu nuevo, de una iconografía propia. Aunque — como ha dicho Arconada — esté santificado por el micrófono. Que no es más que un vehículo. No cambian los parámetros ni el decorado. El sonido es al *cine* lo que a una estatua de mármol los colores imitativos de los naturales. ¿Podrá surgir, de la combinación de la imagen y el sonido, un

arte nuevo? Acaso. Si encuentra un genio creador. Pero esa creación es suficiente para distinguirlo del *cine* auténtico. Será un espectáculo distinto a los conocidos, con probabilidades originales, hasta cierto punto. Todas enraizadas, con antecedentes del teatro y del cinematógrafo. Basados en el sonido y en la luz, no hay más que dos artes nuevos perfectamente definidos: el *cine*, arte de luz, y el teatro radiofónico puro, arte de sonidos. Todo lo demás o es una mezcla o es el viejo entretenimiento de los griegos: el teatro.

Pero el *cine*, en esta crisis, ha perdido su unidad esencial. Se atomiza en discusiones; deja de ser religión por ser discutido. El arte se nutre siempre del absoluto de su época. Y en este sentido, el *cine* mudo ha conseguido obras que jamás logrará el *cine* sonoro, por sus limitaciones materiales. Ejemplo: *La Quimera del Oro*, primera epopeya de la época capitalista (1870-1915). Si la creación de Chaplin fuese sonora, ¿valdría por eso más? ¿Qué significaría — sino estorbo — oír unos cuantos coros de buscadores de oro o un jazz en el cabaret minero? ¿Podrá lograr — el *cine* sonoro — una obra superior a *Hamlet*? Es posible que recorra un camino vacilante desde *Hamlet* a *La Quimera del Oro*. Pero lo que no hará nunca es superarlos. Y para eso no vale la pena tanta anarquía, y menos amenazar de muerte a un arte tan fascinador y juvenil como el cinematógrafo.

En el *film* cómico, la anarquía introducida por el sonido se ha hecho notar más que en

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.**

otra clase de películas. Ha llegado a desvirtuar personalidades tan vigorosas como las de Stan Laurel y Hardy, creadores de graciosos poemas surrealistas cinematográficos. Sus últimas producciones parlantes son notoriamente inferiores a la peor de las silenciosas.

Oigamos a Mack Sennet, el "padre" del *cine* cómico. Catapulta de Fatty, Charlot, Mabel Normand, Gloria Swanson y tantos otros: "Todo el mundo reconoce la autonomía y la originalidad del *cine* — mudo, dice. — Parece mentira que muchos directores no comprendan el valor de esta originalidad; acaso por impotencia para aprovecharla. ¡Pensad en los malísimos *films* parlantes que nos están presentando! ¿Es eso el *cine*? ¡Jamás! Dos tipos diciendo tonterías, frente a frente, en primer plano, durante un cuarto de hora. ¡Qué infamia! Hay que terminar con eso, con las piezas de teatro llevadas a la pantalla. Quieren matar al *cine*, si no lo impedimos con todas nuestras fuerzas. ¡Acabaréis con el *cine*, bandidos, asesinos, lunáticos?"

"El movimiento, amigo mío — dice Mack Sennet, rojo de cólera y excitado, a su entrevistador, — el movimiento lo es todo. Sin movimiento no hay *cine*. ¡La fotografía que habla! ¿Es que acaso no se había logrado expresar todo, absolutamente todo, en los *films* mudos? ¿No había ya una gracia nueva de gestos y movimiento en las películas cómicas, gracia que había conseguido superar a la de los diálogos más bufos?"

En el resto de la entrevista, Mack Sennet llega a apostrofar a los inventores del *cine* parlante, motejándolos de "banda de asesinos" y "vándalos".

"La voz — afirma Charlie Chaplin en otra entrevista ya lejana — rompe la fantasía, la poesía del cinematógrafo y de sus personajes. Los héroes del *cine* son seres de ilusión, y su naturaleza deriva precisamente del silencio en que viven. Si bien se mira, el cinematógrafo es poesía y belleza creadas en un mundo de silencio, y sólo desde ese mundo de silencio sus personajes pueden hablar a la imaginación y al alma de quienes los contemplan. Hacerles hablar es destruir todo su encanto. . . Ponerle voz a las sombras es una imbecilidad y un error, tolerable, en todo caso, como negocio para quienes lo hacen; pero que no hablen de

arte. Espero que esta locura del *cine* hablado pase muy pronto. . ."

"El *cine* hablado. . . — dice el cubano Raúl Roa en la revista juvenil *Orto*, — ¿no parecen los términos de esta ecuación tan inconciliables, por lo menos, como los intereses de capitalistas y obreros? Porque, evidentemente — como aquéllos, — *cine* y palabra se excluyen".

Mientras el gesto es fruto en agraz — tantas posibilidades restan para su total madurez, — la palabra es limitación, circunferencia microscópica.

"Por eso — continúa *Orto*, — la película aliteraria, esencialmente esquemática, es la que más inefables emociones y sorpresas suscita y deja en nosotros: *Amanecer* y *El Circo*, para no colgar en la tendadera del "verbigracia" sino ejemplos afrodísticos".

Para terminar nuestros comentarios, recordemos que hicimos en otro tiempo una concesión al *cine* sonoro: la de innegable adelanto científico. Y en vista de su éxito, más pretendido que real, llegaremos al límite de las concesiones: admitir películas con algunos efectos sonoros, pero filmadas mudas, con arreglo a la técnica propia del *cine*. Con sincronización. Los tenderos de películas, los mercaderes del celuloide, los "vándalos" de que habla Mack Sennet, están, en el fondo, de acuerdo con los que así pensamos. He aquí lo que ha dicho tan significado elemento como el director del *Paramount*, de París, al periodista LeFebvre, de *Cine-Export-Journal*:

—La sincronización de las películas es siempre preferible al puro *talkie* o *film* parlante.

—Los sonidos, sin embargo, — le arguyó el periodista, — son más imperfectos. . .

—Es posible. Sin embargo, hemos podido comprobar que al público le gustan más los *films* de este género. Además, desde el punto de vista técnico, la toma de vistas y la proyección de películas sincronizadas es mucho más sencilla que la de *films* sonoros. Los *films* sincronizados son más ventajosos comercialmente y, lo repito, gustan más al público. Puede afirmarse que están llamados a un mayor desarrollo que las películas sonoras.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.**



John Boles, el protagonista de la cinta Universal "Back Street".

Y OTRA VEZ AUTORES Y CRÍTICOS...

Habíamos decidido no seguir adelante con lo de autores y críticos, que durante algunas semanas fué el comentario obligado en todos los círculos literarios de Santiago... Pero algunos escritores a quienes solicitamos su opinión nos han enviado ésta recién. Tan interesantes son y tantas lucés agregan al problema, que no podemos resistir a los deseos de que nuestros lectores las conozcan.

El literato español residente entre nosotros, José María Souvirón, y los escritores chilenos Juan Espinoza, Luis Durand y Guillermo Koenenkampf son quienes esta vez se refieren a los críticos, ya para alabarlos, ya para castigarlos.

AL MARGEN DE LA CRÍTICA, POR JOSE MARIA SOUVIRON.

Al margen, es decir, en los bordes blancos que deja la imprenta. Después de guillotinar el libro — o el periódico — quedan sueltos unos cuantos recuerdos, garrapateados con lápiz. Los copio a máquina, reuniéndolos.

También se nace crítico. Es inútil quererlo ser, si no hay *madera*. "Quod natura non dat, Salamanca non præstat"...

Algunos críticos creen, como la sobrina del Quijote, que la poesía es una *enfermedad incurable y pegadiza*. Precisamente lo contagioso es lo que no es poesía. De esta manera, se pasan el tiempo comparando. José Bergamín decía que ciertos críticos, como las personas insulsas en los bautizos, no encuentran más que parecidos.

Lo que el crítico te diga que está mal, procura otra vez hacerlo bien. Lo que te diga que está bien, deséchalo. No sirve para nada.

Fulano ha leído ayer que Góngora existió. Hoy recibe un libro de poesía, que le es difícil. Lo mira ligeramente. Mañana dice: Este poeta se parece a Góngora.

No le digáis al escritor lo que ha dejado de hacer. Eso lo sabe él de más. Lo ha dejado expreso y vosotros venís a advertírselo.

Existe un acto fallido, muy interesante al psicoanálisis, en ciertas críticas. Consiste en decir: "Sobre la obra de tal escritor no podemos añadir nada, porque no conocemos..." Como si fuera cuestión de añadir!

A la vista de un cuadro cubista de Picasso: "¡Pero si eso lo hago yo mejor!" No, señor, no lo haría mejor ahora. Y si se pusiera a hacerlo mejor, estudiando, trabajando, llegaría usted a ser un gran pintor, sencillamente.

Para depurar una literatura, antes de decir que todo está mal, es necesario ver si está bien la manera de decir que todo está mal.

Como todo el mundo dice ya que Strawinski es bueno, también lo dirá ese crítico. Pero si tocáis una obra de Strawinski, bajo una equivocación del programa, atribuyéndola a un músico joven, ese crítico dirá que el muchacho promete, pero que todavía necesita trabajar mucho.

Hay críticos que retrasan su reloj todas las mañanas y no cortan las hojas del almanaque, creyendo que por eso van a entender mejor la nueva poesía. Ilusiones.

De Jean Cocteau: "No envío este libro a los críticos, para no hacerles perder, descifrando enigmas, el tiempo que tienen que dedicar a otras cosas".

Si en los pequeños anuncios se pusiera un día: *Hace falta un crítico*, habría que cerrar a la mañana siguiente las puertas del diario, para contener la avalancha. Y conste que yo estaría entre la multitud.

El truco ese de responder, como una cocinera a quien se le dice que está mal condimentado un plato: "Hágalo usted mejor" no cae dentro de la crítica. Por la sencilla razón de que no es un profesionalismo exclusi-

vamente. Así, los mejores críticos de poesía en Francia son dos poetas: Valery y Cassou. Si Sainte-Beuve no hubiera escrito las obras que escribió, a parte de la crítica diaria, no hubiera tenido derecho a decir lo que dijo.

El tono más reventante del crítico es el tono paternal. Y mucho más cuando le vemos diariamente con el abecedario bajo el brazo.

Tipos de críticos: a) *Tragalibros*: Una lista desmesurada de los pies de imprenta, amalgama de fechas. No le preguntéis por el alma de ningún libro; sólo conoce el cuerpo, el tamaño de la letra. b) *Comadre*: Se introduce en la vida privada, en la salud, en el color del traje del escritor y deduce que con zapatos anchos de punta no se pueden escribir ensayos de sociología. c) *Zoilo, fils*: Como tiene una telaraña delante de los ojos, cree que todos los libros son telarañas. d) *El buen crítico*: Rarísimo y difícil sér de la escala, que se encuentra contadísimas veces, generalmente agobiado parasitariamente por los anteriores.

El buen crítico sabe siempre lo que tiene entre manos. El mal crítico no sabe nunca dónde tiene las manos.

Adivinanza: "Niego el derecho de hacer lo que yo no puedo hacer, — y sólo creo que es legible lo que yo puedo leer". (La solución mañana).

Cuando Diógenes salió con su linterna, lo que buscaba era un crítico.

JANUARIO ESPINOZA DEFINE A LOS CRÍTICOS CHILENOS.

Yo no veo por qué se ha de atacar a los críticos. Su utilidad es innegable. Desempeñan cerca de nosotros, genios de esta tierra, el mismo papel que pedía el obispo español a Gil Blas de Santillana: hacernos una seña si incurrimos en debilidades, si el numen nos flaquea. Ciertamente algunos escritores se enojan, como se enojaba Su Señoría Ilustrísima; pero esto pasa pronto.

He visto que se dan como un ejemplo los juicios literarios que emite Roberto Meza Fuentes. Sólo que éste, poeta ante todo, y siempre lleno de una bondad evangélica, dictamina sobre los libros ajenos a través del Sermón de la Montaña. Mil veces preferibles resultan, en mi concepto, las críticas a través de Renan o de Proust, porque ellas son como un papirotazo para que nosotros los escritores recordemos la sentencia imperativa de Tales de Mileto: "Conócete a ti mismo". Conviene que alguien nos baje de la cumbre a donde nos suelen llevar nuestros sueños.

¡Cuán encantadora me parece la humildad de González Vera cuando dice: "Aquí me han alabado mucho, pero fuera del país no me conoce nadie". Necesario es ya que comprendamos nuestra desmedrada situación en América. Ningún libro chileno ha tenido resonancia en el Continente: sólo se nos cree buenos para hacer Historias o para vender salitre.

En este sentido, para abrirnos los ojos a la realidad cruda, son muy útiles los juicios diluidos en ácido sulfúrico. De ahí mi viva simpatía por

LO QUE HA DICHO LA CRÍTICA DEL LIBRO "CUENTOS DE MI TIO VENTURA", POR ERNESTO MONTENEGRO.

"Montenegro probablemente no ha perseguido nada. Ha escrito porque le gustaba escribir y para recordar a su tío Ventura, el buen viejo ciego de ojos azules "como mezcilla muy lavada". Y el alma popular, sintiendo un regazo cariñoso, sin soberbia, sin énfasis, sin literatura, acudió como un buen pajarito silvestre y ha entonado una corta canción.

"Es preciso oírse la".

(Alone. "La Nación", Santiago, 5 de febrero de 1933).

"Estos relatos folklóricos, me apresuro a decirlo, son excelentes. El autor ha tenido el buen tino de no revisar ninguna de las producciones folklóricas recogidas, a fin de evitar interferencias extrañas. No ha hecho nada más que retener lo que en ciertas regiones de Los Andes — su pueblo natal — el pueblo humilde cuenta en las largas veladas".

Raúl Silva Castro. "El Mercurio", Santiago, 5 de febrero de 1933).

"A todos ha sorprendido el libro de cuentos de Ernesto Montenegro. Pues este periodista que tiene un talento tan firme y un estilo tan diáfano, toda la vida ha pasado por entre el hervor de las ambiciones ajenas, completamente olvidado de sí mismo".

(Daniel de la Vega, "Las Últimas Noticias", Santiago, 7 de febrero de 1933).

(Sigue a la vuelta)

Hernán Díaz Arrieta. Se dice que es injusto, que va del ditirambó a la burla, que no sabe colocarse en el término medio. Es posible; pero escribe bien y sirve esos guisos diestramente condimentados, con sal, ají y especias, que el gran público reclama. Así nos entretiene. ¿Qué se empeña en negar a Mariano Latorre? Ello le hace muy poca mella al autor de "Zurzulita", pues Mariano, más feliz que Aíah, es proclamado por varios profetas: Manuel Vega, Ricardo A. Latcham, Domingo Melfi. Agréguese a Lidro Telices, voz cantante en el corrillo literario de la calle Huérfanos.

Es verdad que Alone no suele leer enteramente los libros que juzga. Se le reprochan también sus humos aristocráticos y que ande viendo un bolchevique en cada Melfi. ¡Plumas de la cola! Es menester que haya alguna diferencia entre un crítico y un arcángel.

A Raúl Silva le enrostran el pecado de petulancia. Simple cuestión de vocablos: se llama así a lo que no es sino primitiva franqueza, el odio a los eufemismos. Es un escritor que sigue a la letra lo aconsejado por Emerson: "Sostiene en términos enérgicos tu opinión de hoy, aunque sea lo contrario de tu opinión de ayer". Está seguro de lo que dice, y no tiene por qué andar con timideces y rodeos. Huye sobre todo de la hipocresía y del disimulo, y esto basta para que mucho le deba ser perdonado.

Melfi, con su "estilo flotante", realiza esfuerzos heroicos para mantenerse en equilibrio. Nadie creería que su sangre es italiana. Su serenidad es nórdica; sus fallos nacen de un severo estudio. ¿Cómo negar que ha tomado su papel a lo serio?

Recluído por la pobreza en San Bernardo, gracias a mi general Ibáñez, y, en consecuencia, más cerca que nunca de San Francisco, creo haber alcanzado también esa admirable y fría ecuanimidad melfiana, para insinuar una opinión desapasionada respecto a los críticos. Pienso, pues, en resumen, que si uno de estos jueces literarios nos concede la gracia de un vapuléo, no tenemos por qué vestir de luto. Por el contrario, debemos enviarles una carta de agradecimiento. ¡Y es que ni ellos mismos se dan cuenta de todo el bien que nos hacen!



LAS OPINIONES DE LA CRITICA NO DE- BEN INQUIETAR AL ESCRITOR, DI- CE LUIS DURAND.

Pienso que la crítica literaria, es necesaria y provechosa para el escritor, pero hasta cierto límite. Me refiero a la crítica hecha con altura de miras, desposeída de toda influencia personalista para emitir sus juicios, y ajena por completo al grado de simpatía que el crítico sienta por el autor. Estimo que dentro del reducido ambiente literario nuestro, esa crítica no existe. Creo además que está perdido el escritor que piensa que su personalidad literaria, depende en forma absoluta, de lo que la crítica diga de su obra. Si tal hiciere, le ocurriría lo que a aquellos aldeanos, del conocido cuento, que llevaban un burro a la ciudad, y quisieron darle gusto a todos los que encontraban al paso, y

les indicaban la manera de conducirlo.

Creo que debemos aceptarla como un reactivo contra algunos vicios o defectos, pero sin permitir jamás que falsee nuestro temperamento. No por las pullas de Saint-Beuve, Hugo fué menos grande. Es esta una contienda que al final la decide el público y la posteridad.

Puede decirse que en nuestra capital, la crítica está reducida a tres personas, que han hecho profesión de ella. Una de éstas, de gran talento, y vasta cultura, agudo y finamente gracioso, a veces; es desgraciadamente versátil y caprichoso como esas señoritas en estado de merecer a quienes asedian muchos pretendientes. Otro de ellos, estudioso, constante y dedicado con entusiasmo a estas materias, es demasiado seco. Se me figura un leñador, que de súbito hace de jardinero, y en vez de usar las tijeras y la azada, emplea el hacha montañesa. Finalmente, el tercero, sin que esto signifique categorías, es culto, inteligente, y personalmente amable y dulzón como esos confites que vienen en muchos papeles bonitos y al gustarlos son desabridos. Poco constante en su labor, su crítica es epidérmica y se deja llevar en exceso por sus simpatías o antipatías personales.

Creo que a pesar de lo dicho las opiniones de estos caballeros, son respetables. Pero no deben inquietarnos demasiado. Debemos luchar por crear en cada uno de nosotros la auto-crítica y contestarles cada vez con un nuevo libro.



EN CHILE HAY UNA
"CRITICA DE QUI-
TA Y PON", ESTIMA
GUILLERMO KOE-
NENKAMPF.

Hay, primero, una crítica intuitiva, que conoce por simpatía. Tiene un poder de síntesis.

Hay después una crítica de sistema, analítica; la crí-

tica propiamente dicha. Aún cuando no la aliente ninguna intención predeterminada, sus juicios son casi siempre justos, de una justicia pitagórica.

Aquí en Chile no existe ninguna de estas dos críticas. Hay una crítica de quita y pón, con asomos de la primera y resabios de la última; que carece de la "videncia" de la una y de la evidencia

de la otra; y... de la honradez de ambas. Porque, en la crítica como en todo, debe haber un principio de moral ineluctable. Es la garantía que debe ofrecer al artista, el crítico, por la belleza que le exige. Por esto, los críticos deben ser como ministros de fe. Pero aquí nadie tiene fe en estos ministros...



PABLO
NERUDA

reune sus más hermosos
poemas en el libro que
acaba de publicar
Empresa Letras,

el hondero entusiasta

y que representa la
época más brillante
del poeta

PRECIO
\$ 3.—

conversando con el público

P. Cordero. — Santiago. — En realidad su carta nos ha desconcertado, más que por las ideas que en ella expone, por el tono en que está escrita, que es un tono... bastante desusado. Convendrá en eso con nosotros. No le gustan a Ud. las palabras que los escritores han dicho a los críticos? Sin embargo, tenemos muchas cartas en que se nos felicita por esa encuesta, que al fin y al cabo derrama luz sobre algo que se considera como un verdadero problema en este país: la crítica literaria. En el ambiente literario y periodístico, por otra parte, dicha encuesta ha causado verdadera sensación, pues es primera vez que se hacía algo parecido en nuestro país.

En cuanto a lo segundo, que en esta misma sección se ha dicho a algunos jóvenes que tienen que ensayar mucho antes de pretender publicar, es lo más justo. No se puede publicar un trabajo malo. Con ello no ganaría nadie. Ni el público, cuyas protestas serían justas; ni los mismos autores, a quienes se haría un verdadero daño. Aquí las críticas se hacen con un criterio lo más amplio posible y sobre todo, con la mayor sinceridad. Es lo que Ud. debe saber, joven.

Hugo Pozo. — Illapel. — Su carta ha sido para nosotros un verdadero soplo de aliento. Es Ud. comprensivo y le agradecemos todas las bellas palabras que emplea para referirse a "Lecturas", palabras que — a juzgar por lo que Ud. nos dice — debemos agradecer también a don Eleodoro Astorquiza. Sírvanos Ud. de mediador.

Tenemos la misma opinión que Ud. respecto del cuento de Federico Gana y

de los comentarios de libros de Luis Durand.

En general, gracias, señor Pozo. Créanos que su carta ha sido considerada en la redacción de "Lecturas", como un verdadero premio.

Samuel Rivera. — Santiago. — Esa disminución que Ud. ve en los grabados es casi más aparente que real. La idea que Ud. insinúa de una o dos páginas de actualidades gráficas del mundo entero, ya la teníamos en proyecto y Ud. podrá verla realizada en el presente número, con el nombre de "Panorama del mundo", que seguirá publicándose. Gracias por sus conceptos sobre "Lecturas".

J. B. — Presente. — Tiene Ud. toda la razón en lo que se refiere a "Historia triste de una mujer alegre". Entre las novelitas de cruda realidad, pocas tan hermosas como la obra de Neel Doof.

Las otras obras cuya publicación recomendamos, serán muy tomadas en cuenta por la Dirección de la Empresa Letras, que las busca a fin de leerlas y decidir su publicación.

LA REDACCION.



**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**